

Ellen G. White Estate

CRISTO EN SU SANTUARIO

ELENA G. DE WHITE

Cristo en su santuario

Ellen G. White

2008

**Copyright © 2012
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Vista General

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Se incluye en el más amplio de libertad [Libros online](#) Colección en el sitio de Elena G. De White Estate Web.

Sobre el Autor

Ellen G. White (1827-1915) es considerada como el autor más traducido de América, sus obras han sido publicadas en más de 160 idiomas. Ella escribió más de 100.000 páginas en una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiados por el Espíritu Santo, que exaltó a Jesús y se refirió a las Escrituras como la base de la fe.

Otros enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)
[Sobre la Elena G. White Estate](#)

Licencia de Usuario Final

La visualización, impresión o la descarga de este libro le concede solamente una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para el uso exclusivamente para su uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de trabajos derivados, o cualquier otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro termina la licencia otorgada por la presente.

Para más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores, o cómo usted puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Elena

G. de White en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y les deseo la bendición de Dios a medida que lee.

Índice general

Información sobre este libro	I
Introducción—La verdad acerca del santuario	VII
El fin de los 2.300 días	VII
Una verdad establecida por el testimonio del Espíritu Santo	X
El santuario y el sábado	XII
El ataque a la verdad del santuario	XIII
Puntos de vista sustentados sólo por el mal uso de las escrituras	XV
La realidad del santuario celestial afirmada	XVII
El Arca y la ley en el santuario celestial	XVIII
Los engaños de los últimos días involucrarán verdades vitales	XIX
Con los ojos fijos en el santuario	XX
Este libro	XXI
Capítulo 1—Cristo en el sistema de sacrificios	22
El carácter sagrado de la ley de Dios	23
El hombre ofrece su primer sacrificio	23
Preguntas para estudiar	24
Capítulo 2—El santuario celestial en miniatura	26
El tabernáculo y su construcción	28
Los sacerdotes y su vestimenta	31
El urim y el tumim	32
El servicio del santuario	33
El día de la expiación	37
Una figura de las cosas celestiales	38
Se limpia el registro de los pecados	40
Preguntas para estudiar	41
Capítulo 3—El evangelio en tipos y antitipos	42
En todo de acuerdo con el modelo	42
Un templo de esplendor inigualado	43
Dios manifiesta su aceptación	43
Se pierde de vista al antitipo	44
El servicio del templo pierde su significado	44
Los ojos se vuelven hacia el verdadero sacrificio	45

Nuestro sumo sacerdote y abogado	46
Preguntas para estudiar	47
Capítulo 4—El mensaje del juicio conmueve a Estados Unidos	48
El estudio de las profecías	50
El impacto de la cronología bíblica	53
La profecía de Daniel 8:14	54
El deber de comunicarlo a otros	58
Comienza un despertar religioso	59
Evidencias de la bendición divina	60
La última de las señales	61
La Biblia y sólo la Biblia	63
Reacciones diferentes	64
Se desalienta la investigación	66
Preguntas para estudiar	67
Capítulo 5—Daniel 8:14 y la providencia de Dios	69
La experiencia de los apóstoles constituye una lección objetiva	70
La lección de 1844	73
Preguntas para estudiar	76
Capítulo 6—El fin de los 2.300 días	78
Serena expectativa	79
Un nuevo estudio de las escrituras	80
Tipos en el servicio del santuario	81
Desilusionados, pero con fe en la incommovible palabra de Dios	83
Preguntas para estudiar	85
Capítulo 7—El glorioso templo del cielo	86
Exactitud de los períodos proféticos	86
El santuario del pacto antiguo	88
El santuario del nuevo pacto en el cielo	89
Las glorias del santuario terrenal y del templo celestial	90
El ministerio de Cristo en el santuario celestial	91
El santuario de Daniel 8:14	92
Lecciones prácticas obtenidas de los tipos	93
Tipos de las realidades celestiales	95
La purificación del santuario celestial	96
Preguntas para estudiar	97
Capítulo 8—Nuestro sumo sacerdote en el lugar santísimo	99
Fundamentos bíblicos	101

El servicio en los dos compartimientos	104
Se abre otra puerta	105
El trágico resultado de rechazar el mensaje de advertencia de Dios	106
El santuario y el sábado	107
Preguntas para estudiar	110
Capítulo 9—El ministerio final de Cristo en el santuario celestial	112
¿Qué casos se consideran?	113
La ley de Dios es la norma	114
Jesús, el abogado	115
La escena del juicio	116
Las escenas finales del servicio real	118
Juzgados por registros infalibles	118
Perfeccionar la santidad en el temor de Dios	120
Estamos viviendo en el gran día de la expiación	122
Preguntas para estudiar	123

Introducción—La verdad acerca del santuario*

Al Referirse a lo que debía ser realizado por la naciente Iglesia Adventista del Séptimo Día antes de la venida del Señor, Elena de White escribió en 1883:

“La mente de los creyentes debía ser dirigida al Santuario celestial, donde Cristo ha entrado para hacer expiación por su pueblo”.—*Mensajes Selectos 1:77*.

En un período de crisis, en 1906, cuando fueron puestas en tela de juicio ciertas enseñanzas básicas de los adventistas, ella escribió:

“La correcta comprensión del ministerio en el Santuario celestial es el fundamento de nuestra fe”.—*El Evangelismo, 165*.

El fin de los 2.300 días

Entre las profecías que constituían el fundamento del despertar adventista de la década de 1830 y comienzos de 1840 estaba la de (*Daniel 8:14*): “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Elena de White, que pasó por la experiencia de esos años, explica cuál fue la aplicación que se le dio a esta profecía:

“En común con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la Tierra, o alguna parte de ella, era el Santuario. Entendían que la purificación del Santuario era la purificación de la Tierra por medio del fuego del último gran día, y que ello se verificaría en la segunda venida. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la Tierra en 1844”.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 461*.

[8]

Este período profético terminó el 22 de octubre de 1844. La desilusión de los que esperaban encontrar a su Señor en ese día fue

*[Nota de los Compiladores: Este capítulo introductorio, con selecciones de determinadas porciones de libros y algunos otros escritos de Elena de White, provee el marco histórico para el estudio de la verdad del Santuario tal como lo entienden y enseñan los adventistas del séptimo día.]

muy grande. Hiram Edson, un diligente estudioso de la Biblia que vivía en el Estado de Nueva York, describe lo que ocurrió con el grupo de creyentes del cual él formaba parte:

“Nuestras expectativas iban en aumento mientras esperábamos la llegada de nuestro Señor, hasta que el reloj marcó las doce a medianoche. El día había pasado, y nuestro chasco llegó a ser una certeza. Nuestras más caras esperanzas y expectativas fueron barridas, y nos sobrevino un deseo de llorar como nunca antes habíamos experimentado. La pérdida de todos los amigos terrenales no se hubiera comparado con lo que sentimos entonces. Lloramos y lloramos hasta que el día amaneció...

“Me decía a mí mismo: ‘Mi experiencia adventista ha sido la más brillante de toda mi vida cristiana... ¿Ha fallado la Biblia? ¿No hay Dios, ni cielo, ni ciudad de oro, ni paraíso? ¿Es todo nada más que una fábula astutamente inventada? ¿No hay realidad detrás de nuestras más caras esperanzas y expectativas?...’

“Comencé a sentir que podría haber luz y ayuda para nosotros en nuestro dolor. Dije a algunos de los hermanos: ‘Vayamos al granero’. Entramos en éste, cerramos las puertas y nos arrodillamos delante del Señor. Oramos fervientemente porque sentíamos nuestra necesidad. Continuamos en ferviente oración hasta que recibimos del Espíritu la certeza de que nuestras oraciones habían sido aceptadas y de que se nos daría luz; la razón de nuestro chasco sería explicada en forma clara y satisfactoria.

[9] “Después del desayuno dije a uno de mis hermanos: ‘Vayamos a ver y animar a algunos de nuestros hermanos’. Salimos, y mientras pasábamos por un gran campo, fui detenido en medio de él. El cielo pareció abrirse ante mi vista, y vi definida y claramente que en vez de que nuestro Sumo Sacerdote saliese del Lugar Santísimo del Santuario celestial para venir a esta Tierra en el décimo día del mes séptimo, al fin de los 2.300 días, había entrado por primera vez, en ese día, en el segundo departamento de ese Santuario, y que tenía una obra que realizar en el Lugar Santísimo antes de venir a la Tierra; que había venido a las bodas o, en otras palabras, al Anciano de días, para recibir el reino, el dominio y la gloria; y que debíamos esperar su retorno de las bodas. Entonces mi mente fue dirigida al (**capítulo 10**) del Apocalipsis, donde pude ver que la visión había hablado y

no había mentido”.—Manuscrito inédito publicado parcialmente en la *The Review and Herald*, 23 de junio de 1921.

A esto le siguió una cuidadosa investigación de los pasajes de las Escrituras referentes al tema -particularmente de la Epístola a los Hebreos- por parte de Hiram Edson y dos de sus más cercanos colaboradores: un médico, el Dr. F. B. Hahn, y un maestro, O. R. L. Crosier. El resultado de estos estudios conjuntos fue registrado por Crosier y publicado primero en *The Day Dawn* [El Amanecer del Día], un periódico de circulación limitada, y luego reescrito y ampliado se publicó en un número especial del.—*Day-Star* [Estrella Matutina], 7 de febrero de 1846. Esta era la revista adventista de mayor circulación, y se publicaba en Cincinnati, Ohio. Por este medio se alcanzó a un buen número de creyentes adventistas desilusionados. La presentación, un tanto extensa pero bien cimentada en las Escrituras, infundió esperanza y ánimo a los corazones de estos hermanos, puesto que mostraba claramente que el Santuario que debía ser purificado al fin de los 2.300 días estaba en el cielo, y no en la Tierra como lo habían creído antes.

Elena de White, en una declaración escrita el 21 de abril de 1847, expresó lo siguiente en respaldo del artículo de Crosier acerca del Santuario:

“El Señor me mostró en visión, hace más de un año, que el Hno. Crosier tenía la verdadera luz en cuanto a la purificación del Santuario... y que era su voluntad que el Hno. Crosier escribiera la explicación que nos había dado en el. *Day-Star Extra*, 7 de febrero de 1846. Me siento plenamente autorizada por el Señor para recomendar ese Extra a cada santo”.—*A Word to the Little Flock*, 12.

Posteriormente escribió acerca del rápido desarrollo de la comprensión de esta doctrina que siguió al chasco:

“El transcurso del tiempo en 1844 fue un período de grandes eventos, los cuales abrieron ante nuestros asombrados ojos la purificación del Santuario, hecho que se está verificando en el cielo y tiene una definida relación con el pueblo de Dios en la Tierra” (*Manuscrito 13*, 1889; publicado en *El otro poder*, 30).

Una verdad establecida por el testimonio del Espíritu Santo

Las visiones que recibió Elena de White, aunque no se adelantaron al estudio de la Biblia, confirmaron la solidez de la posición de que el 22 de octubre de 1844 había comenzado un importante aspecto del ministerio de Cristo en el Santuario celestial. Gradualmente la amplitud y la profundidad del tema fueron evidentes para los creyentes adventistas. En años posteriores, al recordar aquella experiencia, ella recalcó los estudios que habían realizado y las evidencias manifiestas de la mano guiadora de Dios:

“Muchos de nuestros hermanos no comprenden cuán firmemente han sido establecidos los fundamentos de nuestra fe. Mi esposo, el Pr. José Bates, el padre Pierce^{*}, el Pr. [Hiram] Edson y otros que eran perspicaces, nobles y sinceros, se contaban entre los que, después de pasar la fecha de 1844, escudriñaban en procura de la verdad como quien busca un tesoro escondido. Me reunía con ellos, y estudiábamos y orábamos fervientemente. Con frecuencia permanecíamos juntos hasta tarde en la noche, y a veces pasábamos toda la noche orando por luz y estudiando la Palabra. Vez tras vez esos hermanos se reunían para estudiar la Biblia con el fin de poder conocer su significado y estar preparados para enseñarla con poder. Cuando llegaban al punto en su estudio donde decían: ‘No podemos hacer nada más’, el Espíritu del Señor descendía sobre mí y era arrebatada en visión, y se me daba una clara explicación de los pasajes que habíamos estado estudiando, con instrucciones en cuanto a cómo debíamos trabajar y enseñar con eficacia. Así se nos daba luz para ayudarnos a entender los textos acerca de Cristo, su misión y su sacerdocio. De repente vi con toda claridad la secuencia de verdad que se extendía desde ese tiempo hasta cuando entremos en la ciudad de Dios, y comuniqué a otros las instrucciones que el Señor me había dado.

[11] “Durante todo ese tiempo no podía entender el razonamiento de los hermanos. Mi mente estaba cerrada, por así decirlo, y no podía comprender el significado de los textos que estábamos estudiando. Esta fue una de las mayores tristezas de mi vida. Quedaba en esa

^{*}[Nota: Aquí se hace referencia a ciertos hermanos que fueron pioneros. El “padre Pierce” era Stephen [Esteban] Pierce, quien sirvió en la obra pastoral y administrativa durante los primeros tiempos de la Iglesia Adventista.]

condición mental hasta que, en armonía con la Palabra de Dios, se aclaraban en nuestras mentes todos los principales puntos de nuestra fe. Los hermanos sabían que cuando yo no estaba en visión no podía entender esos asuntos, y aceptaban como luz enviada del cielo las revelaciones dadas”.—**Mensajes Selectos 1:241, 242.**

La comprensión de que Cristo había entrado en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para comenzar la etapa final de su ministerio en favor de nosotros, tipificado por el ritual del Santuario puesto en práctica por el antiguo Israel, suscitó solemnes sentimientos en los corazones de nuestros pioneros adventistas. Las verdades eran tan claras, tan grandiosas, tan vitales, que les costaba creer que sobre ellos descansaba la responsabilidad de impartir esta luz a otros. Elena de White escribió acerca de la certeza de su posición:

“Hemos de afirmarnos en la fe, en la luz de la verdad que se nos dio en nuestra experiencia inicial. En aquel tiempo se nos presentaba un error tras otro; pastores y doctores introducían nuevas doctrinas. Solíamos escudriñar las Escrituras con mucha oración, y el Espíritu Santo traía la verdad a nuestra mente. A veces dedicábamos noches enteras a investigar las Escrituras y a pedir con fervor la dirección de Dios. Hombres y mujeres piadosos se reunían en grupos con este propósito. El poder de Dios descendía sobre mí, y era capacitada para definir claramente lo que es verdad y lo que es error.

“Al ir siendo así establecidos los puntos de nuestra fe, nuestros pies se asentaban sobre un fundamento sólido. Aceptamos la verdad punto por punto, bajo la demostración del Espíritu Santo. Yo solía quedar arrobada en visión y se me daban explicaciones. Se me dieron ilustraciones de las cosas celestiales y del Santuario, de manera que fuimos colocados donde la luz resplandecía sobre nosotros con rayos claros y definidos.

“Sé que la cuestión del Santuario, tal cual la hemos sostenido durante tantos años, se basa en la justicia y la verdad”.—**Obreros Evangélicos, 317, 318.**

Los pioneros del movimiento vieron que la verdad del Santuario era fundamental en relación con toda la estructura de la doctrina adventista. Jaime White, en 1850, reimprimió los fragmentos esenciales de la primera presentación que hizo del tema O. R. L. Crosier y comentó:

[12]

“El tema del Santuario debiera ser cuidadosamente examinado, puesto que en él descansa el fundamento de nuestra fe y esperanza” (*The Advent Review* [La Revista Adventista], número especial combinado).

El santuario y el sábado

En el contexto de una revelación acerca del Santuario celestial se confirmó la verdad del sábado, y eso fue en la visión que se le dio a Elena de White el 3 de abril de 1847 en el hogar de los Hnos. Howland, en Topsham, Maine. Esto es lo que ella escribió:

“Sentimos un inusual espíritu de oración, y mientras orábamos el Espíritu Santo descendió sobre nosotros. Estábamos muy felices. Pronto perdí noción de las cosas terrenas y quedé arrobada en una visión de la gloria de Dios. Vi a un ángel que volaba con presteza hacia mí. Me llevó rápidamente de la Tierra a la santa ciudad, donde vi un templo en el que entré. Antes de llegar al primer velo pasé por una puerta. Ese velo se levantó y entré en el Lugar Santo, donde vi el altar del incienso, el candelabro de siete lámparas y la mesa con los panes de la proposición. Después de ver la gloria del Lugar Santo, Jesús levantó el segundo velo y pasé al Lugar Santísimo.

“En el Santísimo vi un arca, cuya cubierta y cuyos lados estaban recubiertos de oro purísimo. En cada extremo del arca había un hermoso querubín con sus alas extendidas sobre el arca. Sus rostros estaban frente a frente y miraban hacia abajo. Entre los ángeles había un incensario de oro, y sobre el arca, donde estaban los ángeles, un resplandor sumamente luminoso que se semejava a un trono donde mora Dios. Junto al arca estaba Jesús, y, cuando las oraciones de los santos llegaban a él, el humo del incienso surgía del incensario y Jesús ofrecía a su Padre esas oraciones con el humo del incienso. Dentro del arca estaba el vaso de oro con el maná, la florida vara de Aarón y las tablas de piedra, que se plegaban la una sobre la otra como las hojas de un libro. Jesús las abrió, y vi en ellas los Diez Mandamientos escritos por el dedo de Dios. En una tabla había cuatro, y en la otra seis. Los cuatro de la primera brillaban más que los otros seis. Pero el cuarto, el mandamiento del sábado, brillaba más que todos; porque el sábado fue puesto aparte para que se lo guardara en honor del santo nombre de Dios. El santo sábado resplandecía;

lo circuía un nimbo de gloria. Vi que el mandamiento del sábado no estaba clavado en la cruz, pues de haberlo estado, también lo hubieran estado los otros nueve, y tendríamos libertad para violarlos todos, así como el cuarto. Vi que, por ser Dios inmutable, no había cambiado el día de descanso”.—**Primeros Escritos, 32, 33.**

El ataque a la verdad del santuario

En el momento cuando algunos vieron claramente las demandas de la ley de Dios, y comenzaron a observar el sábado como día de reposo como ella lo requiere, encontraron una fuerte oposición. Acerca de esto y las razones que los impulsaron, Elena de White explica:

“Muchos y intensos fueron los esfuerzos hechos para derribar su fe. Nadie podía dejar de ver que si el Santuario terrenal era una figura o copia del celestial, la ley depositada en el arca en la Tierra era una transcripción exacta de la ley guardada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al Santuario celestial involucraba reconocer las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el ministerio de Cristo en el Santuario celestial”.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 488.**

No es de extrañarse que quienes en años posteriores apostataran de la Iglesia Adventista usaran la verdad del Santuario como punto de ataque. Esto ocurrió con los Pres. Snook y Brinkerhof, administradores de la Asociación de Iowa, que se apartaron de la iglesia a mediados de 1860, y con D. M. Canright, pastor de influencia que dejó la Iglesia Adventista en 1887 para convertirse en su acerbo enemigo y crítico. No es extraño que las ideas panteístas surgidas a comienzos de ese siglo, expuestas y defendidas tanto por médicos como por pastores, atacaran directamente esta doctrina fundamental. Fue en relación con esto que Elena de White escribiera palabras de advertencia el 20 de noviembre de 1905:

“A los médicos misioneros y pastores que han estado bebiendo de los sofismas científicos y las fábulas engañosas contra los cuales han sido advertidos, les digo: Sus almas están en peligro. El mundo debe

saber dónde están parados y dónde están parados los adventistas del séptimo día. Dios llama a todos los que han aceptado estos engaños destructores del alma a que no vacilen más entre dos opiniones. Si el Señor es Dios, síganlo.

“Satanás, con todas sus huestes, está en el campo de batalla. Los soldados de Cristo deben reunirse en torno del estandarte ensangrentado de Emanuel. En el nombre del Señor, dejen el estandarte negro del príncipe de las tinieblas y tomen posición junto al Príncipe del cielo.

“‘El que tiene oídos para oír, oiga’. Lean sus Biblias. Desde un terreno más elevado, bajo la instrucción que me ha sido dada por Dios, presento estas cosas delante de ustedes. Está cercano el tiempo cuando los poderes engañosos de los instrumentos satánicos se desarrollarán plenamente. De un lado está Cristo, a quien le ha sido dado todo poder en el cielo y en la Tierra. Del otro lado está Satanás, que ejerce constantemente su poder para seducir, para engañar con poderosos sofismas espiritualistas, para quitar a Dios del lugar que debiera ocupar en la mente de los hombres.

“Satanás se esfuerza constantemente por crear suposiciones fantásticas acerca del Santuario, y degrada las maravillosas representaciones de Dios y el ministerio de Cristo para nuestra salvación en algo que satisfaga a la mente carnal. Elimina su poder rector del corazón de los creyentes, y pone en su lugar teorías fantásticas inventadas para invalidar las verdades de la expiación y destruir nuestra confianza en las doctrinas que hemos considerado sagradas desde que se dio el mensaje del tercer ángel por primera vez. De ese modo extirpa la fe en el mismo mensaje que ha hecho de nosotros un pueblo diferente y que le ha dado significado y poder a nuestra obra”.—*Special Testimonies [Testimonios especiales], Serie B, 7:16, 17.*

Mientras se desarrollaba la crisis panteísta, Elena de White, que asistía a una sesión del Congreso de la Asociación General de 1905, expresó en palabras significativas para nosotros hoy:

[15] “En el futuro surgirán engaños de toda clase, y necesitamos terreno sólido para nuestros pies. Necesitamos columnas sólidas para la edificación. Ni un alfiler ha de ser quitado de lo que el Señor ha establecido. El enemigo introducirá falsas teorías, tales como la doctrina de que no hay Santuario. Este es uno de los puntos que

inducirán a apartarse de la fe. ¿Dónde podremos encontrar seguridad si no es en las verdades que el Señor nos ha estado dando en los últimos 50 años?”—*El otro poder*, 53.

Elena de White declaró que las ideas panteístas, tan ardientemente defendidas por algunos, “expulsarían a Dios” e invalidarían la verdad del Santuario.—*Special Testimonies, Serie B, 7:16*.

Aproximadamente por ese mismo tiempo uno de nuestros pastores, a quien identificaremos como “pastor G”, expuso la idea de que cuando Cristo regresó al cielo, después de su ministerio en la Tierra, fue a la presencia de Dios, y que donde Dios está debe ser un Lugar Santísimo; por tanto, el 22 de octubre de 1844 no se produjo su entrada en el Lugar Santísimo del Santuario celestial como creemos y enseñamos. Estos dos conceptos, ambos contrarios a la doctrina del Santuario que sostenemos, indujeron a Elena de White a referirse varias veces a la solidez e integridad de este punto de fe. En 1904 escribió:

“Ellos [los hijos de Dios] no deben inducir a nadie a dudar acerca de la personalidad distintiva de Dios, o en cuanto al Santuario y su servicio, por medio de sus palabras o hechos.

“Todos necesitamos tener en mente el tema del Santuario. Dios prohíbe que la charla que procede de labios humanos cercene la creencia de nuestros hermanos en la verdad de que hay un Santuario en el cielo, y de que un modelo de ese Santuario se construyó una vez en esta Tierra. El Señor desea que su pueblo se familiarice con ese modelo, teniendo en mente el Santuario celestial donde Dios es todo y está en todo. Debemos mantener nuestra mente vigorizada por la oración y el estudio de la Palabra de Dios, de modo que podamos captar estas verdades”.—*Carta 233, 1904*.

Puntos de vista sustentados sólo por el mal uso de las escrituras

En 1905, al escribir especialmente de la obra que hacía el “pastor G” en el sentido de socavar la confianza en la verdad del Santuario, Elena de White destacó la falta de solidez del uso que él hacía de la evidencia bíblica y la certeza de nuestra comprensión de la verdad del Santuario. Esto es lo que dijo:

[16]

“Le he estado rogando al Señor que me dé vigor y sabiduría para reproducir los escritos de los testigos que fueron confirmados en la fe en los primeros tiempos del mensaje. Después que pasó el tiempo en 1844, ellos recibieron la luz y caminaron en la luz; y cuando los hombres que pretendían tener nueva luz se presentaron con sus maravillosos mensajes acerca de diversos puntos de las Escrituras, nosotros, por medio de la operación del Espíritu Santo, tuvimos testimonios precisos y apropiados que anularon la influencia de tales mensajes, tales como el que el pastor G estuvo ocupado en presentar.* Este pobre hombre ha estado trabajando decididamente en contra de la verdad que ha confirmado el Espíritu Santo.

“Cuando el poder de Dios testifica en cuanto a lo que es verdad, esa verdad debe mantenerse para siempre como la verdad. No se debe dar cabida a ninguna suposición posterior contraria a la luz que Dios ha dado. Se levantarán hombres con interpretaciones de las Escrituras que son verdad para ellos, pero que no son la verdad. La verdad para este tiempo nos ha sido dada por Dios como un fundamento para nuestra fe. Él mismo nos ha enseñado lo que es verdad. Se levantará uno, y después otro, con una nueva luz que contradiga la luz que Dios ha dado mediante la demostración de su Espíritu Santo. Todavía están vivos unos pocos de los que pasaron por la experiencia que logramos al establecer esta verdad. Dios ha preservado bondadosamente sus vidas para que repitan y repitan hasta el fin de sus días la experiencia por la cual pasaron, así como lo hizo el apóstol Juan hasta el fin de su vida. Y los portaestandartes que han fallecido hablarán mediante la reimpresión de sus escritos. Se me ha instruido en el sentido de que así se han de oír sus voces. Han de dar testimonio de lo que constituye la verdad para este tiempo.

[17] “No debemos recibir las palabras de los que vienen con un mensaje que contradice los puntos especiales de nuestra fe. Reúnen una cantidad de versículos y los amontonan como pruebas en torno de las teorías que sostienen. Eso se ha hecho vez tras vez durante los últimos 50 años. Y al mismo tiempo que las Escrituras son la Palabra de Dios y deben ser respetadas, constituye un gran error

*[Nota: Se refiere aquí a ciertas enseñanzas sobre la cuestión del Santuario -en desacuerdo con las que han sostenido los adventistas del séptimo día a través de los años- que negaban el cumplimiento de la profecía de 1844 y repudiaban el ministerio de Cristo en el juicio investigador.]

su aplicación si ésta mueve un pilar del fundamento que Dios ha sostenido durante estos 50 años. El que hace tal aplicación no conoce la maravillosa demostración del Espíritu Santo que dio poder y fuerza a los mensajes del pasado que recibió el pueblo de Dios.

“Las pruebas del pastor G no son dignas de confianza. Si se las recibiera, destruirían la fe del pueblo de Dios en la verdad que nos ha hecho lo que somos.

“Debemos ser decididos en este asunto, pues no son correctos los puntos que él trata de probar mediante las Escrituras. No prueban que la experiencia pasada del pueblo de Dios fue un engaño. Tuvimos la verdad; fuimos dirigidos por los ángeles de Dios. La presentación del tema del Santuario se dio bajo la dirección del Espíritu Santo. Los que no participaron en la gestación de nuestra fe serán elocuentes si guardan silencio. Dios nunca se contradice. Las pruebas bíblicas están mal aplicadas si se las fuerza para testificar lo que no es verdadero. Se levantarán otro y otro más y presentarán lo que pretenden que es gran luz y expondrán sus opiniones. Pero nos mantenemos fieles a los hitos antiguos se cita”. **1 Juan 1:1-10.**—**Mensajes Selectos 1:188-190.**

La realidad del santuario celestial afirmada

Repetidas veces encontramos en los escritos de Elena de White declaraciones acerca de la realidad del Santuario celestial, su moblaje y su servicio. Una de ellas fue escrita en 1880, cuando se refirió a la experiencia de los creyentes adventistas después del chasco:

“En su investigación descubrieron que el Santuario terrenal, edificado por Moisés al mandato de Dios de acuerdo con el modelo que se le mostró en el monte, era un símbolo para ese tiempo, en el cual se presentaban ofrendas y sacrificios; que sus dos lugares santos eran figuras de las cosas celestiales; que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es ministro del Santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre ver. **Hebreos 9:9; 8:5, 2...**

“El Santuario celestial, en el cual Jesús ministra en favor de nosotros, es el gran original, del cual el Santuario edificado por Moisés fue una copia...

“El esplendor sin par del Santuario terrenal reflejaba ante la vista humana las glorias del templo celestial donde Cristo, nuestro precursor, ministra por nosotros ante el trono de Dios.

“Así como en el Santuario terrenal había dos compartimientos, el Santo y el Santísimo, así hay dos lugares santos en el Santuario celestial. Y el arca que contiene la ley de Dios, el altar del incienso y otros instrumentos de servicio que se encontraban en el Santuario terrenal también tienen su contraparte en el Santuario de arriba. En santa visión se le permitió al apóstol Juan entrar en el cielo y allí él contempló el candelabro y el altar del incienso, y cuando ‘el templo de Dios fue abierto’ vio ‘el arca de su pacto’. *Apocalipsis 4:5; 8:3; 11:19.*

“Los que buscaban la verdad encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un Santuario en el cielo. Moisés hizo el Santuario terrenal a partir de un modelo que se le mostró. Pablo declara que el modelo es el verdadero Santuario que está en los cielos. Juan testimonia que lo vio en el cielo”.—*The Spirit of Prophecy 4:260, 261.*

Con anterioridad ella había escrito especialmente acerca del mobiliario:

“También se me mostró en la Tierra un Santuario con dos departamentos. Se parecía al del cielo, y se me dijo que era una figura del celestial. Los enseres del primer departamento del Santuario terrestre eran como los del primer departamento del celestial. El velo estaba levantado; miré el interior del Lugar Santísimo y vi que el mobiliario era el mismo que el del Lugar Santísimo del Santuario celestial”.—*Primeros Escritos, 252.*

El Arca y la ley en el santuario celestial

En diferentes ocasiones ella habló y escribió acerca del arca en el Lugar Santísimo del Santuario celestial. Una de esas declaraciones fue hecha en un sermón predicado en Orebro, Suecia, en 1886.

[19] “Los amonesto: no coloquen su influencia contra los mandamientos de Dios. Esa ley es tal como Jehová la escribió en el templo del cielo. El hombre puede hollar su copia terrenal, pero el original se conserva en el arca de Dios en el cielo; y sobre la cubierta de esa arca, precisamente encima de esa ley, está el propiciatorio. Jesús está allí mismo, delante de esa arca, para mediar por el hombre” “Co-

mentarios de Elena G. de White”.—**Comentario Bíblico Adventista 1:1123.**

En 1903 escribió nuevamente de la realidad del Santuario celestial:

“Podría decir mucho con respecto al Santuario; del arca que contiene la ley de Dios; de la cubierta del arca, el propiciatorio; de los ángeles a ambos lados del arca; y de otras cosas relacionadas con el Santuario celestial y con el gran Día de la Expiación. Podría decir mucho acerca de los misterios del cielo; pero mis labios están cerrados. No siento inclinación por tratar de describirlos”.—**Carta 253, 1903.**

Los engaños de los últimos días involucrarán verdades vitales

Es claro que nuestro adversario, Satanás, tratará de conmover la fe del pueblo de Dios en la doctrina del Santuario en estos “últimos días”. Elena de White escribió:

“El Salvador predijo que en los últimos días aparecerían falsos profetas que arrastrarían a discípulos tras sí; y también que los que en ese tiempo de peligro debieran permanecer fieles a la verdad que está especificada en el libro del Apocalipsis, tendrían que enfrentarse con errores doctrinales tan sutiles que, de ser posible, engañarían a los mismos escogidos.

“Dios hará que todo sentimiento verdadero prevalezca. Satanás puede jugar hábilmente el juego de la vida con muchas almas, y actúa de la manera más disimulada y engañosa para arruinar la fe del pueblo de Dios y desanimarlo... Obra hoy como lo hizo en el cielo: para dividir al pueblo de Dios en la última etapa de la historia de esta Tierra. Busca crear disensión, suscitar contención y discusión y quitar, si fuera posible, los antiguos hitos de verdad confiados al pueblo de Dios. Trata de que parezca como que el Señor se contradice a sí mismo.

“Cuando Satanás se presenta como ángel de luz, atrapa almas en sus redes, engañándolas. Hombres que pretenden haber sido enseñados por Dios adoptarán teorías falaces, y al enseñarlas adornarán de tal manera esas falacias que disimularán los engaños satánicos. De esa manera Satanás se introducirá como ángel de luz y tendrá la oportunidad de presentar sus amenas fábulas.

“Tendremos que enfrentar a esos falsos profetas. Se esforzarán por engañar a muchos, induciéndolos a aceptar falsas teorías. Muchos pasajes de las Escrituras serán tan mal aplicados que en apariencia esas teorías engañosas estarán basadas en las palabras que Dios ha hablado. Se apropiarán de la preciosa verdad para sostener y establecer el error. Esos falsos profetas, que pretenden ser enseñados por Dios, tomarán preciosos pasajes de las Escrituras que han sido dados para adornar la verdad, y los usarán como vestiduras de justicia para cubrir teorías falsas y peligrosas. Y aun algunos a quienes en tiempos pasados el Señor honró, se apartarán tanto de la verdad que defenderán teorías erróneas concernientes a muchos aspectos de la verdad, *incluso la cuestión del Santuario*”.—**Manuscrito 11, 1906** [la cursiva es nuestra].

Pocas semanas después ella añadió estas palabras acerca de la importancia de la correcta comprensión de esta verdad:

“Sé que la cuestión del Santuario, tal cual la hemos sostenido durante tantos años, está basada en la justicia y la verdad. El enemigo es quien desvía las mentes por caminos alternativos. Le agrada cuando los que conocen la verdad se dedican a coleccionar textos para amontonarlos en derredor de teorías erróneas que no tienen base en la verdad. Los pasajes de la Escritura así empleados están mal aplicados; no fueron dados para sostener el error sino para fortalecer la verdad”.—**Obreros Evangélicos, 318**.

Con los ojos fijos en el santuario

En ningún momento debemos perder de vista la importante obra que se está haciendo en favor de nosotros en el Santuario celestial. Se nos amonesta:

[21] “Como pueblo, debemos ser estudiantes fervientes de la profecía; no debemos descansar hasta que entendamos claramente el tema del Santuario, el cual está expuesto en las visiones de Daniel y de Juan. Este asunto arroja gran luz sobre nuestra posición y nuestra obra actual, y nos da una prueba irrefutable de que Dios nos ha dirigido en nuestra experiencia pasada. Explica nuestro chasco de 1844, mostrándonos que el Santuario que debía ser purificado no era la Tierra, como habíamos supuesto, sino que Cristo entró entonces en el Lugar Santísimo del Santuario celestial y allí está realizando

la obra final de su oficio sacerdotal, en cumplimiento de las palabras del ángel comunicadas al profeta Daniel: ‘Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado’.

“Nuestra fe con referencia al mensaje de los ángeles primero, segundo y tercero era correcta. Los grandes hitos por los cuales hemos pasado son inamovibles. Aun cuando las huestes del infierno intenten derribarlos de sus fundamentos, y triunfar en el pensamiento de que han tenido éxito, no alcanzarán su objetivo. Esos pilares de verdad permanecen firmes como las montañas eternas, sin ser conmovidos por todos los esfuerzos de los hombres combinados con los de Satanás y su hueste. Podemos aprender mucho, y debemos estar constantemente escudriñando las Escrituras para ver si estas cosas son así. El pueblo de Dios ha de tener ahora sus ojos fijos en el Santuario celestial, donde se está realizando el servicio final de nuestro gran Sumo Sacerdote en la obra del juicio, donde él está intercediendo por su pueblo”.—*El Evangelismo*, 166.

Este libro

Exceptuando unas pocas notas de pie de página y las preguntas de estudio que están al final de cada capítulo, los materiales presentados a continuación son exclusivamente de la pluma de Elena de White y consisten principalmente en capítulos de *Patriarcas y profetas* y *El conflicto de los siglos*, con algunos materiales que los vinculan extraídos de varios otros escritos de Elena de White. En cada caso se da la fuente. Como la mayoría de los lectores debe tener a mano los libros de Elena de White, nos ha parecido innecesario aquí, donde la brevedad es deseable, incluir porciones de capítulos que no están directamente relacionados con el tema: Cristo en su Santuario.

Fideicomisarios de los Escritos de Elena G. De White

Capítulo 1—Cristo en el sistema de sacrificios

El pecado de nuestros primeros padres trajo sobre el mundo la culpa y la angustia, y si no se hubiesen manifestado la misericordia y la bondad de Dios, la raza humana se habría sumido en irremediable desesperación.—*Historia de los Patriarcas y Profetas, 45.*

La caída del hombre llenó todo el cielo de tristeza. El mundo que Dios había hecho estaba mancillado con la maldición del pecado, y habitado por seres condenados a la miseria y la muerte. Parecía no existir escapatoria para quienes habían quebrantado la ley...

Pero el amor divino había concebido un plan mediante el cual el hombre podría ser redimido. La quebrantada ley de Dios exigía la vida del pecador. En todo el universo sólo existía uno que podía satisfacer sus exigencias en beneficio del hombre. Puesto que la ley divina es tan sagrada como Dios mismo, sólo uno igual a Dios podría expiar su transgresión.—*Ibíd. 48.*

La primera indicación que el hombre tuvo acerca de su redención la oyó en la sentencia pronunciada contra Satanás en el jardín. El Señor declaró: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. *Génesis 3:15*. Esta sentencia, pronunciada en presencia de nuestros primeros padres, fue una promesa para ellos. Mientras predecía la guerra entre el hombre y Satanás, declaraba que el poder del gran adversario finalmente sería destruido... Aunque habrían de sufrir por efecto del poder de su poderoso adversario, podían esperar una victoria final.—*Ibíd. 51.*

Los ángeles celestiales explicaron más completamente a nuestros primeros padres el plan que había sido concebido para su redención. Se les aseguró a Adán y a su compañera que a pesar de su gran pecado, no se los abandonaría al control de Satanás. El Hijo de Dios había ofrecido expiar, con su propia vida, la transgresión de ellos.

[23] Se les otorgaría un tiempo de gracia y, mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo, nuevamente podían llegar a ser hijos de Dios.

El carácter sagrado de la ley de Dios

El sacrificio exigido por su transgresión reveló a Adán y a Eva el carácter sagrado de la ley de Dios; y vieron, como nunca antes, la culpa del pecado y sus horrorosos resultados.—*Ibíd.* 52.

La ley de Dios existía antes que el hombre fuera creado. Los ángeles eran gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después que Adán y Eva fueron creados, Dios les hizo conocer su ley. Esta no estaba escrita entonces, pero les fue repetida por Jehová...

Después del pecado y la caída de Adán, nada fue eliminado de la ley de Dios. Los principios de los Diez Mandamientos existían antes de la caída, y eran de una naturaleza que se ajustaban a la condición de un orden de seres santos.—*The Spirit of Prophecy* 1:261.

Esos principios fueron formulados al hombre más explícitamente después de la caída, y enunciados para satisfacer las necesidades de seres inteligentes caídos. Esto fue necesario a causa de que la mente del hombre había sido cegada por la transgresión.—*The Signs of the Times*, 15 de abril de 1875.

Entonces se estableció un sistema que requería el sacrificio de animales, con el fin de mantener delante del hombre caído lo que la serpiente había hecho que Eva no creyera: que la paga de la desobediencia es la muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesario que Cristo muriese como sacrificio, para así proporcionar al hombre una vía de escape de su castigo y al mismo tiempo preservar el honor de la ley de Dios. El sistema de sacrificios debía enseñar humildad al hombre, en vista de su condición caída, y conducirlo al arrepentimiento y a confiar sólo en Dios, por medio del Redentor prometido, para obtener el perdón por las pasadas transgresiones de su ley.—*The Spirit of Prophecy* 1:261, 262.

El sistema de sacrificios fue trazado por Cristo mismo, y dado a Adán para que tipificara al Salvador que habría de venir.—*The Signs of the Times*, 15 de julio de 1880.

[24]

El hombre ofrece su primer sacrificio

Para Adán, el ofrecimiento del primer sacrificio fue una ceremonia muy dolorosa. Tuvo que alzar la mano para quitar una vida que

sólo Dios podía dar. Por primera vez iba a presenciar la muerte, y sabía que si hubiese sido obediente a Dios no la habrían conocido el hombre o las bestias. Mientras mataba a la inocente víctima tembló al pensar que su pecado haría derramar la sangre del inmaculado Cordero de Dios. Esta escena le dio un sentido más profundo y vívido de la enormidad de su transgresión, que nada sino la muerte del querido Hijo de Dios podía expiar. Y se maravilló de la infinita bondad que daba semejante rescate para salvar a los culpables. Una estrella de esperanza iluminó el oscuro y terrible futuro, y lo libró de una completa desesperación.—*Historia de los Patriarcas y Profetas, 54.*

A Adán se le encomendó que enseñara a sus descendientes a temer al Señor y, por su ejemplo y humilde obediencia, les enseñase a tener en alta estima las ofrendas que tipificaban al Salvador que habría de venir. Adán atesoró cuidadosamente lo que Dios le había revelado, y lo transmitió verbalmente a sus hijos y a los hijos de sus hijos.—*The Spirit of Prophecy 1:59.*

A la puerta del Paraíso, guardada por querubines, se manifestaba la gloria de Dios, y allí iban los primeros adoradores. Allí levantaron sus altares y presentaron sus ofrendas.—*Historia de los Patriarcas y Profetas, 70.*

En los sacrificios ofrecidos en cada altar se veía al Redentor. Con la nube de incienso se elevaba de cada corazón contrito la oración de que Dios aceptara sus ofrendas como una muestra de fe en el Salvador venidero.—*The Review and Herald, 2 de marzo de 1886.*

El sistema de sacrificios confiado a Adán... fue pervertido por sus descendientes. La superstición, la idolatría, la crueldad y el libertinaje corrompieron el sencillo y significativo servicio que Dios había establecido. A través de su larga relación con los idólatras, el pueblo de Israel había mezclado muchas costumbres paganas con su culto; por consiguiente, en el Sinaí el Señor les dio instrucciones definidas tocante al servicio sacrificial.—*Historia de los Patriarcas y Profetas, 380.*

[25]

Preguntas para estudiar

1. ¿Por qué sólo uno igual a Dios podía expiar la transgresión de la ley divina? (Pág. 22.)

2. ¿Qué significado tuvo la declaración de (**Génesis 3:15**) para Satanás? ¿Y para Adán y Eva? (Pág. 22.)
3. ¿Por qué se les otorgó un tiempo de gracia? (Págs. 22, 23.)
4. ¿Cuál fue el propósito del sistema de sacrificios? (Pág. 23.)
5. ¿Por qué razón el primer sacrificio realizado por Adán fue una ceremonia dolorosa? (Pág. 24.)
6. ¿Dónde levantaron Adán y Eva sus primeros altares? (Pág. 24.)
7. ¿Qué significa esto? (Pág. 24.)

[26]

Capítulo 2—El santuario celestial en miniatura

Mientras Moisés estaba en el monte, Dios le ordenó. “Harán un santuario para mí, y yo habitaré en medio de ellos” (**Éxodo 25:8**); y le dio instrucciones completas para la construcción del tabernáculo. A causa de su apostasía, los israelitas habían perdido el derecho a la bendición de la Presencia divina, y por el momento hicieron imposible la construcción del Santuario de Dios entre ellos. Pero después que les fuera devuelto el favor del cielo, el gran líder procedió a ejecutar la orden divina.

Hombres escogidos fueron especialmente dotados por Dios con habilidad y sabiduría para la construcción del edificio sagrado. Dios mismo dio a Moisés el plano de esa estructura, con instrucciones detalladas acerca de su tamaño y forma, los materiales que debían emplearse y todos los objetos y muebles que debía contener. Los dos lugares santos hechos a mano habían de ser “figura del verdadero”, “figuras de las cosas celestiales” (**Hebreos 9:24, 23**); una representación en miniatura del templo celestial donde Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, después de ofrecer su vida como sacrificio, habría de ministrar en favor de los pecadores. Dios presentó ante Moisés en el monte una visión del Santuario celestial, y le ordenó que hiciera todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le había mostrado. Todas estas instrucciones fueron escritas cuidadosamente por Moisés, quien las comunicó a los líderes del pueblo.

Para la construcción del Santuario fue necesario hacer grandes y costosos preparativos; se requería una gran cantidad de los materiales más preciosos y caros; no obstante, el Señor sólo aceptó ofrendas voluntarias. “Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda; de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda” (**Éxodo 25:2**); tal fue la orden divina que Moisés repitió a la congregación. La devoción a Dios y un espíritu de sacrificio [27] fueron los primeros requisitos para construir la morada del Altísimo.

Todo el pueblo respondió unánimemente. “Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le

dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del tabernáculo de reunión, y para toda su obra, y para las sagradas vestiduras. Vinieron así hombres como mujeres, todos los voluntarios de corazón, y trajeron cadenas y zarcillos, anillos y brazaletes y toda clase de joyas de oro; y todos presentaban ofrenda de oro a Jehová.

“Todo hombre que tenía azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, pieles de carneros teñidas de rojo, o pieles de tejones, lo traía. Todo el que ofrecía ofrenda de plata o de bronce traía a Jehová la ofrenda; y todo el que tenía madera de acacia la traía para toda la obra del servicio.

“Además todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado: azul, púrpura, carmesí o lino fino. Y todas las mujeres cuyo corazón las impulsó en sabiduría hilaron pelo de cabra.

“Los príncipes trajeron piedras de ónice, y las piedras de los engastes para el efod y el pectoral, y las especias aromáticas y el aceite, para el alumbrado, y para el aceite de la unción, y para el incienso aromático”. **Éxodo 35:21-28.**

Mientras se llevaba a cabo la construcción del Santuario, el pueblo -ancianos, jóvenes, adultos, mujeres o niños- continuó trayendo sus ofrendas hasta que los encargados de la obra vieron que ya tenían lo suficiente, y aun más de lo que podrían usar. Y Moisés hizo proclamar por todo el campamento: “Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más”. **Éxodo 36:6.** Como advertencia para las futuras generaciones se registraron las murmuraciones de los israelitas y cómo Dios castigó sus pecados. Y son un ejemplo digno de imitar su devoción, celo y liberalidad. Todo el que ama el culto de Dios y aprecia la bendición de su santa presencia mostrará el mismo espíritu de sacrificio en la preparación de una casa donde él pueda reunirse con ellos. Deseará traer al Señor una ofrenda de lo mejor que posea. La casa que se construya para Dios no debe quedar endeudada, pues con ello Dios sería deshonrado. Debiera darse voluntariamente una cantidad suficiente para llevar a cabo la obra, para que los que la construyen puedan decir... “No traigan más ofrendas”.

El tabernáculo y su construcción

El tabernáculo fue construido desarmable, de modo que los israelitas pudieran llevarlo en su peregrinaje. Por consiguiente, era pequeño, de sólo 55 pies de largo por 18 de ancho y de alto.* No obstante, era una construcción magnífica. La madera que se empleó en la construcción y en sus muebles era de acacia, la menos susceptible al deterioro de todas las que había en el Sinaí. Las paredes consistían en tablas colocadas verticalmente, fijadas en basas de plata y aseguradas por columnas y travesaños; y todo estaba cubierto de oro, lo cual hacía aparecer al edificio como de oro macizo. El techo estaba formado de cuatro juegos de cortinas; el de más adentro era “de lino torcido, azul, púrpura y carmesí; y... querubines de obra primorosa” (Éxodo 26:1); los otros tres eran de pelo de cabras, de cueros de carnero teñidos de rojo y de cueros de tejones, respectivamente, arreglados de tal manera que ofrecían completa protección.

La estructura estaba dividida en dos secciones mediante una bella y rica cortina, o velo, suspendida de columnas doradas: y una cortina semejante a la anterior cerraba la entrada de la primera sección. Tanto estos velos como la cubierta interior que formaba el cielo raso, eran de los más magníficos colores -azul, púrpura y escarlata- bellamente combinados, y tenían, recamados con hilos de oro y plata, querubines que representaban la hueste de los ángeles asociados con la obra del Santuario celestial, y que son espíritus ministradores del pueblo de Dios en la Tierra.

[29] La tienda sagrada estaba colocada en un espacio abierto llamado atrio, rodeado por cortinas de lino fino que colgaban de columnas de bronce. La entrada a este recinto se hallaba en el extremo oriental. Estaba cerrada con cortinas de riquísima tela hermosamente trabajadas, aunque inferiores a las del Santuario. Como estas cortinas del atrio eran sólo de la mitad de la altura de las paredes del tabernáculo, el edificio podía verse perfectamente desde afuera. En el atrio, y cerca de la entrada, se hallaba el altar de bronce del holocausto. En este altar se consumían todos los sacrificios que debían ofrecerse por fuego al Señor, y sobre sus cuernos se rociaba la sangre expiatoria. Entre el altar y la puerta del tabernáculo estaba la fuente, también de bronce, hecha con los espejos donados voluntariamente por las

*[Nota: Aproximadamente 17 m de largo por 5 m de ancho y alto.]

mujeres de Israel. En la fuente los sacerdotes debían lavarse las manos y los pies cada vez que entraban en el departamento santo, o cuando se acercaban al altar para ofrecer un holocausto al Señor.

En el primer departamento, o Lugar Santo, estaban la mesa para el pan de la proposición, el candelero o la lámpara y el altar del incienso. La mesa del pan de la proposición estaba al norte. Así como su cornisa decorada, estaba revestida de oro puro. Sobre esa mesa los sacerdotes debían poner cada sábado doce panes, arreglados en dos pilas y rociados con incienso. Por ser santos, los panes que se quitaban debían ser comidos por los sacerdotes. Al sur estaba el candelero de siete brazos, con sus siete lámparas. Sus brazos estaban decorados con flores exquisitamente labradas y parecidas a lirios; el conjunto estaba hecho de una pieza sólida de oro. Como no había ventanas en el tabernáculo, las lámparas nunca se extinguían todas al mismo tiempo, sino que ardían día y noche. Exactamente frente al velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, y de la inmediata presencia de Dios, estaba el altar de oro del incienso. Sobre ese altar el sacerdote debía quemar incienso todas las mañanas y todas las tardes; sobre sus cuernos se aplicaba la sangre de la víctima de la expiación, y en el gran Día de la Expiación era rociado con sangre. El fuego que estaba sobre ese altar fue encendido por Dios mismo, y se mantenía como sagrado. Día y noche, el santo incienso difundía su fragancia por los recintos sagrados del tabernáculo y, fuera, por sus alrededores.

Más allá del velo interior estaba el Lugar Santísimo, centro del servicio de expiación e intercesión, el cual constituía el eslabón que unía el cielo y la Tierra. En este departamento estaba el arca, que era un cofre de madera de acacia, recubierto de oro por dentro y por fuera, y que tenía una cornisa de oro encima. Era el repositorio de las tablas de piedra, en las cuales Dios mismo había grabado los Diez Mandamientos. Por consiguiente, se lo llamaba arca del testamento de Dios, o arca de la alianza, puesto que los Diez Mandamientos eran la base de la alianza hecha entre Dios e Israel.

La cubierta del arca sagrada se llamaba “propiciatorio”. Estaba hecha de una sola pieza de oro, y encima tenía dos querubines de oro, uno en cada extremo. Un ala de cada ángel se extendía hacia arriba, mientras la otra permanecía plegada sobre el cuerpo (ver **Ezequiel 1:11**), en señal de reverencia y humildad. La posición de

[30]

los querubines, con la cara vuelta el uno hacia el otro y mirando reverentemente hacia abajo sobre el arca, representaba la reverencia con la cual la hueste celestial mira la ley de Dios y su interés en el plan de la redención.

Encima del propiciatorio estaba la *Shekinah*, o manifestación de la Presencia divina; y desde en medio de los querubines Dios hacía conocer su voluntad. A veces los mensajes divinos eran comunicados al sumo sacerdote mediante una voz que salía de la nube. Otras veces caía una luz sobre el ángel de la derecha, para indicar aprobación o aceptación, o una sombra o nube descansaba sobre el ángel de la izquierda, para revelar desaprobación o rechazo.

La ley de Dios, guardada como reliquia dentro del arca, era la gran regla de justicia y juicio. Esa ley determinaba la muerte del transgresor; pero encima de la ley estaba el propiciatorio, donde se revelaba la presencia de Dios y desde el cual, en virtud de la expiación, se otorgaba perdón al pecador arrepentido. Así, en la obra de Cristo en favor de nuestra redención, simbolizada por el servicio del Santuario, “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. **Salmos 85:10**.

No hay palabras que puedan describir la gloria de la escena que se veía dentro del Santuario: las paredes doradas reflejando la luz de los candeleros de oro, los brillantes colores de las cortinas ricamente bordadas con sus relucientes ángeles, la mesa y el altar del incienso refulgentes de oro; y más allá del segundo velo el arca sagrada, con sus querubines místicos, y sobre ella la santa *Shekinah*, manifestación visible de la presencia de Jehová; pero todo eso era apenas un pálido reflejo de las glorias del Templo de Dios en el cielo, el gran centro de la obra de redención en favor del hombre.

Se necesitó alrededor de medio año para construir el tabernáculo. Cuando se terminó, Moisés examinó toda la obra de los constructores, comparándola con el modelo que se le enseñó en el monte y con las instrucciones que había recibido de Dios. “Y vio Moisés toda la obra, y he aquí que la habían hecho como Jehová había mandado; y los bendijo”. **Éxodo 39:43**. Con anhelante interés las multitudes de Israel se agolparon para ver la sagrada estructura. Mientras contemplaban la escena con reverente satisfacción, la columna de nube descendió sobre el Santuario y lo envolvió. “Y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo” [40:34]. Hubo una revelación de la majestad

divina, y por un momento ni siquiera Moisés pudo entrar. Con profunda emoción, el pueblo contempló la señal de que la obra de sus manos era aceptada. No hubo demostraciones de regocijo en alta voz. Una solemne reverencia se apoderó de todos. Pero la alegría de su corazón se manifestó en lágrimas de gozo, y susurraron fervientes palabras de gratitud porque Dios había condescendido a morar con ellos.

Los sacerdotes y su vestimenta

En virtud de las instrucciones divinas, se apartó a la tribu de Leví para el servicio del Santuario. En tiempos anteriores, cada hombre era sacerdote de su propia casa. En los días de Abraham, por derecho de nacimiento, el sacerdocio recaía en el hijo mayor. Ahora, en vez del primogénito de todo Israel, el Señor aceptó a la tribu de Leví para la obra del Santuario. Mediante este señalado honor, Dios manifestó su aprobación por la fidelidad de los levitas, tanto por haber adherido a su servicio como por haber ejecutado sus juicios cuando Israel apostató al rendir culto al becerro de oro. No obstante, el sacerdocio se restringió a la familia de Aarón. Aarón y sus hijos fueron los únicos a quienes se les permitía ministrar ante el Señor; al resto de la tribu se le encargó el cuidado del tabernáculo y su mobiliario, y para ayudar a los sacerdotes en su ministración, pero no podían ofrecer sacrificios, ni quemar incienso, ni mirar los objetos santos hasta que estuviesen tapados.

Se designó para los sacerdotes un traje especial, acorde con su oficio. “Harás vestiduras sagradas a Aarón tu hermano, para honra y hermosura” (Éxodo 28:2), fue la instrucción divina dada a Moisés. El hábito del sacerdote común era de lino blanco, tejido de una sola pieza. Se extendía casi hasta los pies, y estaba ceñido en la cintura por una faja de lino blanco bordada de azul, púrpura y rojo. Un turbante de lino, o mitra, completaba su vestidura exterior. Ante la zarza ardiente se le ordenó a Moisés que se quitase las sandalias, porque la tierra en que estaba era santa. Tampoco los sacerdotes debían entrar en el Santuario con el calzado puesto. Las partículas de polvo pegadas a él habrían profanado el santo lugar. Debían dejar los zapatos en el atrio antes de entrar en el Santuario, y también tenían que lavarse tanto las manos como los pies antes de servir en

el tabernáculo o en el altar del holocausto. En esa forma se enseñaba constantemente que los que quieran acercarse a la presencia de Dios deben apartarse de toda impureza.

Las vestiduras del sumo sacerdote eran de material costoso y bellísima confección, como convenía a su elevada jerarquía. Además del traje de lino del sacerdote común, llevaba una túnica azul, también tejida de una sola pieza. El borde del manto estaba ornamentado con campanas de oro y granadas de color azul, púrpura y escarlata. Sobre esto llevaba el efod, prenda más corta de oro, azul, púrpura, escarlata y blanco, rodeada por una faja de los mismos colores, hermosamente elaborada. El efod no tenía mangas, y en sus hombreras bordadas con oro tenía engarzadas dos piedras de ónice, que llevaban los nombres de las doce tribus de Israel.

Sobre el efod estaba el racional [o pectoral], la más sagrada de las vestiduras sacerdotales. Era de la misma tela que el efod. De forma cuadrada, medía un palmo [22,5 cm] y colgaba de los hombros mediante un cordón azul prendido en argollas de oro. El ribete estaba formado por una variedad de piedras preciosas, las mismas que forman los doce fundamentos de la ciudad de Dios. Dentro del ribete había doce piedras engarzadas en oro, arregladas en hileras de a cuatro, que, como las de los hombros, tenían grabados los nombres de las tribus. Las instrucciones del Señor fueron: “Y llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entre en el santuario, para memorial delante de Jehová continuamente”. **Éxodo 28:29**. Así también Cristo, el gran Sumo Sacerdote, al ofrecer su sangre ante el Padre en favor de los pecadores, lleva sobre el corazón el nombre de toda alma arrepentida y creyente. El salmista dice: “Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará de mí”. **Salmos 40:17**.

El urim y el tumim

[33] A la derecha y a la izquierda del racional había dos piedras grandes y de mucho brillo. Se llamaban Urin y Tumim. Mediante ellas se revelaba la voluntad de Dios al sumo sacerdote. Cuando se llevaban asuntos ante el Señor para que él los decidiera, si un nimbo iluminaba la piedra de la derecha era señal de aprobación o

consentimiento divinos, mientras que sí una nube oscurecía la piedra de la izquierda, era evidencia de negación o desaprobación.

La mitra del sumo sacerdote consistía en un turbante de lino blanco que tenía una plaquita de oro, sostenida por una cinta azul, con la inscripción: “Santidad a Jehová”. Todo lo relacionado con la indumentaria y la conducta de los sacerdotes debía de ser tal naturaleza que impresionara al espectador con un sentido de la santidad de Dios, de lo sagrado de su culto y de la pureza que se exigía de quienes se allegaran a su presencia.

El servicio del santuario*

No sólo el Santuario mismo, sino también el ministerio de los sacerdotes, debía servir “de figura y sombra de las cosas celestiales”. **Hebreos 8:5**. Por eso era de suma importancia; y el Señor, por medio de Moisés, dio las más definidas y precisas instrucciones acerca de cada uno de los puntos de este culto simbólico. El ministerio del Santuario consistía en dos partes: un servicio diario y otro anual. El servicio diario se efectuaba en el altar del holocausto en el atrio del tabernáculo, y en el Lugar Santo; mientras que el servicio anual se realizaba en el Lugar Santísimo.

Ningún ojo mortal, salvo el del sumo sacerdote, debía mirar el interior del Lugar Santísimo. Sólo una vez al año, y después de la preparación más solemne y cuidadosa, podía entrar allí el sumo sacerdote. Temblando entraba para presentarse ante Dios, y el pueblo en reverente silencio esperaba su regreso, con el corazón elevado en ferviente oración por bendición divina. Ante el propiciatorio, el sumo sacerdote hacía expiación por Israel; y en la nube de gloria, Dios se encontraba con él. Si su permanencia en dicho sitio duraba más del tiempo acostumbrado, el pueblo sentía temor de que, a causa de los pecados de ellos o de él mismo, hubiese sido muerto por la gloria del Señor.

El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y en los

[34]

*[Nota: “Una vez construido el Santuario, Dios se comunicó con Moisés desde la nube de gloria que descendía sobre el propiciatorio, y le dio instrucciones completas acerca del sistema de sacrificios y ofrendas, y las formas de adoración que debían emplearse en el Santuario”. **Historia de los Patriarcas y Profetas**, 380.]

sacrificios especiales por los pecados individuales. Además, había sacrificios para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas especiales.

Cada mañana y cada tarde se ofrecían sobre el altar un cordero de un año, con las oblações apropiadas de presentes, para simbolizar la diaria consagración de la nación a Jehová y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo. Dios les indicó expresamente que toda ofrenda presentada para el servicio del Santuario debía ser “sin defecto”. **Éxodo 12:5**. Los sacerdotes debían examinar todos los animales que se traían como sacrificio, y rechazar los defectuosos. Sólo una ofrenda “sin defecto” podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que habría de ofrecerse como “cordero sin mancha y sin contaminación”. **1 Pedro 1:19**. El apóstol Pablo señala estos sacrificios como una ilustración de lo que los seguidores de Cristo han de llegar a ser. Dice: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. **Romanos 12:1**. Hemos de entregarnos al servicio de Dios, y debiéramos tratar de hacer esa ofrenda tan perfecta como sea posible. Dios no quedará satisfecho sino con lo mejor que podamos ofrecerle. Los que le aman de todo corazón, desearán darle el mejor servicio de su vida, y constantemente tratarán de poner todas las facultades de su ser en perfecta armonía con las leyes que nos habilitan para hacer la voluntad de Dios.

Al presentar la ofrenda del incienso, el sacerdote se acercaba más directamente a la presencia de Dios que en ningún otro acto de los servicios diarios. Como el velo interior del Santuario no llegaba hasta el techo del edificio, la gloria de Dios, que se manifestaba sobre el propiciatorio, era parcialmente visible desde el Lugar Santo. Cuando el sacerdote ofrecía incienso ante el Señor, miraba hacia el arca; y mientras ascendía la nube de incienso, la gloria divina descendía sobre el propiciatorio y henchía el Lugar Santísimo, y a menudo llenaba tanto las dos divisiones del Santuario, que el sacerdote se veía obligado a retirarse hasta la puerta del tabernáculo. Así como en ese servicio simbólico el sacerdote miraba por medio de la fe el propiciatorio que no podía ver, así ahora el pueblo de Dios ha de dirigir sus oraciones a Cristo, su gran Sumo Sacerdote, quien, invisible para el ojo humano, está intercediendo en su favor en el Santuario celestial.

El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo, y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios. Delante del velo del Lugar Santísimo había un altar de intercesión perpetua; y delante del Lugar Santo, un altar de expiación continua. Había que acercarse a Dios mediante la sangre y el incienso, símbolos que señalaban al gran Mediador, a través de quien los pecadores pueden acercarse a Jehová, y a través de quien únicamente puede otorgarse misericordia y salvación al alma arrepentida y creyente.

Mientras de mañana y de tarde los sacerdotes entraban en el Lugar Santo a la hora del incienso, el sacrificio diario estaba listo para ser ofrecido sobre el altar de afuera, en el atrio. Esta era una hora de intenso interés para los adoradores que se congregaban ante el tabernáculo. Antes de allegarse a la presencia de Dios por medio del ministerio del sacerdote, debían hacer un ferviente examen de su corazón y confesión de sus pecados. Se unían en oración silenciosa, con los rostros vueltos hacia el Lugar Santo. Así sus peticiones ascendían con la nube de incienso, mientras la fe aceptaba los méritos del Salvador prometido al que simbolizaba el sacrificio expiatorio. Las horas designadas para el sacrificio matutino y vespertino se consideraban sagradas, y llegaron a observarse como momentos dedicados al culto por toda la nación judía. Y cuando en tiempos posteriores los judíos fueron esparcidos como cautivos en distintos países, aun entonces a la hora indicada dirigían el rostro hacía Jerusalén y ofrecían sus peticiones al Dios de Israel. En esta costumbre, los cristianos tienen un ejemplo para su oración matutina y vespertina. Si bien Dios condena la mera ejecución de ceremonias que carezcan del espíritu de adoración, mira con gran satisfacción a quienes lo aman y se postran mañana y tarde para pedir perdón por los pecados cometidos y las bendiciones necesarias.

El pan de la proposición se conservaba siempre ante el Señor como una ofrenda perpetua. De manera que formaba parte del sacrificio diario, y se llamaba “el pan de la proposición”, o el pan de la presencia, porque estaba siempre ante el rostro del Señor **Éxodo 25:30**. Era un reconocimiento de que el hombre depende de Dios tanto para su alimento temporal como para el espiritual, y de que se lo recibe únicamente en virtud de la mediación de Cristo. En el

desierto Dios había alimentado a Israel con el pan del cielo, y el pueblo aun dependía de su generosidad tanto para las bendiciones del alimento temporal como las del espiritual. El maná, así como el pan de la proposición, simbolizaba a Cristo, el Pan viviente, quien está siempre en la presencia de Dios para interceder por nosotros. Él mismo dijo: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo”. **Juan 6:48-51**. Sobre los panes se ponía incienso. Cuando se cambiaba cada sábado, para reemplazarlo por panes frescos, el incienso se quemaba sobre el altar como un recordatorio delante de Dios.

La parte más importante del servicio diario era la que se realizaba en favor de los individuos. El pecador arrepentido traía su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y colocando la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados; así, en un sentido figurado, los trasladaba de su propia persona a la víctima inocente. Luego mataba al animal con su propia mano, y el sacerdote llevaba la sangre al Lugar Santo y la rociaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había violado. Con esta ceremonia, y en un sentido simbólico, el pecado era trasladado al Santuario por medio de la sangre. En algunos casos no se llevaba la sangre al Lugar Santo; pero el sacerdote debía comer la carne, tal como Moisés ordenó a los hijos de Aarón, diciendo: “La dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación”. **Levítico 10:17**.* Las dos ceremonias simbolizaban por igual el traslado del pecado del hombre arrepentido al Santuario.

[37]

*[Nota: Cuando el sacerdote presentaba una ofrenda por el pecado y por toda la congregación llevaba la sangre al Lugar Santo, la asperjaba delante del velo y la ponía sobre los cuernos del altar de oro. El sebo (grasa, grosura) era consumido sobre el altar de los holocaustos que estaba en el atrio, pero el cuerpo del animal era quemado fuera del campamento. Ver **Levítico 4:1-21**.

Sin embargo, cuando la ofrenda era por un gobernante o por uno del pueblo, la sangre no se llevaba al Lugar Santo y el sacerdote comía la carne como Dios le indicó a Moisés, ver **Levítico 6:26; 4:22-35**.]

De este modo, como la autora lo describe en otro lugar: “Los pecados de la gente eran transferidos simbólicamente al sacerdote oficiante, que era mediador del pueblo. El sacerdote no podía por sí mismo convertirse en ofrenda por el pecado y hacer expiación con su vida, porque también era pecador. Por tanto, en vez de sufrir él mismo la muerte, sacrificaba un cordero sin defecto. El castigo del pecado era transferido al animal inocente, que así llegaba a ser su sustituto inmediato y simbolizaba la perfecta ofrenda de Jesucristo. Mediante la sangre de esta víctima, el hombre veía por fe en el porvenir la sangre de Cristo que expiaría los pecados del mundo”. **Mensajes Selectos 1:270**.

Tal era la obra que se hacía diariamente durante todo el año. Con el traslado de los pecados de Israel al Santuario, los lugares santos quedaban manchados, y se hacía necesaria una obra especial para quitar de allí los pecados. Dios ordenó que se hiciera expiación para cada una de las sagradas divisiones lo mismo que para el altar. Así “lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel”. **Levítico 16:19.**

El día de la expiación

Una vez al año, en el gran Día de la Expiación, el sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para limpiar el Santuario. La obra allí desarrollada completaba el ciclo anual de ceremonias.

En el Día de la Expiación se llevaban dos machos cabríos a la puerta del tabernáculo y se echaba suerte sobre ellos, “una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel”. **Levítico 16:8.** El macho cabrío sobre el cual caía la primera suerte debía matarse como ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar la sangre dentro del velo y rociarla sobre el propiciatorio. “Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas”. **Vers. 16.**

“Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto”. **Vers. 21, 22.** Sólo después de haberse alejado al macho cabrío de esta manera, se consideraba el pueblo libre de la carga de sus pecados. Todo hombre debía contristar su alma mientras se verificaba la obra de expiación. Todos los negocios se suspendían, y toda la congregación de Israel pasaba el día en solemne humillación delante de Dios, en oración, ayuno y profundo análisis del corazón.

Mediante este servicio anual se le enseñaba al pueblo importantes verdades acerca de la expiación. En la ofrenda por el pecado que se

ofrecía durante el año se aceptaba un sustituto en lugar del pecador; pero la sangre de la víctima no hacía completa expiación por el pecado. Sólo proveía un medio en virtud del cual el pecado se transfería al Santuario. Al ofrecerse la sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba la culpa de su transgresión y expresaba su fe en Aquel que habría de quitar los pecados del mundo; pero no quedaba completamente exonerado de la condenación de la ley. En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote, llevando una ofrenda por la congregación, entraba en el Lugar Santísimo con la sangre y la rociaba sobre el propiciatorio, encima de las tablas de la ley. En esa forma los requerimientos de la ley, que exigían la vida del pecador, quedaban satisfechos. Entonces, en su carácter de mediador, el sacerdote tomaba los pecados sobre sí mismo y, saliendo del Santuario, llevaba sobre sí la carga de la culpa de Israel. A la puerta del tabernáculo ponía sus manos sobre la cabeza del macho cabrío [símbolo de Azazel] y confesaba “sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío”. Y cuando el macho cabrío que llevaba estos pecados era conducido al desierto, se consideraba que con él se alejaban para siempre del pueblo. Tal era el servicio verificado como “figura y sombra de las cosas celestiales”. **Hebreos 8:5.**

Una figura de las cosas celestiales

Como se ha dicho, el Santuario terrenal fue construido por Moisés conforme al modelo que se le mostró en el monte. “Era símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios”. Los dos lugares santos eran “figuras de las cosas celestiales”. Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es el “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. **Hebreos 9:9, 23; 8:2.** Cuando en visión se le mostró al apóstol Juan el templo de Dios que está en el cielo, vio que allí “ardían siete lámparas de fuego”. Vio también a un ángel que tenía “un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono”. [39] **Apocalipsis 4:5; 8:3.** Se le permitió al profeta contemplar el Lugar Santo del Santuario celestial; y vio que allí “ardían siete lámparas

de fuego” y “el altar de oro”, representados por el candelero de oro y el altar del incienso o perfume en el Santuario terrenal. Nuevamente “el templo de Dios fue abierto en el cielo”, y vio el Lugar Santísimo detrás del velo interior. Allí contempló “el arca de su pacto” (**Apocalipsis 11:19**), representada por el arca sagrada construida por Moisés para contener la ley de Dios.

Moisés hizo el Santuario terrenal “conforme al modelo que había visto”. Pablo declara que “el tabernáculo y todos los vasos del ministerio”, después de haber sido hechos, eran símbolos de “las cosas celestiales”. **Hechos 7:44; Hebreos 9:21, 23**. Y Juan dice que vio el Santuario celestial. Ese Santuario, en el cual Jesús oficia en favor de nosotros, es el gran original, del cual el Santuario construido por Moisés era una copia.

Ningún edificio terrenal podría representar la grandeza y la gloria del Templo celestial, la morada del Rey de reyes, donde “millares de millares” le sirven y “millones de millones” están delante de él (**Daniel 7:10**), de ese templo henchido de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus guardianes resplandecientes, se cubren el rostro en adoración. Sin embargo, las verdades importantes acerca del Santuario celestial y de la gran obra que allí se efectúa en favor de la redención del hombre debían enseñarse mediante el Santuario terrenal y sus servicios.

Después de su ascensión, nuestro Salvador iba a principiar su obra como nuestro Sumo Sacerdote. El apóstol Pablo dice: “No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. **Hebreos 9:24**. Como el ministerio de Cristo iba a consistir en dos grandes divisiones, ocupando cada una un período de tiempo y teniendo un sitio distinto en el Santuario celestial, asimismo la ministración típica consistía en el servicio diario y el anual, y a cada uno de ellos se dedicaba una sección del tabernáculo.

Como Cristo, después de su ascensión, compareció ante la presencia de Dios para ofrecer su sangre en beneficio de los creyentes arrepentidos, así, en el servicio diario, el sacerdote rociaba la sangre del sacrificio en el Lugar Santo en favor de los pecadores.

Aunque la sangre de Cristo habría de librar al pecador arrepentido de la condenación de la ley, no anularía el pecado; éste quedaría registrado en el Santuario hasta la expiación final; así en el tipo, la

sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el Santuario hasta el Día de la Expiación.

Se limpia el registro de los pecados

En el gran día del juicio final los muertos han de ser juzgados “por las cosas que” están “escritas en los libros, según sus obras”. **Apocalipsis 20:12**. Entonces, en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el Santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado. En el tipo, esta gran obra de expiación, o el acto de borrar los pecados, estaba representada por los servicios del Día de la Expiación; o sea, la purificación del Santuario terrenal por medio de la eliminación de los pecados que lo habían manchado, en virtud de la sangre de la víctima.

Así como en la expiación final los pecados de los arrepentidos han de borrarse de los registros celestiales, para no ser ya recordados, en el tipo terrenal eran enviados al desierto y separados para siempre de la congregación.

Puesto que Satanás es el originador del pecado, el instigador directo de todos los pecados que causaron la muerte del Hijo de Dios, la justicia exige que Satanás sufra el castigo final. La obra de Cristo en favor de la redención del hombre y la purificación del pecado del universo se concluirá quitando el pecado del Santuario celestial y colocándolo sobre Satanás, quien sufrirá el castigo final. Así en el servicio típico, el ciclo anual del ministerio se completaba con la purificación del Santuario y la confesión de los pecados sobre la cabeza del macho cabrío [símbolo de Azazel].

De este modo, en el servicio del tabernáculo, y en el del templo que posteriormente ocupó su lugar, se enseñaba diariamente al pueblo las grandes verdades relativas a la muerte y al ministerio de Cristo, y una vez al año sus pensamientos eran llevados hacia los acontecimientos finales de la gran controversia entre Cristo y Satanás, la purificación final del universo del pecado y los pecadores **Historia de los Patriarcas y Profetas, 356-372**.

Preguntas para estudiar

1. ¿Cuáles fueron los “primeros requisitos” para la preparación del Santuario en el desierto? (Pág. 26.)
2. ¿Cuál fue la base del plan para construir ese Santuario? ¿Cómo se lo obtuvo? (Págs. 26, 27.)
3. ¿Qué significado tenía la difusión de la fragancia del incienso en el Santuario y “sus alrededores”? (Págs. 29, 34, 35.)
4. ¿Qué nombre se daba a la manifestación de la Presencia divina y dónde se producía? (Pág. 30.)
5. El asiento de la ley y la misericordia estaban en el Lugar Santísimo. ¿Por qué? (Pág. 30.)
6. ¿Por qué el pectoral (o racional) era la más sagrada de las vestiduras sacerdotales? (Pág. 32.)
7. ¿Qué *tres* cosas debía inspirar en los espectadores la indumentaria y la conducta de los sacerdotes? (Pág. 33.)
8. ¿Por qué las instrucciones con respecto a cada parte del servicio del Santuario eran tan explícitas? (Pág. 33.)
9. ¿Qué *doble* significado tenía el requerimiento de que el animal para el sacrificio fuera “sin defecto”? (Pág. 34.)
10. La ofrenda de incienso y sangre era simultánea. ¿Por qué debía ser así? (Pág. 35.)
11. ¿En qué *dos* formas se transfería el pecado del penitente al Santuario? (Pág. 36.)
12. ¿Cuándo y cómo se limpiaba el Santuario de los pecados del pueblo? (Págs. 37, 38.)
13. ¿Qué objetos vio Juan cuando se le mostró en visión el primero y el segundo compartimientos del Santuario celestial? ¿Cuál es la gloria y la grandeza del templo celestial? (Págs. 38, 39.)
14. ¿Cuáles eran los servicios diarios y anuales del Santuario, y cómo se conectaban entre sí? Aplíquelos al ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, y a la limpieza del Santuario celestial del registro de pecados. (Págs. 38-40.)

Capítulo 3—El evangelio en tipos y antitipos*

Salomón ejecutó sabiamente el plan de erigir un templo para el Señor, como David lo había deseado por tanto tiempo. Durante siete años Jerusalén se vio llena de obreros activamente ocupados en nivelar el sitio escogido, construir vastos muros de contención, echar amplios cimientos de “piedras grandes, piedras costosas... y piedras labradas” (1 Reyes 5:17), dar forma a las pesadas maderas traídas de los bosques del Líbano y erigir el magnífico Santuario.

Simultáneamente con la preparación de la madera y las piedras, a la cual muchos millares dedicaban sus energías, constantemente progresaba la elaboración de los muebles para el templo bajo el liderazgo de Hiram de Tiro, “un hombre hábil y entendido... el cual” sabía “trabajar en oro, plata, bronce y hierro, en piedra y en madera, en púrpura y en azul, en lino y en carmesí”. 2 Crónicas 2:13, 14.

En todo de acuerdo con el modelo

Mientras el edificio se levantaba silenciosamente sobre el Monte Moriah con “piedras que traían ya acabadas, de tal manera que cuando la edificaban, ni martillos ni hachas se oyeron en la casa, ni ningún otro instrumento de hierro” (1 Reyes 6:7), los hermosos adornos se ejecutaban de acuerdo con los modelos confiados por David a su hijo, “todos los vasos para la casa de Dios”. 2 Crónicas 4:19. Estas cosas incluían el altar del incienso, la mesa para los panes de la proposición, el candelabro y sus lámparas, así como los vasos e instrumentos relacionados con el ministerio de los sacerdotes en el Lugar Santo, todo “de oro, de oro finísimo”. Vers. 21. A los enseres de bronce -el altar de los holocaustos, la gran cuba sostenida por doce bueyes, las fuentes de menor tamaño, los muchos otros vasos-, “los fundió el rey en los llanos del Jordán, en tierra arcillosa,

*[Nota: “Tipo” = figura, modelo. “Antitipo” = realidad (última). El servicio del Santuario terrenal era un tipo del servicio en el Santuario celestial; aquel prefiguraba la realidad de este.]

entre Sucot y Seredata”. **Vers. 17.** Esos enseres fueron provistos en abundancia, para que no faltasen. [43]

Un templo de esplendor inigualado

De una belleza insuperable y esplendor sin rival era el palacio que Salomón y quienes lo ayudaban erigieron para Dios y su culto. Adornado con piedras preciosas, rodeado por atrios espaciosos y recintos magníficos, forrado de cedro esculpido y de oro bruñido, la estructura del templo, con sus cortinas bordadas y muebles preciosos, era un emblema adecuado de la iglesia viva de Dios en la Tierra, que a través de los siglos ha estado formándose de acuerdo con el modelo divino con materiales comparados a “oro, plata, piedras preciosas”, “labradas como las de un palacio”. **1 Corintios 3:12; Salmos 144:12.**—*La Historia de Profetas y Reyes, 25, 26.*

Así fue construido el más espléndido Santuario, de acuerdo con el modelo que se le mostró a Moisés en el monte, y presentado luego por el Señor a David. Además de los querubines que estaban en la cubierta del arca, Salomón hizo otros dos ángeles de mayor tamaño, situados a ambos extremos del arca, que representaban a los ángeles celestiales que guardan la ley de Dios. Es imposible describir la belleza y el esplendor de ese Santuario. Dentro de este lugar, con solemne reverencia, fue transportada el arca por los sacerdotes y se la colocó en su lugar, debajo de las alas de los dos imponentes querubines que estaban de pie en el suelo.

Dios manifiesta su aceptación

El coro sagrado elevó sus voces en alabanza a Dios, y la melodía de sus cantos fue acompañada por toda clase de instrumentos musicales. Y mientras en los atrios del templo resonaba la alabanza, la nube de la gloria de Dios tomó posesión de la casa, como anteriormente había llenado el tabernáculo del desierto. “Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová”. **1 Reyes 8:10, 11.**

Así como el Santuario terrenal edificado por Moisés de acuer- [44]

do con el modelo que se le mostró en el monte, así el templo de Salomón, con todos sus servicios, era un “símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios”, y sus dos compartimientos sagrados eran “figura y sombra de las cosas celestiales”; Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es un “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. **Hebreos 9:9; 8:5; 8:2.**—**The Review and Herald, 9 de noviembre de 1905.**

Todo el sistema de los tipos y símbolos era una profecía resumida del evangelio, una presentación en la cual estaban resumidas las promesas de la redención.—**Los Hechos de los Apóstoles, 13.**

Se pierde de vista al antitipo

El Señor Jesús era el fundamento de todo el sistema judaico. Su imponente ritual fue ordenado divinamente. El propósito de él era enseñar a la gente que en el tiempo prefijado vendría Uno a quien señalaban esas ceremonias.—**Palabras de Vida del Gran Maestro, 17.**

Al apartarse de Dios, los judíos perdieron en gran medida la visión de lo que enseñaba el servicio ritual. Ese ritual había sido instituido por Cristo mismo. En todas sus partes era un símbolo de él; y había sido llenado de vitalidad y belleza espiritual. Pero los judíos perdieron la vida espiritual de sus ceremonias y se aferraron a las formas muertas. Confiaban en los sacrificios y los ritos en sí mismos, en vez de confiar en aquel a quien éstos señalaban. Con el fin de suplir lo que habían perdido, los sacerdotes y rabinos multiplicaron los requerimientos de su invención; y cuanto más rígidos se volvían, tanto menos del amor de Dios se manifestaba.—**El Deseado de Todas las Gentes, 21.**

El servicio del templo pierde su significado

Cristo era el fundamento y la vida del templo. Sus servicios eran típicos del sacrificio del Hijo de Dios. El sacerdocio había sido establecido para representar el carácter y la obra mediadora de Cristo. Todo el plan de adoración sacrificial era una prefiguración de la muerte del Salvador para redimir al mundo. No habría eficacia en

esas ofrendas cuando el gran evento al cual señalaran durante siglos fuese consumado.

Puesto que todo el sistema ritual simbolizaba a Cristo, no tenía valor sin él. Cuando los judíos sellaron su rechazo de Cristo entregándolo a la muerte, rechazaron todo lo que daba significado al templo y sus ceremonias. Su carácter sagrado desapareció. Quedó condenado a la destrucción. Desde ese día los sacrificios rituales y las ceremonias relacionadas con ellos dejaron de tener significado. Como la ofrenda de Caín, no expresaban fe en el Salvador. Al dar muerte a Cristo, los judíos destruyeron virtualmente su templo. Cuando Cristo fue crucificado, el velo interior del templo se rasgó en dos de alto a bajo, significando que el gran sacrificio final había sido hecho, y que el sistema de los sacrificios rituales había terminado para siempre.

“En tres días lo levantaré”. A la muerte del Salvador las potencias de las tinieblas parecieron prevalecer y se regocijaron de su victoria. Pero del sepulcro abierto de José, Jesús salió vencedor. “Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. **Colosenses 2:15**. En virtud de su muerte y resurrección, pasó a ser “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. **Hebreos 8:2**. Los hombres habían construido el tabernáculo, y luego el templo de los judíos; pero el Santuario celestial, del cual el terrenal era una figura, no fue construido por arquitecto humano. “Mirad al hombre cuyo nombre es El Vástago, y él... edificará el Templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria, y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono”. **Zacarías 6:12, 13**, VM.

Los ojos se vuelven hacia el verdadero sacrificio

El ceremonial de los sacrificios que había señalado a Cristo pasó; pero los ojos de los hombres fueron dirigidos al verdadero sacrificio por los pecados del mundo. Cesó el sacerdocio terrenal; pero miramos a Jesús, mediador del nuevo pacto, y “a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”. “Aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie... Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto

tabernáculo, no hecho de manos... por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”. **Hebreos 12:24; 9:8-12.**

“Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”. **Hebreos 7:25.** Aunque el ministerio había de ser trasladado del templo terrenal al celestial, aunque el Santuario y nuestro gran Sumo Sacerdote fuesen invisibles para los ojos humanos, los discípulos no habrían de sufrir pérdida por ello. No sufrirían interrupción en su comunión, ni disminución de poder por causa de la ausencia del Salvador. Mientras Jesús ministra en el Santuario celestial sigue siendo, por medio de su Espíritu, el Ministro de la iglesia en la Tierra.—**Ibíd. 137, 138.**

Nuestro sumo sacerdote y abogado

“Porque no entró Cristo en el Santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”. **Hebreos 9:24-26.** “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (10:12). Cristo entró una sola vez en el Lugar Santo para obtener por nosotros eterna redención. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (7:25). Se calificó a sí mismo para ser no solamente Representante del hombre, sino también su Abogado, de modo que toda alma, si así lo desea, pueda decir: “Tengo un Amigo en la Corte, un Sumo Sacerdote que se compadece de mis flaquezas”.—**The Review and Herald, 12 de junio de 1900.**

El Santuario que está en el cielo es el mismo centro de la obra de Cristo en favor del hombre. Conciérne a toda alma viviente sobre la Tierra. Abre ante la vista el plan de redención, proyectándonos hasta el mismo fin del tiempo, y revelando el resultado triunfal del conflicto

entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos [47]
investiguen cuidadosamente estos temas, y así estén capacitados
para dar respuesta a todos los que demanden razón de la esperanza
que hay en ellos.—*Ibíd. 9 de noviembre de 1905.*

Preguntas para estudiar

1. ¿De qué manera singular fue construido el templo de Salomón?
(Pág. 42.)
2. ¿En qué sentido el templo era un emblema? (Pág. 43.)
3. ¿De qué manera Dios mostró su aprobación por el templo cuando
éste fue terminado? (Págs. 43, 44.)
4. ¿Quién era el fundamento de todo el sistema judaico? (Pág. 44.)
5. Cuando los judíos despojaron de vida espiritual sus ceremonias,
¿qué hicieron? (Pág. 44.)
6. ¿Cuándo y cómo perdió el templo su significado y santidad?
(Págs. 44, 45.)
7. ¿A quién fueron dirigidos entonces los ojos de los hombres como
un ministerio significativo para su salvación? (Pág. 45.)
8. Jesús es a la vez el “Representante” y el “Abogado” del hombre;
por tanto, ¿cuál es la diferencia entre estas dos funciones? (Pág. 46.) [48]

Capítulo 4—El mensaje del juicio conmueve a Estados Unidos

Un agricultor íntegro y de corazón recto, que había sido inducido a dudar de la autoridad divina de las Escrituras, pero que deseaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre especialmente elegido por Dios para dar principio a la proclamación de la segunda venida de Cristo. Como otros muchos reformadores, Guillermo Miller había batallado con la pobreza en su juventud, y así había aprendido grandes lecciones de tesón y abnegación. Los miembros de la familia de la que descendía se habían distinguido por un espíritu independiente y amante de la libertad, por su capacidad de resistencia y ardiente patriotismo; estos rasgos también sobresalían en el carácter de Guillermo. Su padre fue capitán en el ejército de la Revolución [guerra de la independencia norteamericana], y a los sacrificios que hizo durante las luchas y los sufrimientos de esa época tempestuosa pueden deberse las circunstancias penosas de la juventud de Miller.

Poseía una constitución robusta, y ya desde su niñez dio pruebas de una fortaleza intelectual fuera de lo común, la que se fue acen- tuando con la edad. Su mente era activa y bien desarrollada, y tenía una sed aguda de conocimiento. Aunque no gozó de las ventajas de una instrucción académica, su amor al estudio y el hábito de reflexionar cuidadosamente, junto con su agudo criterio, hicieron de él un hombre de sano juicio y puntos de vista amplios. Su carácter moral era irreprochable y poseía una reputación envidiable, siendo generalmente estimado por su integridad, frugalidad y benevolencia. A fuerza de energía y aplicación no tardó en adquirir bienestar, si bien aún conservó sus hábitos de estudio. Desempeñó con éxito varios cargos civiles y militares, y el camino hacia la riqueza y los honores parecía estarle ampliamente abierto.

Su madre era una mujer de piedad verdadera, y en su infancia estuvo sujeto a influencias religiosas. Sin embargo, en su temprana adultez se involucró socialmente con los deístas, cuya influencia era muy fuerte por el hecho de que la mayoría de ellos eran buenos

ciudadanos y hombres de disposiciones humanitarias y benévolas. Viviendo como vivían en medio de instituciones cristianas, sus caracteres habían sido modelados hasta cierto punto por el medio ambiente. Debían a la Biblia las cualidades que les granjeaban respeto y confianza; y no obstante, tan hermosas dotes se habían pervertido hasta ejercer influencia contra la Palabra de Dios. Al rozarse con esos hombres Miller llegó a adoptar sus opiniones. Las interpretaciones corrientes de las Escrituras presentaban dificultades que le parecían insuperables; a su vez sus nuevas creencias, al tiempo que le hacían rechazar la Biblia, no le ofrecían nada mejor en su lugar y distaban mucho de satisfacerlo. Sin embargo conservó esas ideas cerca de doce años. Pero a la edad de 34 el Espíritu Santo obró en su corazón y le hizo sentir su condición de pecador. No hallaba en su creencia anterior seguridad alguna de dicha más allá de la tumba. El porvenir se le presentaba sombrío y tétrico...

En ese estado permaneció por varios meses. Dice: “De pronto el carácter de un Salvador se grabó intensamente en mi mente. Me pareció que bien podía existir un ser tan bueno y compasivo que expiara nuestras transgresiones, y así nos librara de sufrir la pena del pecado. Sentí inmediatamente cuán amable debía ser ese alguien, y me imaginé que podría echarme en sus brazos y confiar en su misericordia. Pero surgió la pregunta: ¿Cómo se puede probar que tal ser existe? Encontré que, fuera de la Biblia, no podía obtener evidencia alguna de la existencia de semejante Salvador, o siquiera de una existencia futura...

“Discerní que la Biblia presentaba precisamente un Salvador como el que yo necesitaba; pero no veía cómo un libro no inspirado pudiera desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Escrituras debían ser una revelación de Dios. Llegaron a ser mi deleite; y en Jesús encontré un amigo. El Salvador vino a ser para mí el más señalado entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, se volvieron entonces antorcha para mis pies y luz para mi senda. Mi mente obtuvo calma y satisfacción. Encontré que el Señor Dios era una Roca en medio del océano de la vida. Ahora la Biblia llegó a ser mi estudio principal, y puedo decir en verdad que la escudriñaba con gran deleite. Encontré que nunca se me había dicho ni la mitad de su contenido. Me admiraba de no

haber visto antes su belleza y gloria, y me maravillaba de que alguna vez la rechazara. En ella encontré revelado todo lo que mi corazón podía desear, y un remedio para cada enfermedad del alma. Perdí enteramente el gusto por otra lectura, y apliqué mi corazón a adquirir sabiduría de Dios”.—Bliss, *Memoirs of Wm. Miller* [*Memorias de G. Miller*], 65-67.

Entonces Miller hizo pública profesión de fe en la religión que había despreciado. Pero sus incrédulos compañeros no tardaron en aducir todos esos argumentos que él mismo a menudo había esgrimido contra la autoridad divina de las Escrituras. Él todavía no estaba preparado para contestarles; pero razonó que si la Biblia es una revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma; y que habiendo sido dada para instrucción del hombre, debía estar adaptada a su entendimiento. Resolvió estudiar las Escrituras por su cuenta y averiguar si toda aparente contradicción no podía armonizarse.

Procuró poner a un lado toda opinión preconcebida y, prescindiendo de todo comentario, comparó pasaje con pasaje con la ayuda de las referencias marginales y la concordancia. Prosiguió su estudio de una manera regular y metódica: empezando con el Génesis y leyendo versículo por versículo, no seguía adelante hasta que se develaba el significado de los pasajes que estaba estudiando, dejándolo libre de toda perplejidad. Cuando encontraba algo oscuro, era su costumbre compararlo con todos los demás textos que parecían tener alguna referencia con el asunto en cuestión. Le reconocía a cada palabra el sentido que le correspondía según el tema del texto, y si la idea que de él se formaba armonizaba con cada pasaje colateral, desaparecía la dificultad. Así, cada vez que daba con un pasaje difícil de comprender, encontraba una explicación en algún otro lugar de las Escrituras. A medida que estudiaba con oración ferviente por iluminación divina, lo que antes le había parecido oscuro a su entendimiento se le aclaraba. Experimentaba la verdad de las palabras del salmista: “La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”. *Salmos 119:130*.

El estudio de las profecías

[51] Con profundo interés estudió los libros de Daniel y el Apocalipsis y empleó los mismos principios de interpretación que en los

demás libros de la Biblia, y con gran gozo comprobó que los símbolos proféticos podían ser entendidos. Vio que, en la medida en que se habían cumplido, las profecías lo habían hecho literalmente; que todas las diferentes figuras, metáforas, parábolas, símiles, etc., o estaban explicadas en su contexto inmediato, o los términos en que estaban expresadas eran definidos en otros pasajes; y que cuando eran así explicados debían ser entendidos literalmente. Dice: “Así me convencí de que la Biblia es un sistema de verdades reveladas dadas con tanta claridad y sencillez que el viajero, por insensato que fuere, no necesita extraviarse”. *Ibíd.* 70. Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad recompensaba sus esfuerzos, a medida que paso a paso descubría las grandes líneas de la profecía. Ángeles del cielo dirigían sus pensamientos y abrían las Escrituras a su entendimiento.

Al tomar por criterio la manera en que las profecías se habían cumplido en lo pasado, para considerar el cumplimiento de las que estaban en el futuro, se convenció de que el concepto popular del reino espiritual de Cristo -un milenio temporal antes del fin del mundo- no estaba fundamentado en la Palabra de Dios. Esta doctrina, que indicaba mil años de justicia y paz antes de la venida personal del Señor, difería para un futuro muy lejano los terrores del día de Dios. Pero, por agradable que ella sea, es contraria a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, quienes declaran que el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la siega al fin del mundo; que “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor”; que “en los postreros días vendrán tiempos peligrosos”; y que el reino de las tinieblas subsistirá hasta la venida del Señor y será consumido por el espíritu de su boca y destruido con el resplandor de su venida. *Mateo 13:30, 38-41; 2 Timoteo 3:13, 1; 2 Tesalonicenses 2:8.*

La doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo no era sostenida por la iglesia apostólica. No fue generalmente aceptada por los cristianos hasta casi principios del siglo XVIII. Como todos los demás errores, sus resultados fueron malos. Enseñó a los hombres a dejar para un remoto porvenir la venida del Señor y les impidió que dieran importancia a las señales precursoras de su regreso. Infundía un sentimiento de confianza y seguridad que no estaba bien fundamentado, y llevó a muchos a descuidar la preparación necesaria para encontrarse con su Señor.

Miller encontró que la venida literal y personal de Cristo está claramente enseñada en las Escrituras. Pablo dice: “El Señor mismo descenderá del cielo con mandato soberano, con la voz del arcángel y con trompeta de Dios”. Y el Salvador declara: “**Verán** al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y grande gloria... Porque como el relámpago sale del oriente, y se ve lucir hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre”. Será acompañado por todas las huestes del cielo: “El Hijo del hombre” vendrá “en su gloria, y todos los ángeles con él”. “Y enviará sus ángeles con grande estruendo de trompeta, los cuales juntarán a sus escogidos”. **1 Tesalonicenses 4:16; Mateo 24:30, 27; 25:31; 24:31, VM.**

A su venida los justos muertos resucitarán, y los justos que estuvieren aún vivos serán mudados. Pablo dice: “No moriremos todos, mas todos seremos transformados. En un momento, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final, pues sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser mortal se revista de inmortalidad”. Y en 1 Tesalonicenses, después de describir la venida del Señor, dice: “Los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor”. **1 Corintios 15:51-53; 1 Tesalonicenses 4:16, 17, BJ.**

El pueblo de Dios no puede recibir el reino antes de la venida personal de Cristo. El Señor dijo: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo!” **Mateo 25:31-34, BJ.** Hemos visto en los pasajes citados que cuando el Hijo del hombre venga, los muertos serán resucitados incorruptibles y los vivos serán transformados. Este gran cambio los preparará para recibir el reino; pues Pablo dice: “La carne y la sangre no pueden heredar el reino

de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”. **1 Corintios 15:50**, VM. En su estado presente el hombre es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible y sempiterno. Por tanto, en su estado presente el hombre no puede entrar en el reino de Dios. Pero cuando venga Jesús, conferirá inmortalidad a su pueblo; y luego los llamará a heredar el reino, del que hasta allí sólo habían sido presuntos herederos.

Éstos y otros pasajes bíblicos probaron claramente a la mente de Miller que los acontecimientos que generalmente se esperaba que se verificasen antes de la venida de Cristo -tales como el reino universal de paz y el establecimiento del reino de Dios en la Tierra- debían realizarse después del segundo advenimiento. Además, todas las señales de los tiempos y la condición del mundo correspondían a la descripción profética de los últimos días. Por el solo estudio de las Escrituras, Miller se vio forzado a concluir que el período fijado para la subsistencia de la Tierra en su estado actual estaba por terminar.

El impacto de la cronología bíblica

Él dice: “Otra clase de evidencia que afectó vitalmente mi mente fue la cronología de las Escrituras... Encontré que los eventos predichos, que se habían cumplido en lo pasado, a menudo ocurrieron dentro de un tiempo determinado. Los 120 años hasta el diluvio (**Génesis 6:3**); los 7 días que debían precederlo, con la predicción de 40 días de lluvia (**Génesis 7:4**); los 400 años de la estadía de la simiente de Abrahán (**Génesis 15:13**); los 3 días de los sueños del copero y del panadero (**Génesis 40:12-20**); los 7 años de Faraón (**Génesis 41:28-54**); los 40 años en el desierto (**Números 14:34**); los 3 1/2 años de hambre **1 Reyes 17:1**, ver **Lucas 4:25**... los 70 años del cautiverio (**Jeremías 25:11**); los 7 tiempos de Nabucodonosor (**Daniel 4:13-16**); y las 7 semanas, 62 semanas y 1 semana, que sumaban 70 semanas determinadas para los judíos (**Daniel 9:24-27**); todos los acontecimientos limitados por esos períodos de tiempo fueron de repente simplemente una cuestión profética, y se cumplieron de acuerdo con las predicciones”.—*Ibíd.* 74, 75.

Por consiguiente, al encontrar en su estudio de la Biblia varios períodos cronológicos que, según su modo de entenderlos, se

extendían hasta la segunda venida de Cristo, no pudo menos que considerarlos como los “tiempos señalados” que Dios había revelado a sus siervos. Moisés dice: “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre”; y el Señor declara por el profeta Amós que él “no hará nada... sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”. **Deuteronomio 29:29**; **Amós 3:7**. Así que los estudiantes de la Palabra de Dios pueden, confiadamente, esperar encontrar indicado claramente en las Escrituras de verdad el evento más estupendo que se realizará en la historia humana.

Miller dice: “Estando completamente convencido de que toda Escritura divinamente inspirada es útil (**2 Timoteo 3:16**); que en ningún tiempo fue dada por voluntad de hombre, sino que fue escrita por hombres santos inspirados del Espíritu Santo (**2 Pedro 1:21**), y esto ‘para nuestra enseñanza... a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza’ (**Romanos 15:4**), no pude menos que considerar las partes cronológicas de la Biblia como pertinentes a la Palabra de Dios y tan acreedoras a nuestra seria consideración como cualquiera otra parte de las Escrituras. Pensé por consiguiente que al tratar de comprender lo que Dios, en su misericordia, había juzgado conveniente revelarnos, yo no tenía derecho a pasar por alto los períodos proféticos”.—**Ibíd. 75**.

La profecía de Daniel 8:14

La profecía que parecía revelar con la mayor claridad el *tiempo* de la segunda venida era la de (**Daniel 8:14**): “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario” (VM). Siguiendo la regla de hacer que la Escritura se intérprete a sí misma, Miller aprendió que un día en la profecía simbólica representa un año (**Números 14:34**; **Ezequiel 4:6**); vio que el período de 2.300 días proféticos, o años literales, se extendería más allá del fin de la dispensación judaica, y que por consiguiente no podía referirse al Santuario de esa dispensación. Miller aceptaba la creencia general de que durante la era cristiana la Tierra es el Santuario, y por tanto dedujo que la purificación del Santuario predicha en (**Daniel 8:14**) representaba la purificación de la Tierra con fuego en la segunda venida de Cristo. Llegó pues a la conclusión de que si se podía

encontrar el preciso punto de partida de los 2.300 días, sería fácil fijar el tiempo del segundo advenimiento...—*Ibíd.* 76.

Miller siguió escudriñando las profecías con más empeño y fervor que nunca, dedicando noches y días enteros al estudio de lo que resultaba entonces de tan inmensa importancia y absorbente interés. En el (*capítulo 8*) de Daniel no pudo encontrar algún indicio para el punto de partida de los 2.300 días; aunque se le mandó que hiciera entender la visión a Daniel, el ángel Gabriel sólo le dio una explicación parcial. Cuando el profeta vio las terribles persecuciones que sobrevendrían a la iglesia, desfallecieron sus fuerzas físicas. No pudo soportar más, y el ángel lo dejó por algún tiempo. Daniel quedó “sin fuerzas” y estuvo “enfermo algunos días”. Dice: “Estaba asombrado de la visión; mas no hubo quien la explicase”.

Sin embargo Dios había mandado a su mensajero: “¡Haz que éste entienda la visión!” Esa orden debía ser cumplida. En obediencia a ella, el ángel, poco tiempo después, volvió a Daniel y le dijo: “Ahora he salido para hacerte sabio de entendimiento... entiende pues la palabra, y alcanza inteligencia de la visión”. *Daniel 8:27, 16; 9:22, 23*, VM. Había un punto importante en la visión del (*capítulo 8*) que no había sido explicado, a saber, el que se refería al tiempo: el período de los 2.300 días; por consiguiente, el ángel, al reanudar su explicación, se espacia en la cuestión del tiempo:

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad... Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, más no por sí... Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”. *Daniel 9:24-27*.

El ángel había sido enviado a Daniel con el propósito expreso de que le explicara el punto que había fallado en entender en la visión del (*capítulo 8*), el dato relativo al tiempo: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Después de mandar a Daniel que “entienda... la palabra” y que alcance “inteligencia de la visión”, las primeras palabras del ángel son: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”. La palabra traducida aquí por “determinadas” signifi-

ca literalmente “cortadas de”. El ángel declara que las 70 semanas, que representaban 490 años, debían ser “cortadas de” por pertenecer especialmente a los judíos. ¿Pero de dónde fueron cortadas? Como los 2.300 días son el único período de tiempo mencionado en el (**capítulo 8**), deben constituir el período del que fueron cortadas las 70 semanas; por tanto, las 70 semanas deben formar parte de los 2.300 días, y ambos períodos deben comenzar juntos. El ángel declaró que las 70 semanas datan de la salida del edicto para reedificar Jerusalén. Si se puede encontrar la fecha de ese edicto, entonces queda fijado el punto de partida del gran período de los 2.300 días.

Ese decreto se encuentra en el (**capítulo 7**) de Esdras. **Vers. 12-26**. Fue expedido en su forma más completa por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 a.C. Pero en (**Esdras 6:14**) se dice que la casa del Señor fue edificada en Jerusalén “por decreto de Ciro, Darío y Artajerjes, reyes de Persia” (NVI). Estos tres reyes, al expedir, reafirmar y completar el decreto, lo pusieron en la perfección requerida por la profecía para que marcara el comienzo de los 2.300 años. Al tomar el año 457 a.C., el tiempo cuando el decreto fue completado, como fecha de la orden, se vio que se había cumplido cada especificación de la profecía referente a las 70 semanas.

[57] “Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas”; es decir, 69 semanas, o 483 años. El decreto de Artajerjes fue puesto en vigencia en el otoño del 457 a.C. Al partir de esta fecha, los 483 años se extienden hasta el otoño del 27 d.C.* Entonces fue cuando se cumplió esta profecía. La palabra “Mesías” significa “el Ungido”. En el otoño del 27 d.C., Cristo fue bautizado por Juan [el Bautista] y recibió la unción del Espíritu Santo. El apóstol Pedro testifica que “Dios ungió con Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”. **Hechos 10:38**. Y el mismo Salvador declara: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungió para dar buenas

*[Nota: De acuerdo con el cómputo judío, el 5 mes (Ab) del 7 año del reinado de Artajerjes se extiende desde el 23 de julio hasta el 21 de agosto del 457 a.C. Después que Esdras llegó a Jerusalén en el otoño de ese año, se puso en ejecución el decreto del rey. Acerca de la certeza de que el 457 a.C. fue el 7º año de Artajerjes, véase S. H. Horn y L. H. Wood, *The Chronology of Ezra 7* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1953 y 1969); E. G. Kraeling, *The Brooklyn Museum Aramaic Papyri* (New Haven o Londres, 1953), págs. 191-193; **Comentario Bíblico Adventista 3:100-114.**]

nuevas a los pobres”. Después de su bautismo, Jesús volvió a Galilea, “predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: *El tiempo se ha cumplido*”. **Lucas 4:18; Marcos 1:14, 15.**

“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos”. La “semana” de la cual se habla aquí es la última de las 70; son los 7 últimos años del período concedido especialmente a los judíos. Durante ese tiempo, que se extendió del año 27 al año 34 d.C., Cristo, primero en persona y luego por intermedio de sus discípulos, presentó la invitación del evangelio especialmente a los judíos. Cuando los apóstoles salieron para proclamar las buenas nuevas del reino, las instrucciones del Salvador fueron: “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. **Mateo 10:5, 6.**

“A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”. En el año 31 d.C., 3 1/2 años después de su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, terminó aquel sistema de ofrendas que durante 4.000 años había prefigurado al Cordero de Dios. El tipo se encontró con el antitipo, y todos los sacrificios y las oblaciones del sistema ceremonial debían cesar.

Las 70 semanas, o 490 años concedidos a los judíos, terminaron, como lo vimos, en el año 34 d.C. En dicha fecha, por auto del Sane-drín judío, la nación selló su rechazo del evangelio con el martirio de Esteban y la persecución de los seguidores de Cristo. Entonces el mensaje de salvación, ya no más limitado al pueblo elegido, fue dado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, “predicaban la palabra por dondequiera que iban. Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les anunciaba al Mesías”. Pedro, guiado por Dios, dio a conocer el evangelio al centurión de Cesarea, el piadoso Cornelio; y el ardiente Pablo, ganado a la fe de Cristo, fue comisionado para llevar las alegres nuevas “lejos, a los gentiles”. **Hechos 8:4, 5; 22:21, NVI.**

[58]

Hasta aquí cada uno de los detalles de las profecías se ha cumplido de una manera sorprendente, y el principio de las 70 semanas queda establecido irrefutablemente en el año 457 a.C. y su fin en el año 34 d.C. Al partir de esta fecha no es difícil encontrar el final de los 2.300 días. Las 70 semanas -490 días-, cortadas de los 2.300 días, dejan 1.810 días. Concluidos los 490 días, quedarían aún por cumplirse los 1.810 días. Al contar desde el 34 d.C., los 1.810 años

llegan al año 1844. Por consiguiente, los 2.300 días de (**Daniel 8:14**) terminaron en 1844. Al fin de ese gran período profético, según el testimonio del ángel de Dios, “el santuario” debía ser “purificado”. De este modo la fecha de la purificación del Santuario -la cual se creía casi universalmente que se verificaría en la segunda venida de Cristo- quedó establecida definitivamente.

Miller y sus colaboradores creyeron primero que los 2.300 días terminarían en la *primavera* de 1844, mientras que la profecía señala al *otoño* de ese año. La equivocación en este punto fue causa de chasco y perplejidad para los que habían fijado para la primavera de dicho año el tiempo de la venida del Señor. Pero esto no afectó en lo más mínimo la fuerza del argumento que demuestra que los 2.300 días terminaron en el año 1844 y que el gran acontecimiento representado por la purificación del Santuario debía verificarse entonces.

El deber de comunicarlo a otros

Al empezar a estudiar las Escrituras como lo hizo, para probar que son una revelación de Dios, Miller no tenía, al principio, la menor idea de que llegaría a la conclusión a que había llegado. Apenas podía él mismo creer en los resultados de su investigación. Pero la evidencia de la Escritura eran demasiado clara y concluyente para rechazarla.

[59] Había dedicado dos años al estudio de la Biblia cuando, en 1818, llegó a tener la solemne convicción de que unos 25 años después aparecería Cristo para redimir a su pueblo. Miller dice: “No necesito hablar del gozo que llenó mi corazón ante tan embelesadora perspectiva, ni de los ardientes anhelos de mi alma para participar del júbilo de los redimidos. Ahora la Biblia era para mí un libro nuevo. Era en verdad una fiesta de la razón; todo lo que para mí había sido sombrío, místico u oscuro en sus enseñanzas, había desaparecido de mi mente ante la clara luz que brotaba de sus páginas sagradas; y ¡oh, cuán brillante y gloriosa aparecía la verdad! Todas las contradicciones e inconsistencias que había encontrado antes en la Palabra desaparecieron; y si bien quedaban muchas partes que no comprendía del todo, era tanta la luz que manaba de las Escrituras para iluminar mi anterior mente oscurecida, que al estudiarlas sentía

un deleite que nunca antes me hubiera figurado que podría sacar de sus enseñanzas”.—*Ibíd.* 76, 77.

“Con la solemne convicción de que las Escrituras predecían el cumplimiento de tan importantes eventos en tan corto espacio de tiempo, surgió con fuerza en mi interior la cuestión de saber cuál era mi deber para con el mundo en vista de la evidencia que había conmovido mi propia mente”. *Ibíd.* 18. No pudo menos que sentir que era su deber impartir a otros la luz que había recibido. Esperaba encontrar oposición de parte de los impíos, pero estaba seguro de que todos los cristianos se gozarían en la esperanza de ir al encuentro del Salvador a quien profesaban amar. Su único temor era que en su gran júbilo por la perspectiva de la gloriosa liberación que debía cumplirse tan pronto, muchos recibiesen la doctrina sin examinar lo suficiente las Escrituras para ver si era la verdad. De aquí que vacilara en presentarla, por temor de estar errado y de hacer descarriar a otros. Esto lo indujo a revisar las evidencias que apoyaban las conclusiones a que había arribado, y a considerar cuidadosamente cualquiera dificultad que se presentase a su mente. Encontró que las objeciones se desvanecían ante la luz de la Palabra de Dios como la neblina ante los rayos del sol. Los cinco años que dedicó a esos estudios le dejaron enteramente convencido de lo correcto de su posición.

El deber de hacer conocer a otros lo que él creía estar tan claramente enseñado en las Escrituras se le impuso entonces con nueva fuerza...

Empezó a presentar sus ideas en privado siempre que se le ofrecía la oportunidad, rogando que algún ministro sintiese la fuerza de ellas y se dedicase a proclamarlas. Pero no podía librarse de la convicción de que tenía un deber personal que cumplir dando la advertencia. De continuo se presentaban a su mente las palabras: “Anda y anúncialo al mundo; su sangre demandaré de tu mano”. Esperó nueve años, y la carga continuaba pesando sobre su alma, hasta que en 1831 expuso por primera vez en público las razones de su fe...

[60]

Comienza un despertar religioso

Sólo al pedido de sus hermanos, en cuyas palabras creyó oír el llamado de Dios, se debió que Miller consintiera en presentar sus

opiniones en público. Ya tenía 50 años, no estando acostumbrado a hablar en público y se consideraba incapaz de hacer la obra que se esperaba de él. Pero desde el principio sus labores fueron notablemente bendecidas para la salvación de las almas. Su primera conferencia fue seguida de un despertar religioso durante el cual trece familias enteras, menos dos personas, fueron convertidas. Se lo instó inmediatamente a hablar en otros lugares, y casi en todas partes su trabajo resultaba en un reavivamiento de la obra del Señor. Los pecadores se convertían, los cristianos se reconsagraban a Dios, y los deístas e incrédulos eran inducidos a reconocer la verdad de la Biblia y la religión cristiana. El testimonio de aquellos entre quienes trabajaba era: “Alcanza a una clase de intelectos que no están dentro de la influencia de otros hombres”. *Ibíd.* 138. Su predicación estaba pensada para despertar interés en los grandes asuntos de la religión y contrarrestar la mundanalidad y sensualidad crecientes de la época.

En casi todas las ciudades se convertían los oyentes por veintenas y hasta por centenares. En muchos lugares se le abrían de par en par las iglesias protestantes de casi todas las denominaciones, y las invitaciones para trabajar en ellas le llegaban generalmente de los ministros de las diversas congregaciones. Tenía por regla invariable no trabajar donde no hubiese sido invitado; sin embargo, pronto vio que no le era posible atender siquiera la mitad de los pedidos que le llegaban.

Evidencias de la bendición divina

- [61] Muchos que no aceptaban su modo de ver en cuanto a la fecha exacta del segundo advenimiento, estaban convencidos de la certeza y proximidad de la venida de Cristo y de que necesitaban prepararse para ella. En algunas de las grandes ciudades, sus labores hicieron una impresión extraordinaria. Los taberneros abandonaban su negocio y convertían sus establecimientos en salas de culto; las casas de juegos cerraban; incrédulos, deístas, universalistas y hasta libertinos empedernidos -algunos de los cuales no habían entrado en algún lugar de culto por años- se corregían. Las diversas denominaciones establecían reuniones de oración en diferentes barrios, a casi cualquier hora, y los hombres de negocios se reunían al mediodía para orar y cantar. No se notaba excitación extravagante, sino que una so-

lemnidad casi total ocupaba la mente de la gente. La obra de Miller, como la de los primeros reformadores, tendía más a convencer el entendimiento y despertar la conciencia que meramente excitar las emociones.

En 1833 Miller recibió de la Iglesia Bautista, de la cual era miembro, una licencia que lo autorizaba para predicar. Además, un buen número de los ministros de su denominación aprobaban su obra, y con su sanción formal él prosiguió sus labores. Viajaba y predicaba sin descanso, si bien sus labores personales se limitaban principalmente a los Estados del este y el centro de Norteamérica. Durante varios años sufragó él mismo todos sus gastos de su bolsillo, y ni aun más tarde se le costearon nunca por completo los gastos de viaje a los puntos adonde se lo invitaba. De modo que, lejos de reportarle provecho pecuniario, sus labores públicas constituían un pesado gravamen para su fortuna particular, que fue menguando durante ese período de su vida. Era padre de una familia numerosa, pero como todos eran frugales y diligentes, su finca rural bastaba para el sustento de todos ellos.

La última de las señales

En 1833, dos años después que Miller comenzara a presentar en público las evidencias de la pronta venida de Cristo, apareció la última de las señales prometidas por el Salvador como precursoras de su segunda venida. Jesús había dicho: “Las estrellas caerán del cielo”. Y Juan, al recibir la visión de las escenas que anunciarían el día de Dios, declara en el Apocalipsis: “Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento”. **Mateo 24:29; Apocalipsis 6:13.** Esta profecía se cumplió de modo sorprendente y pasmoso con la gran lluvia meteórica del 13 de noviembre de 1833. Fue éste el más extenso y admirable espectáculo de estrellas fugaces que se haya registrado, pues “¡sobre todos Estados Unidos el firmamento entero estuvo entonces, durante horas seguidas, en conmoción ígnea! No ha ocurrido jamás en este país, desde el tiempo de los primeros colonos, un fenómeno celestial que despertara tan grande admiración entre unos, ni tanto terror ni alarma entre otros”. “Su sublimidad y terrible belleza quedan aún grabadas en la mente de muchos... Jamás

[62]

cayó lluvia más tupida que ésa en que cayeron los meteoros hacia la Tierra; al este, al oeste, al norte y al sur era lo mismo. En una palabra, todo el cielo parecía en conmoción... El espectáculo, tal como está descrito en el *Diario* del profesor Silliman, fue visto por toda la América del Norte... Desde las dos de la madrugada hasta la plena claridad del día, en un firmamento perfectamente sereno y sin nubes, todo el cielo estuvo constantemente surcado por una lluvia incesante de cuerpos que brillaban de modo deslumbrador” (R. M. Devens, *American Progress; o The Great Events of the Greatest Century* [Progreso norteamericano. O los grandes eventos del siglo más grande], cap. 28, párr. 1-5).

En el *Journal of Commerce* [Periódico de Comercio] de Nueva York del 14 de noviembre de 1833 se publicó un largo artículo referente a este fenómeno maravilloso, y en él se leía la siguiente declaración: “Supongo que ningún filósofo ni erudito ha referido o registrado jamás un suceso como el de ayer por la mañana. Hace 1.800 años un profeta lo predijo con toda exactitud, si entendemos que las estrellas que cayeron eran estrellas errantes o fugaces... en el único sentido en el cual es posible que sea literalmente verdadero”.

Así se desplegó la última de las señales de su venida, acerca de las cuales Jesús había expresado a sus discípulos: “Cuando viereis todas estas cosas, **sabed** que él está cerca, a las puertas”. **Mateo 24:33**, VM. Después de estas señales Juan contempló, como gran acontecimiento inmediato, que el cielo desaparecía como un libro cuando es enrollado, mientras que la Tierra era sacudida, las montañas y las islas eran movidas de sus lugares, y los impíos, aterrorizados, trataban de esconderse de la presencia del Hijo del hombre. **Apocalipsis 6:12-17**.

Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas la consideraron como un anuncio del juicio venidero, “como un tipo pavoroso, un precursor infalible, una señal misericordiosa, de ese día grande y terrible” (“The Old Countryman” [El viejo labrador], en el *Evening Advertiser* [Proclamador Vespertino] de Portland, 26 de noviembre de 1833). Así fue dirigida la atención de la gente hacia el cumplimiento de la profecía, y muchos fueron inducidos a hacer caso de la advertencia del segundo advenimiento.

La Biblia y sólo la Biblia

Guillermo Miller poseía facultades intelectuales poderosas, disciplinadas por la reflexión y el estudio; y a ellas añadió la sabiduría del cielo al conectarse con la Fuente de la sabiduría. Era hombre de verdadero valer, que no podía menos que imponer respeto y granjearse el aprecio dondequiera que supiera estimarse la integridad de carácter y la excelencia moral. Al unir verdadera bondad de corazón a la humildad cristiana y al dominio de sí mismo, era atento y afable para con todos, y siempre listo para escuchar las opiniones de los demás y pesar sus argumentos. Sin apasionamiento ni agitación, examinaba todas las teorías y doctrinas a la luz de la Palabra de Dios; y su sano juicio y profundo conocimiento de las Escrituras le permitían refutar el error y desenmascarar la falsedad.

Sin embargo no prosiguió su obra sin encontrar encarnizada oposición. Como les sucediera a los primeros reformadores, las verdades que proclamaba no eran recibidas favorablemente por los maestros religiosos. Como éstos no podían sostener sus posiciones apoyándose en las Escrituras, se vieron obligados a recurrir a los dichos y doctrinas de los hombres, a las tradiciones de los Padres. Pero la Palabra de Dios era el único testimonio aceptado por los predicadores de la verdad del advenimiento. “La Biblia, y la Biblia sola”, era su consigna. La falta de argumentos bíblicos por parte de sus adversarios era suplida por el ridículo y la burla. Tiempo, medios y talentos fueron empleados en difamar a aquellos cuyo único crimen consistía en esperar con gozo el regreso de su Señor, y en esforzarse por vivir vidas santas y en exhortar a los demás a que se preparasen para su aparición... [64]

El instigador de todo mal no trató únicamente de contrarrestar los efectos del mensaje del advenimiento, sino de destruir al mismo mensajero. Miller hacía una aplicación práctica de la verdad bíblica a los corazones de sus oyentes -reprobaba sus pecados y turbaba su presunción-, y sus palabras claras y cortantes despertaron la animosidad de ellos. La oposición manifestada por los miembros de iglesia contra su mensaje envalentonó a las clases bajas a ir aún más allá; y enemigos conspiraron para quitarle la vida a su salida del lugar de reunión. Pero hubo ángeles guardianes entre la multitud, y uno de ellos, bajo la forma de un hombre, tomó del brazo al siervo

del Señor y lo puso a salvo del populacho furioso. Su obra aún no estaba terminada, y Satanás y sus emisarios se vieron frustrados en sus planes.

A pesar de toda oposición, el interés en el movimiento adventista siguió en aumento. De veintenas y centenas el número de los creyentes alcanzó a muchos miles. Las diferentes iglesias se habían acrecentado notablemente, pero al poco tiempo el espíritu de oposición se manifestó hasta contra esos conversos, y las iglesias empezaron a tomar medidas disciplinarias con los que adoptaban los puntos de vista de Miller. Eso indujo a Miller a una reacción por escrito, donde instó a los cristianos de todas las denominaciones a que, si sus doctrinas eran falsas, se lo probasen por medio de las Escrituras.

Él decía: “¿Qué hemos creído que no se nos haya sido ordenado creer por la Palabra de Dios, y que ustedes mismos reconocen como la regla, la única regla de nuestra fe y conducta? ¿Qué hemos hecho para que se nos arrojasen tan virulentos cargos y diatribas desde el púlpito y la prensa, y para darles motivo para excluirnos a nosotros [los adventistas] de sus iglesias y comunión?” “Si estamos en el error, les ruego nos muestren en qué consiste nuestro error. Muéstrénnos por la Palabra de Dios que estamos en el error; harto se nos ha ridiculizado, pero eso jamás podrá convencernos de que estamos en el error; la Palabra de Dios sola puede cambiar nuestro modo de ver. Nuestras conclusiones se formaron después de madura reflexión y mucha oración, a medida que veíamos las evidencias en las Escrituras” *ibíd.*, 250, 252...

[65]

Reacciones diferentes

¿Y por qué la doctrina y predicación de la segunda venida de Cristo fueron tan mal recibidas por las iglesias? Si bien el advenimiento del Señor trae desgracia y desolación a los impíos, para los justos está cargado de gozo y esperanza. Esta gran verdad había sido el consuelo de los fieles siervos de Dios a través de los siglos; ¿por qué se convirtió, como su Autor, en “piedra de tropiezo y roca que hace caer” para su profeso pueblo? Fue nuestro Señor mismo quien prometió a sus discípulos: “Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo”. **Juan 14:3**. El compasivo

Salvador fue quien, al prever el abandono y dolor de sus seguidores, encargó a los ángeles que los consolaran con la seguridad de que volvería en persona, así como había subido al cielo. Mientras los discípulos estaban mirando con ansia al cielo para percibir la última vislumbre de Aquel a quien amaban, fue atraída su atención por las palabras: “Varones galileos, ¿por qué os quedáis mirando así al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá del mismo modo que lo habéis visto ir al cielo”. El mensaje de los ángeles reavivó la esperanza. “Volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios”. **Lucas 24:52, 53**. No se alegraban de que Jesús se hubiese separado de ellos ni de que hubiesen sido dejados para luchar con las pruebas y tentaciones del mundo, sino porque los ángeles les habían asegurado que él volvería.

La proclamación de la venida de Cristo debería ser ahora como lo expresado por los ángeles a los pastores de Belén: buenas nuevas de gran gozo. Los que aman verdaderamente al Salvador no pueden menos que recibir con aclamaciones de alegría el anuncio fundado en la Palabra de Dios de que el Ser en quien se concentran sus esperanzas de vida eterna volverá, no para ser insultado, despreciado y rechazado como en su primer advenimiento, sino con poder y gloria para redimir a su pueblo. Son los que no aman al Salvador quienes desean que no regrese; y no puede haber evidencia más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios que la irritación y la animosidad despertadas por este mensaje proveniente del Cielo. [66]

Los que aceptaron la doctrina del advenimiento fueron despertados a la necesidad de arrepentirse y humillarse ante Dios. Muchos habían estado vacilando mucho tiempo entre Cristo y el mundo; entonces sintieron que era tiempo de decidirse. “Las cosas eternas asumieron para ellos una realidad extraordinaria. Se les acercó el cielo, y se sintieron culpables ante Dios” *ibíd.*, 146. Los cristianos fueron despertados a una nueva vida espiritual. El mensaje les hizo sentir que el tiempo era corto, que debían hacer pronto cuanto debía ser hecho por sus semejantes. La Tierra retrocedía, la eternidad parecía abrirse ante ellos y el alma, con todo lo que pertenece a su dicha o infortunio inmortal, eclipsaba profundamente todo objeto temporal. El Espíritu de Dios descansaba sobre ellos y daba poder a los llamados ardientes que dirigían tanto a sus hermanos como a

los pecadores con el fin de que se preparasen para el día de Dios. El testimonio silencioso de su vida diaria era una censura constante para los miembros formales y no consagrados de las iglesias. Estos no querían que se los molestara en su búsqueda de placeres, ni en su culto a Mammón ni en su ambición de honores mundanos. De ahí la enemistad y oposición despertadas contra la fe adventista y los que la proclamaban.

Se desalienta la investigación

Como los argumentos basados en las porciones proféticas resultaban irrefutables, los adversarios trataron de desanimar la investigación de este asunto enseñando que las profecías estaban selladas...

Los ministros y la gente declararon que las profecías de Daniel y el Apocalipsis eran misterios incomprensibles. Pero Cristo había llamado la atención de sus discípulos a las palabras del profeta Daniel relativas a los eventos que debían desarrollarse en tiempo de ellos, y les había dicho: “El que lee, *entienda*”. Y la aseveración de que el Apocalipsis es un misterio que no se puede entender es rebatida por el título mismo del libro: “Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto... *Bienaventurado* el que *lee* y los que *oyen* las palabras de esta profecía, y *guardan* las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca”. [Mateo 24:15](#); [Apocalipsis 1:1-3](#)...

[67]

Ante semejante testimonio de la Inspiración, ¿cómo se atreven los hombres a enseñar que el Apocalipsis es un misterio fuera del alcance del entendimiento humano? Es un misterio revelado, un libro abierto. El estudio del Apocalipsis dirige la mente a las profecías de Daniel, y ambos libros presentan instrucciones de suma importancia, dadas por Dios a los hombres, concernientes a los eventos que han de desarrollarse al fin de la historia de este mundo.

A Juan le fueron reveladas escenas de profundo y conmovedor interés acerca de la experiencia de la iglesia. Vio la situación, los peligros, los conflictos y la liberación final del pueblo de Dios. Registra los mensajes finales que han de hacer madurar la mies de la Tierra, ya sea en gavillas para el granero celestial o en manojos para los fuegos de destrucción. Le fueron revelados asuntos de suma importancia, especialmente para la última iglesia, para que los que se

volviesen del error a la verdad pudiesen ser instruidos con respecto a los peligros y conflictos que les esperaban. Nadie necesita estar a oscuras en lo que concierne a lo que ha de acontecer en la Tierra.

Entonces, ¿por qué existe esta ignorancia general acerca de tan importante porción del Santo Escrito? ¿Por qué es tan universal la falta de voluntad para investigar sus enseñanzas? Es el resultado de un esfuerzo calculado del príncipe de las tinieblas para ocultar a los hombres lo que revela sus engaños. Por esta razón Cristo el Revelador, al prever la guerra que se desataría contra el estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición sobre cuantos leyesen, oyesen y guardasen las palabras de la profecía.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 363-390.**

Preguntas para estudiar

1. ¿Qué clase de hombre era Guillermo Miller? (Pág. 48.)
2. ¿Qué método de estudio usó Miller en su investigación de la Biblia? (Págs. 50, 51.)
3. ¿A qué resultados negativos había conducido la doctrina de la conversión del mundo? (Págs. 51, 52.)
4. ¿En qué sentido el texto de (**Daniel 8:14**) llegó a ser particularmente significativo? (Págs. 54, 55.)
5. Miller vinculó la purificación del Santuario con la segunda venida de Cristo. ¿Qué creencia generalizada de aquel entonces lo condujo a esa conclusión equivocada? (Pág. 54.)
6. ¿Cuándo y cómo llegó Jesús a ser el “Ungido”? ¿Cómo y cuándo cesaron “el sacrificio y la ofrenda”? (Págs. 56, 57.)
7. ¿Cuán significativos fueron estos eventos en la profecía de los 2.300 días de **Daniel 8:14**? (Págs. 56-58.)
8. Miller pasó siete años estudiando fervientemente la Biblia. ¿Cuántos fueron dedicados a una investigación inicial, y cuántos a una cuidadosa revisión? (Págs. 58, 59.)
9. ¿Por qué razones Miller vaciló en cuanto a comenzar a predicar? (Pág. 59.)
10. ¿En qué sentido la predicación de Miller fue similar a la de los primeros reformadores? (Pág. 61.)
11. ¿Por qué la predicación de Miller, al igual que la de los reformadores, suscitó la oposición de los “maestros religiosos del pueblo”?

[68]

¿Con qué sustituyeron éstos su falta de argumentos bíblicos? (Págs. 63, 64.)

12. ¿Por qué la predicación de la segunda venida de Cristo fue tan mal recibida en las iglesias? ¿De qué manera afectó esa misma predicación a quienes la aceptaron? (Págs. 65-67.)

[69] 13. ¿Contra qué están protegidos los que leen, escuchan y guardan las palabras de la profecía del Apocalipsis? (Págs. 66, 67.)

Capítulo 5—Daniel 8:14 y la providencia de Dios

La obra de Dios en la Tierra presenta, siglo tras siglo, una sorprendente analogía en cada gran movimiento de reforma o religioso. Los principios del trato de Dios con los hombres son siempre los mismos. Los movimientos importantes del presente concuerdan con los del pasado, y la experiencia de la iglesia en edades primitivas encierra lecciones de gran valor para nuestro propio tiempo.

Ninguna verdad se enseña en la Biblia con mayor claridad que aquella de que Dios, por medio de su Santo Espíritu, dirige especialmente a sus siervos en la Tierra en los grandes movimientos en pro del adelanto de la obra de salvación. Los hombres son, en manos de Dios, instrumentos de los que él se vale para realizar sus fines de gracia y misericordia. Cada cual tiene su papel que desempeñar; a cada cual le ha sido concedida cierta medida de luz, adaptada a las necesidades de su tiempo y suficiente para permitirle cumplir la obra que Dios le asignó. Pero ningún hombre, por muy honrado del Cielo, alcanzó jamás a entender plenamente el gran plan de la redención, ni siquiera a apreciar perfectamente el propósito divino en la obra para su propia época. Los hombres no entienden por completo lo que Dios quisiera cumplir por medio de la obra que les da para hacer; no comprenden, en todo su alcance, el mensaje que proclaman en su nombre...

Ni siquiera los profetas que fueron favorecidos por la iluminación especial del Espíritu comprendieron plenamente la importancia de las revelaciones que les fueron confiadas. Su significado debía ser aclarado, de siglo en siglo, a medida que el pueblo de Dios necesitase la instrucción contenida en ellas...

No obstante, a pesar de no haber sido dado a los profetas que entendiesen plenamente las cosas que les fueron reveladas, procuraron con fervor obtener toda la luz que Dios había tenido a bien manifestarles. “Inquirieron y diligentemente indagaron”, “escudriñando qué persona o qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos”. ¡Qué lección para el pueblo de Dios en la era cristiana,

[70]

para cuyo beneficio esas profecías fueron dadas a sus siervos! “A los cuales fue revelado que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas”. Consideren a esos santos hombres de Dios que “buscaron e inquirieron diligentemente” tocante a las revelaciones que les fueron dadas para generaciones que aún no habían nacido. **1 Pedro 1:10-12**, RVA y VM. Contrasten su santo celo con el apático desinterés con que los favorecidos en edades posteriores trataron ese don del Cielo. ¡Qué censura contra la indiferencia amante de la comodidad y de la mundanalidad que se contenta con declarar que no se puede entender las profecías!

La experiencia de los apóstoles constituye una lección objetiva

Aunque la mente finita de los hombres es inadecuada para penetrar en los consejos del Infinito, o para entender plenamente el desarrollo de sus propósitos, que ellos comprendan tan nebulosamente los mensajes del Cielo se debe con frecuencia a algún error o negligencia de su parte. A menudo la mente de la gente -y hasta de los siervos de Dios- está tan cegada por las opiniones humanas, las tradiciones y las falsas enseñanzas de los hombres, que sólo son capaces de captar parcialmente las grandes cosas que Dios ha revelado en su Palabra. Así les pasó a los discípulos de Cristo, aun cuando el mismo Señor estaba con ellos en persona. Su mente llegó a estar imbuida de la creencia popular del Mesías como un príncipe terrenal, quien exaltaría a Israel al trono del imperio universal, y no pudieron entender el significado de sus palabras cuando les profetizó sus sufrimientos y su muerte.

Cristo mismo los envió con el mensaje: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”. **Marcos 1:15**. El mensaje se basaba en la profecía del (**capítulo 9**) de Daniel. El ángel había declarado que las 69 semanas se extenderían “hasta el Mesías Príncipe”, y con grandes esperanzas y gozosa anticipación los discípulos anhelaban que se estableciera en Jerusalén el reino del Mesías para dominar sobre toda la Tierra.

[71]

Predicaron el mensaje que Cristo les había confiado aun cuando ellos mismos entendían mal su significado. Aunque su mensaje se basaba en (**Daniel 9:25**), no notaron que, según el versículo siguiente del mismo capítulo, el Mesías iba a ser muerto. Desde su más tierna

edad la esperanza de su corazón se había cifrado en la gloria anticipada de un futuro imperio terrenal, y eso cegaba su entendimiento con respecto tanto a las especificaciones de la profecía como a las palabras de Cristo.

Cumplieron su deber en presentar a la nación judía la invitación de misericordia, y luego, en el mismo momento en que esperaban ver a su Señor ascender al trono de David, lo contemplaron arrestado como un malhechor, azotado, ridiculizado, condenado y elevado en la cruz del Calvario. ¡Qué desesperación y angustia desgarró el corazón de esos discípulos durante los días en que su Señor dormía en la tumba!

Cristo había venido al tiempo exacto y en la manera que predijera la profecía. El testimonio de las Escrituras se había cumplido en cada detalle de su ministerio. Había predicado el mensaje de salvación, y “hablaba con autoridad”. **Lucas 4:32**, BJ. Los corazones de sus oyentes habían atestiguado que el mensaje venía del Cielo. La Palabra y el Espíritu de Dios confirmaban el carácter divino de la misión de su Hijo...

Lo anunciado por los discípulos en nombre de su Señor era correcto en cada detalle, y los eventos predichos estaban realizándose en ese mismo momento. El mensaje de ellos había sido: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”. Al expirar “el tiempo” -las 69 semanas de (**Daniel 9**) que debían extenderse hasta el Mesías, “el Ungido”- Cristo había recibido la unción del Espíritu después de haber sido bautizado por Juan [el Bautista] en el Jordán; y el “reino de Dios”, que habían declarado estar próximo, fue establecido por la muerte de Cristo. Este reino no era un imperio terrenal como se les había enseñado a creer. Tampoco era el reino futuro e inmortal que se establecerá cuando “el reino, y el dominio, y el señorío de los reinos por debajo de todos los cielos, será dado al pueblo de los santos del Altísimo”; ese reino eterno en que “todos los dominios lo servirán y le obedecerán a él”. **Daniel 7:27**, VM. La expresión “reino de Dios”, tal cual la emplea la Biblia, significa tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. El reino de la gracia es presentado por Pablo en la Epístola a los Hebreos. Después de haber hablado de Cristo como del intercesor que puede “compadecerse de nuestras debilidades”, el apóstol dice: “Acerquémonos, pues, confiadamente al *trono de la gracia*, para alcanzar misericordia y

hallar gracia”. **Hebreos 4:15, 16**. El trono de la gracia representa el reino de la gracia; pues la existencia de un trono implica la existencia de un reino. En muchas de sus parábolas, Cristo emplea la expresión “el reino de los cielos” para designar la obra de la gracia divina en los corazones de los hombres.

Asimismo el trono de la gloria representa el reino de la gloria; y a este reino se referían las palabras del Salvador: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones”. **Mateo 25:31, 32**. Este reino está aún en el futuro. Quedará establecido en la segunda venida de Cristo.

El reino de la gracia fue instituido inmediatamente después de la caída del hombre, cuando se delineó un plan para la redención de la raza culpable. Este reino existía entonces en el designio y por la promesa de Dios; y mediante la fe los hombres podían hacerse sus súbditos. Sin embargo, no fue establecido en realidad hasta la muerte de Cristo. Aun después de iniciada su misión terrenal, el Salvador, cansado de la obstinación e ingratitud de los hombres, podría haber retrocedido del sacrificio en el Calvario. En el Getsemaní la copa de la aflicción tembló en su mano. Aun entonces hubiera podido enjugar el sudor de sangre de su frente y dejar que la raza culpable pereciese en su iniquidad. Si lo hubiera hecho, no habría habido redención para la humanidad caída. Pero cuando el Salvador hubo entregado su vida y exclamado en su último aliento: “Consumado es”, entonces el cumplimiento del plan de la redención quedó asegurado. La promesa de salvación hecha a la pareja culpable en el Edén quedó ratificada. El reino de la gracia, que hasta entonces existiera por la promesa de Dios, quedó establecido.

[73] Así, la muerte de Cristo -el acontecimiento mismo que los discípulos habían considerado como la destrucción final de sus esperanzas- fue lo que las aseguró para siempre. Si bien es verdad que esa misma muerte les había producido un chasco cruel, no dejaba de ser la prueba suprema de que su creencia había sido la correcta. El evento que los había llenado de tristeza y desesperación fue lo que abrió la puerta de la esperanza para todos los hijos de Adán, y en la cual se centraban la vida futura y la felicidad eterna de todos los fieles hijos de Dios en todas las edades...

Después de su resurrección, Jesús apareció a sus discípulos en el camino de Emaús y, “comenzando desde Moisés y todos los profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras las cosas referentes a él mismo”. **Lucas 24:27**, VM. El corazón de los discípulos se conmovió. Su fe se reavivó. Fueron reengendrados “para una esperanza viva” aun antes que Jesús se revelase a ellos. **1 Pedro 1:3**, VM. El propósito de éste era iluminar su entendimiento y fundar su fe en la “segura palabra profética”. Ver **2 Pedro 1:19**. Deseaba que la verdad se arraigase firmemente en su mente, no sólo porque era sostenida por su testimonio personal sino por causa de las evidencias incuestionables presentadas por medio de los símbolos y sombras de la ley típica y las profecías del Antiguo Testamento. Era necesario que los seguidores de Cristo tuviesen una fe inteligente, no sólo en beneficio propio, sino para que pudieran comunicar al mundo el conocimiento de Cristo. Y como primer paso en la comunicación de este conocimiento, Jesús dirigió a sus discípulos a “Moisés y todos los profetas”. Tal fue el testimonio dado por el Salvador resucitado en cuanto al valor y la importancia de las Escrituras del Antiguo Testamento.

¡Qué cambio se efectuó en el corazón de los discípulos cuando contemplaron una vez más el amado semblante de su Maestro! **Lucas 24:32**. En un sentido más completo y perfecto que nunca antes, habían hallado al Ser de quien estaba escrito “en la ley de Moisés y en los profetas”. La incertidumbre, la angustia, la desesperación, dejaron lugar a la seguridad perfecta, a la fe despejada. ¿Es sorprendente que después de su ascensión ellos estuviesen “siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios”? La gente, que sólo sabía de la muerte ignominiosa del Salvador, los miraba para descubrir en sus semblantes una expresión de dolor, confusión y derrota; pero sólo veía en ellos alegría y triunfo. ¡Qué preparación la que habían recibido para la obra que les esperaba!...

[74]

La lección de 1844

Lo que experimentaron los discípulos que predicaron el “evangelio del reino” cuando vino Cristo por primera vez tuvo su contraparte en lo que experimentaron quienes proclamaron el mensaje de su segundo advenimiento. Así como los discípulos fueron predicando:

“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”, así también Miller y sus asociados proclamaron que el período profético más largo y último de la Biblia estaba a punto de expirar, que el juicio era inminente y que el reino eterno sería establecido. La predicación de los discípulos en cuanto al tiempo se basaba en las 70 semanas de **Daniel 9**. El mensaje dado por Miller y sus colaboradores anunciaba la conclusión de los 2.300 días de (**Daniel 8:14**), de los cuales las 70 semanas forman parte. En cada caso la predicación se basaba en el cumplimiento de una parte diferente del mismo gran período profético.

Como los primeros discípulos, Guillermo Miller y sus colaboradores no comprendieron ellos mismos enteramente la importancia del mensaje que presentaban. Los errores que desde hacía largo tiempo se habían establecido en la iglesia les impidieron arribar a una correcta interpretación de un punto importante de la profecía. Por tanto, si bien proclamaron el mensaje que Dios les había confiado para que lo diesen al mundo, sufrieron un desengaño debido a una interpretación equivocada de su significado.

Al explicar (**Daniel 8:14**): “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”, Miller, como ya lo hemos dicho, adoptó la creencia general de que la Tierra es el Santuario, y creyó que la purificación del Santuario representaba la purificación de la Tierra por el fuego a la venida del Señor. Por consiguiente, cuando encontró que el fin de los 2.300 días estaba predicho con precisión, sacó la conclusión de que eso revelaba el tiempo de la segunda venida. Su error provenía de que había aceptado la creencia popular relativa a lo que constituye el Santuario.

[75] En el sistema típico -que era una sombra del sacrificio y el sacerdocio de Cristo- la purificación del Santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación: una remoción o un quitar el pecado de Israel. Prefiguraba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en la remoción o el borrado de los pecados de su pueblo, los cuales están registrados en los libros celestiales. Este servicio involucra una obra de investigación, una obra de juicio, y precede inmediatamente la venida de Cristo en las nubes del cielo con gran poder y gloria; pues cuando él venga, la causa de cada uno habrá sido juzgada. Jesús dice: “Yo vengo...

y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”. **Apocalipsis 22:12**, VM. Esa obra de juicio, que precede inmediatamente al segundo advenimiento, es la que se anuncia en el primer mensaje angélico de (**Apocalipsis 14:7**): “¡Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su Juicio!” (BJ).

Los que proclamaron esta advertencia dieron el mensaje correcto en el tiempo correcto. Pero así como los primitivos discípulos declararan: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”, basándose en la profecía de (**Daniel 9**), sin darse cuenta de que la muerte del Mesías estaba anunciada en el mismo pasaje bíblico, así también Miller y sus colaboradores predicaron el mensaje basados en **Daniel 8:14** y **Apocalipsis 14:7**, sin echar de ver que en **Apocalipsis 14** aun había otros mensajes que también debían ser proclamados antes del advenimiento del Señor. Como los discípulos se equivocaron en cuanto al reino que debía establecerse al fin de las 70 semanas, así también los adventistas se equivocaron en cuanto al evento que debía producirse al fin de los 2.300 días. En ambos casos hubo una aceptación de, o mejor dicho una adhesión a, errores populares que cegaron la mente a la verdad. Ambas clases cumplieron la voluntad de Dios de proclamar el mensaje que él deseaba que se diese, y ambas, debido a su mala interpretación de su mensaje, sufrieron chascos.

Sin embargo, Dios cumplió su propósito benéfico al permitir que la advertencia del juicio fuese proclamada precisamente como lo fue. El gran día era inminente, y en la providencia de Dios el pueblo fue probado tocante a un tiempo definido con el fin de revelarles lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objetivo probar y purificar a la iglesia. Los hombres debían ser inducidos a ver si sus afectos estaban puestos en las cosas de este mundo o en Cristo y el cielo. Ellos profesaban amar al Salvador; ahora debían probar su amor. ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus esperanzas y ambiciones mundanales, y dar la bienvenida con gozo al advenimiento de su Señor? El mensaje tenía por objetivo capacitarlos para discernir su verdadero estado espiritual; fue enviado misericordiosamente para despertarlos con el fin de que buscasen al Señor con arrepentimiento y humillación.

Además, si bien el chasco era el resultado de su propia interpretación errónea del mensaje que daban, sería trastocado para bien. El

corazón de quienes habían profesado recibir la advertencia iba a ser probado. En presencia de su chasco, ¿se apresurarían a renunciar a su experiencia y a abandonar su confianza en la Palabra de Dios, o con oración y humildad procurarían discernir en qué puntos no habían comprendido el significado de la profecía? ¿Cuántos habían obrado por temor, o por impulso y arrebató? ¿Cuántos eran de corazón indeciso e incrédulos? Muchos profesaban amar el advenimiento del Señor. Al ser llamados a sufrir las burlas y el oprobio del mundo, y la prueba de la dilación y del chasco, ¿renunciarían a su fe? Por no poder comprender inmediatamente los tratos de Dios para con ellos, ¿rechazarían verdades sostenidas por el testimonio más claro de su Palabra?

Esta prueba revelaría la fortaleza de aquellos que con verdadera fe habían obedecido lo que creían ser la enseñanza de la Palabra y del Espíritu de Dios. Ella les enseñaría, como sólo tal experiencia podía hacerlo, el peligro de aceptar las teorías e interpretaciones de los hombres, en lugar de dejar a la Biblia interpretarse a sí misma. La perplejidad y el dolor resultantes de su error producirían en los hijos de la fe la corrección necesaria. Los inducirían a profundizar aún más el estudio de la palabra profética. Aprenderían a examinar más cuidadosamente el fundamento de su fe, y a rechazar todo lo que no estuviera fundado en la verdad de las Escrituras, por muy amplia que fuese su aceptación en el mundo cristiano.

A estos creyentes les pasó lo que a los primeros discípulos: lo que en la hora de la prueba les parecía oscuro a su entendimiento, les sería aclarado después. Cuando vieran el “fin del Señor” sabrían que, a pesar de la prueba resultante de sus errores, los propósitos del amor divino hacia ellos habían estado cumpliéndose firmemente.

[77] Merced a tan bendita experiencia aprenderían que el “Señor es muy misericordioso y compasivo”; que todas sus sendas “son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios”. *Santiago 5:11; Salmos 25:10.*—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 391-403.*

Preguntas para estudiar

1. ¿Qué verdad “se enseña con mucha claridad” en la Biblia? (Pág. 69.)

2. Los siervos de Dios, incluyendo a los profetas, ¿hasta qué punto comprendieron plenamente sus mensajes y su obra? (Pág. 69.)
3. ¿Por qué los hombres tan a menudo son tan lentos para comprender los mensajes del cielo? (Pág. 70.)
4. Aunque el mensaje proclamado por los discípulos de Jesús era correcto, ¿qué los condujo a los conceptos erróneos que finalmente provocaron su chasco? (Págs. 70, 71.)
5. ¿Qué *dos* significados tiene el término bíblico “reino de Dios”? ¿Cuándo se establecerían esos reinos? (Págs. 71, 72.)
6. ¿Qué método usó Jesús para lograr que sus discípulos tuvieran un correcto entendimiento de su misión y su obra? (Pág. 73.)
7. Mencione algunos paralelismos que pueden extraerse de la experiencia de los discípulos y de los creyentes adventistas de 1844. (Págs. 74-77.)
8. ¿Qué *dos* lecciones vitales aprendieron los desilusionados adventistas de 1844? (Pág. 76.)

Capítulo 6—El fin de los 2.300 días

En la profecía del primer mensaje angélico de **Apocalipsis 14** se predice un gran despertar religioso bajo la proclamación de la pronta venida de Cristo. Se ve un ángel que vuela por el cielo y tiene “el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo”. “A gran voz” proclama el mensaje: “Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de las aguas”. **Apocalipsis 14:6, 7**.

Es significativo que se diga que un ángel es el heraldo de esa advertencia. La sabiduría divina tuvo a bien representar el carácter exaltado de la obra que el mensaje debía realizar, y el poder y gloria que debían acompañarlo, por medio de la pureza, la gloria y el poder del mensajero celestial. Y el vuelo del ángel “en medio del cielo”, la “gran voz” con la que se iba a dar la advertencia y su promulgación a todos “los que habitan sobre la tierra” -“a toda nación, tribu, lengua y pueblo”-, evidencian la rapidez y extensión universal del movimiento...

A semejanza de la gran Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista surgió al mismo tiempo en diferentes países de la cristiandad. Tanto en Europa como en América hubo hombres de fe y de oración que fueron inducidos a estudiar las profecías, y que, al escudriñar la Palabra inspirada, hallaron evidencias convincentes de que el fin de todas las cosas era inminente. En diferentes países había grupos aislados de cristianos que, por el solo estudio de las Escrituras, llegaron a creer que el advenimiento del Señor estaba cerca...

A Guillermo Miller y a sus colaboradores les fue encomendada la misión de predicar la advertencia en Norteamérica. Dicho país vino a ser el centro del gran movimiento adventista. Allí fue donde la profecía del mensaje del primer ángel tuvo su cumplimiento más directo. Los escritos de Miller y de sus asociados se propagaron hasta en países lejanos. Dondequiera que los misioneros hubiesen

[79]

penetrado, allí también se difundieron las alegres nuevas de la pronta venida de Cristo. Por todas partes se predicaba el mensaje del evangelio eterno: “¡Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!”...

Serena expectativa

Los que habían aceptado el mensaje aguardaban la venida de su Salvador con un deseo indescriptible. El tiempo en que esperaban encontrarse con él estaba cercano. Y a esa hora se acercaban con solemne calma. Descansaban en dulce comunión con Dios, un anticipo de la paz que sería suya en la gloria venidera. Ninguno de los que experimentaron esa esperanza y esa confianza pudo olvidar esas preciosas horas de expectativa. Pocas semanas antes del tiempo señalado, la mayoría dejó de lado las tareas mundanas. Los creyentes sinceros examinaban cuidadosamente todos los pensamientos y emociones de sus corazones como si estuviesen en el lecho de muerte y en pocas horas cerrarían sus ojos a las escenas de este mundo. No se trataba de hacer “vestiduras de ascensión”,* pero todos sentían la necesidad de una evidencia interna de que estaban preparados para recibir al Salvador; sus vestiduras blancas eran la pureza del alma: un carácter limpiado de pecado por la sangre expiatoria de Cristo. ¡Ojalá hubiese aún entre el pueblo que profesa pertenecer a Dios el mismo espíritu para escudriñar el corazón, y la misma fe ferviente y decidida! Si hubiesen seguido humillándose así ante el Señor y dirigiendo sus súplicas al trono de la misericordia, poseerían una experiencia mucho más valiosa que la que poseen ahora. Hay demasiado poca oración, escasea una real convicción de pecado, y la falta de una fe viviente deja a muchos destituidos de la gracia tan abundantemente provista por nuestro Redentor.

*[Nota: La patraña de que los adventistas hicieron mantos especiales para subir “al encuentro del Señor en el aire” fue inventada por los que deseaban vituperar la causa. Fue propagada de modo tan ingenioso que muchos la creyeron; pero una investigación probó su falsedad. Durante muchos años se ofreció una buena gratificación al que probara la veracidad del aserto, pero hasta la fecha nadie pudo hacerlo. Nadie que amara la venida del Señor hubiera sido tan poco conocedor de las Escrituras y suponer que para semejante ocasión fuesen necesarias vestiduras que pudieran hacerse ellos. La única vestidura que necesitarán los santos para ir al encuentro del Señor es la justicia de Cristo. Ver [Isaías 61:10](#) y [Apocalipsis 19:8](#).]

[80] Dios se propuso probar a su pueblo. Su mano ocultó un error cometido en el cálculo de los períodos proféticos. Los adventistas no descubrieron el error, ni fue descubierto por los más sabios de sus adversarios. Éstos decían: “Vuestro cálculo de los períodos proféticos es correcto. Algún gran evento está a punto de ocurrir; pero no es lo que predice el Sr. Miller; es la conversión del mundo, y no la segunda venida de Cristo”.

Pasó el tiempo de expectativa, y Cristo no apareció para liberar a su pueblo. Los que habían esperado a su Salvador con fe y amor sinceros experimentaron un amargo chasco. Sin embargo los designios de Dios se estaban cumpliendo; Dios estaba probando los corazones de los que profesaban estar esperando su aparición. Había muchos entre ellos que no habían sido movidos por un motivo más elevado que el miedo. Su profesión de fe no había mejorado sus corazones ni sus vidas. Cuando el evento esperado no ocurrió, esas personas declararon que no estaban chasqueadas; jamás habían creído que Cristo vendría. Fueron de los primeros en ridiculizar el pesar de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y todas las huestes celestiales contemplaron con amor y simpatía a los probados y fieles aunque chasqueados. Si se hubiese podido descorrer el velo que separa el mundo visible del invisible, se habrían visto ángeles que se acercaban a esas almas firmes y las protegían de los dardos de Satanás.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 404-424.**

Un nuevo estudio de las escrituras

Cuando hubo pasado el tiempo en que al principio se esperaba la venida del Señor -la primavera de 1844-, los que habían esperado con fe su aparición se vieron envueltos durante algún tiempo en la duda y la incertidumbre. Mientras el mundo los consideraba como habiendo sido completamente derrotados y así quedaba demostrado que habían estado acariciando un engaño, su fuente de consuelo siguió siendo la Palabra de Dios. Muchos continuaron escudriñando las Escrituras, examinando de nuevo las evidencias de su fe y estudiando detenidamente las profecías para obtener luz adicional. El testimonio de la Biblia en apoyo de su posición parecía claro y concluyente. Señales que no podían ser malinterpretadas señalaban

como cercana la venida de Cristo. La bendición especial del Señor, manifestada tanto en la conversión de los pecadores como en el reavivamiento de la vida espiritual entre los cristianos, había demostrado que el mensaje provenía del Cielo. Y aunque los creyentes no podían explicar su chasco, se sentían seguros de que Dios los había dirigido en su experiencia pasada.

[81]

Entretejadas con las profecías que ellos habían aplicado al tiempo del segundo advenimiento estaban las instrucciones adaptadas especialmente para su estado de incertidumbre e indecisión, y que los animaban a esperar pacientemente en la fe de que lo que entonces parecía oscuro a su entendimiento, sería aclarado a su debido tiempo...

En el verano de 1844, a mediados de la época comprendida entre el tiempo en que se había supuesto primero que terminarían los 2.300 días y el otoño del mismo año, hasta donde después descubrieron que se extendían, el mensaje fue proclamado en los mismos términos de la Escritura: “¡Ahí viene el novio!”

Lo que condujo a este movimiento fue descubrir que el decreto de Artajerjes para restaurar Jerusalén, el cual formaba el punto de partida del período de los 2.300 días, empezó a regir en el otoño del 457 a.C. y no a principios del año, como se había creído antes. Contando desde el otoño del 457, los 2.300 años concluían en el otoño de 1844.

Tipos en el servicio del santuario

Los argumentos extraídos de los tipos del Antiguo Testamento también indicaban el otoño como el tiempo cuando debía verificarse el evento representado por la “purificación del santuario”. Esto resultó muy claro cuando la atención se fijó en el modo en que se habían cumplido los tipos relativos al primer advenimiento de Cristo.

La inmolación del cordero pascual era una sombra la muerte de Cristo. Pablo dice: “Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido sacrificado”. **1 Corintios 5:7**. La gavilla de las primicias del trigo, que en tiempo de la Pascua era mecida ante el Señor, era típico de la resurrección de Cristo...

Esos tipos se cumplieron no sólo en cuanto al evento sino también en cuanto al tiempo. El día 14 del primer mes judío, el mismo

[82] día y mes en que por quince largos siglos el cordero pascual había sido inmolado, Cristo, después de haber comido la Pascua con sus discípulos, instituyó esa fiesta que debía conmemorar su propia muerte como “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. En esa misma noche fue aprehendido por manos impías para ser crucificado e inmolado. Y como antitipo de la gavilla mecida, nuestro Señor fue resucitado de entre los muertos al tercer día, las “primicias de los que murieron”, un ejemplo de todos los justos que resucitarán, cuyo “cuerpo miserable” será transformado y hecho “como su cuerpo glorioso”. **1 Corintios 15:20; Filipenses 3:21**, NVI.

Asimismo los tipos que se refieren a la segunda venida deben cumplirse en el tiempo indicado por el ritual simbólico. Bajo el régimen mosaico, la purificación del Santuario, o sea el gran Día de la Expiación, caía en el 10 día del 7 mes judío (**Levítico 16:29-34**), cuando el sumo sacerdote, luego de haber hecho la expiación por todo Israel y haber quitado así sus pecados del Santuario, salía y bendecía al pueblo. Así se creyó que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, aparecería para purificar la Tierra por medio de la destrucción del pecado y los pecadores, y para conceder la inmortalidad a su pueblo que lo esperaba. El 10º día del 7º mes, el gran Día de la Expiación, el tiempo de la purificación del Santuario, el cual en el año 1844 caía en el 22 de octubre, fue considerado como el día de la venida del Señor. Esto estaba en consonancia con las pruebas ya presentadas de que los 2.300 días terminarían en el otoño, y la conclusión parecía irrefutable...

Los que recibieron el mensaje llegaron cuidadosa y solemnemente al tiempo en que esperaban encontrarse con su Señor. Cada mañana sentían que su primer deber consistía en asegurarse la evidencia de ser aceptos ante Dios. Sus corazones estaban estrechamente unidos, y oraban mucho unos con otros y unos por otros. A menudo se reunían en sitios apartados para ponerse en comunión con Dios, y se oían voces de intercesión que desde los campos y las arboledas ascendían al cielo. La seguridad de que el Salvador les daba su aprobación era para ellos más necesaria que su alimento diario; y si alguna nube oscurecía sus mentes, no descansaban hasta que se hubiera desvanecido. Mientras sentían el testimonio de la gracia perdonadora, anhelaban contemplar a Aquel a quien amaban sus almas.

[83]

Desilusionados, pero con fe en la incommovible palabra de Dios

Pero un chasco más les estaba reservado. El tiempo de espera pasó y su Salvador no apareció. Con confianza inquebrantable habían esperado su venida, y ahora sentían lo que María cuando, al ir al sepulcro del Salvador y encontrarlo vacío, exclamó con llanto: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. **Juan 20:13...**

El mundo había estado observando y suponía que, si el tiempo pasaba y Cristo no venía, todo el sistema adventista sería abandonado. Pero aunque muchos, al ser muy tentados, abandonaron su fe, hubo algunos que permanecieron firmes. Los frutos del movimiento adventista -el espíritu de humildad y el examen del corazón, el renunciamiento al mundo y la reforma de la vida-, que habían acompañado la obra, atestiguaban que era de Dios. No se atrevían a negar que el poder del Espíritu Santo había acompañado la predicación de la segunda venida, y no podían detectar error alguno en el cómputo de los períodos proféticos. Los más hábiles de sus oponentes no habían tenido éxito en echar por tierra su sistema de interpretación profética. Sin evidencias bíblicas no podían consentir en abandonar posiciones que habían sido alcanzadas merced al estudio ferviente y con oración de las Escrituras, por medio de mentes iluminadas por el Espíritu de Dios y corazones en los cuales ardía el poder vivificante de éste; posiciones que habían resistido las críticas más agudas y la oposición más violenta por parte de los maestros religiosos populares y los sabios mundanos, y que habían permanecido firmes ante las fuerzas combinadas del saber y la elocuencia, y ante las burlas y los ultrajes tanto de los hombres de reputación como de los más viles.

En verdad, había habido un error en el evento esperado, pero ni aun eso pudo conmovier su fe en la Palabra de Dios...

Dios no olvidó a su pueblo; su Espíritu aún permaneció con quienes no negaron irreflexivamente la luz que habían recibido ni reprobaron al movimiento adventista. En la Epístola a los Hebreos hay palabras de aliento y advertencia para los que aguardaban y fueron probados en esa crisis: “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.

Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma”. **Hebreos 10:35-39.**

Que esta admonición va dirigida a la iglesia en los últimos días se echa de ver por las palabras que indican lo cercano de la venida del Señor: “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”. Y este pasaje implica claramente que habría una aparente demora, y que el Señor parecería tardar. La instrucción dada aquí se aplica especialmente a la experiencia de los adventistas en ese entonces. La gente aquí aludida estaba en peligro de hacer naufragar su fe. Habían hecho la voluntad de Dios al seguir la dirección de su Espíritu y de su Palabra; pero no podían comprender los designios que había tenido en lo que habían experimentado ni podían discernir el sendero que estaba ante ellos, y estaban tentados a dudar de si en realidad Dios los había guiado. Entonces era cuando se aplicaban las palabras: “El justo vivirá por fe”. Mientras la luz brillante del “clamor de medianoche” había alumbrado su sendero, y habían visto abrirse el sello de las profecías y cumplirse con rapidez las señales que anunciaban la proximidad de la venida de Cristo, en cierto sentido habían andado por vista. Pero ahora, abatidos por esperanzas defraudadas, sólo podían sostenerse por la fe en Dios y en su Palabra. El mundo ridiculizador les decía: “Han sido engañados. Abandonen su fe, y digan que el movimiento adventista era de Satanás”. Pero la Palabra de Dios declaraba: “Si alguno se retirare, no se complacerá mi alma en él”. Renunciar entonces a su fe, y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado al mensaje, habría equivalido a retroceder camino de la perdición. Estas palabras de Pablo los alentaron a permanecer firmes: “No perdáis, pues, vuestra confianza”; “os es necesaria la paciencia”, “porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”. El único proceder seguro para ellos consistía en apreciar la luz que ya habían recibido de Dios, atenerse firmemente a sus promesas, seguir escudriñando las Escrituras, y esperar con paciencia y velar para recibir mayor luz.— **Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 442-460.**

[85]

Preguntas para estudiar

1. ¿Cómo se representa el “exaltado carácter” del mensaje del primer ángel de **Apocalipsis 14**? ¿Qué *tres* cosas evidencian la rapidez y la extensión del mensaje? (Págs. 78, 79.)
2. ¿Cuán extensamente se dio el mensaje de advertencia? (Págs. 78, 79.)
3. ¿Qué “vestiduras” prepararon los adventistas que esperaban la segunda venida de Cristo? (Pág. 79.)
4. ¿Cuál fue la “fuente de consuelo” para los adventistas después de su primer chasco en la primavera de 1844? (Pág. 80.)
5. ¿Qué mensaje de las Escrituras se proclamó durante el verano de 1844? (Pág. 81.)
6. ¿De qué manera el estudio de los tipos y antitipos los condujo al establecimiento de la importante fecha del 22 de octubre de 1844? (Págs. 81, 82.)
7. Mencione algunas de las cosas que hicieron los adventistas con el fin de prepararse para la venida de Cristo. (Pág. 82.)
8. Los frutos del movimiento adventista “daban testimonio de que la obra era de Dios”. ¿Cuáles fueron esos frutos? (Pág. 83.)
9. ¿Qué admonición de las Escrituras está dirigida a la iglesia de los últimos días? (Págs. 84, 85.)

Capítulo 7—El glorioso templo del cielo

El pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario”. **Daniel 8:14**, VM. Estas palabras habían sido familiares para todos los que creían en la pronta venida del Señor. La profecía que encerraban era repetida como santo y seña de su fe por miles de bocas. Todos sentían que sus esperanzas más queridas y sus expectativas más brillantes dependían de los eventos en ella predichos. Había quedado demostrado que esos días proféticos terminaban en el otoño del año 1844. En común con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la Tierra, o alguna parte de ella, era el Santuario. Entendían que la purificación del Santuario era la purificación de la Tierra por medio del fuego del último gran día, y que ello se verificaría en la segunda venida. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la Tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado había pasado y el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar errada; pero ¿dónde estaba el error? Muchos cortaron apresuradamente el nudo de la dificultad con negar que los 2.300 días terminasen en 1844. Ningún argumento se podía ofrecer para eso, excepto que Cristo no había venido en el momento en que se lo esperaba. Alegaban que si los días proféticos habían terminado en 1844, entonces Cristo habría vuelto para limpiar el Santuario mediante la purificación de la Tierra por medio del fuego; y que como no había venido, los días no podían haber terminado.

Exactitud de los períodos proféticos

Aceptar esta conclusión equivalía a renunciar a los cálculos anteriores de los períodos proféticos. Se había comprobado que [87] los 2.300 días comenzaron cuando entró en vigor el decreto de

Artajerjes ordenando la restauración y edificación de Jerusalén, en el otoño del 457 a.C. Tomando esto como punto de partida, había perfecta armonía en la aplicación de todos los eventos predichos en la explicación de ese período en. **Daniel 9:25-27**. Sesenta y nueve semanas, los primeros 483 años de los 2.300 años, debían llegar hasta el Mesías, el Ungido; y el bautismo de Cristo y su unción por el Espíritu Santo, en el 27 d.C., cumplieron exactamente la predicción. En medio de la septuagésima semana debía morir el Mesías. Tres años y medio después de su bautismo, Cristo fue crucificado en la primavera del 31 d.C. Las 70 semanas, o 490 años, les pertenecían especialmente a los judíos. Al fin de ese período la nación selló su rechazo de Cristo con la persecución de sus discípulos, y los apóstoles se volvieron hacia los gentiles en el 34 d.C. Entonces, al haber terminado los primeros 490 años de los 2.300, aún quedaban 1.810 años. Contando desde el 34 d.C., 1.810 años llegan hasta 1844. El ángel había dicho: “Entonces será purificado el santuario”. Todas las especificaciones precedentes de la profecía se habían cumplido incuestionablemente en el tiempo señalado.

En ese cálculo, todo era claro y armonioso, menos la circunstancia de que en 1844 no se veía evento alguno que correspondiese a la purificación del Santuario. Negar que los días terminaban en esa fecha equivalía a confundir todo el asunto y a abandonar posiciones que habían sido establecidas por medio de los cumplimientos inequívocos de las profecías.

Pero Dios había dirigido a su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y su gloria habían acompañado la obra, y él no permitiría que ésta terminase en la oscuridad y el chasco, para que se la cubriese de oprobio como si fuese una mera excitación falsa y fanática. No iba a dejar su Palabra envuelta en dudas e incertidumbres. Aunque muchos abandonaron sus primeros cálculos de los períodos proféticos, y negaron la exactitud del movimiento basado en ellos, otros no estaban dispuestos a negar puntos de fe y de experiencia que estaban sostenidos por las Escrituras y por el testimonio del Espíritu de Dios. Creían haber adoptado sanos principios de interpretación en sus estudios de las profecías, y que era su deber atenerse firmemente a las verdades ya adquiridas y seguir en el mismo camino de la investigación bíblica. Orando con fervor, volvieron a considerar su situación y estudiaron las Escrituras para

descubrir su error. Como no encontraran ninguno en sus cálculos de los períodos proféticos, fueron inducidos a examinar más de cerca el tema del Santuario.

El santuario del pacto antiguo

En sus investigaciones aprendieron que en las Escrituras no hay evidencia alguna en apoyo de la creencia general de que la Tierra es el Santuario; pero en la Biblia encontraron una explicación completa del tema del Santuario, su naturaleza, su ubicación y sus servicios; pues el testimonio de los escritores sagrados era tan claro y amplio que colocaba ese asunto más allá de toda duda. El apóstol Pablo dice en su Epístola a los Hebreos: “El primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio”. **Hebreos 9:1-5**.

El Santuario al cual se refiere aquí Pablo era el tabernáculo construido por Moisés a una orden de Dios como morada terrenal del Altísimo. “Me harán un santuario, para que yo habite en medio de ellos” (**Éxodo 25:8**, VM), había sido la orden dada a Moisés mientras estaba en el monte con Dios. Los israelitas estaban peregrinando por el desierto, y el tabernáculo se construyó de manera que pudiese ser llevado de un lugar a otro; no obstante era una estructura de gran magnificencia...

Después que los israelitas se hubieron establecido en Canaán, el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón, el cual, aunque era un edificio fijo y de mayores dimensiones, conservaba las mismas proporciones y similar moblaje. El Santuario subsistió así -excepto durante el plazo en que permaneció en ruinas en tiempos de Daniel- hasta su destrucción por parte de los romanos en el año 70 d.C.

Tal fue el único Santuario que haya existido en la Tierra y del cual la Biblia nos dé alguna información. Pablo dijo de él que era

el Santuario del primer pacto. Pero, ¿no tiene Santuario el pacto nuevo?

El santuario del nuevo pacto en el cielo

Al volver al libro de Hebreos, los que buscaban la verdad encontraron que existía un segundo Santuario, o sea el del nuevo pacto, al cual se alude en las palabras ya citadas de Pablo: “En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario que lo era de este mundo” (VM). El uso de la palabra *también* implica que Pablo ha hecho antes mención de este Santuario. Yendo al principio del capítulo anterior se lee: “Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo, que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, al servicio del santuario y de la Tienda verdadera, erigida por el Señor, no por un hombre”. **Hebreos 9:1; 8:1, 2**, BJ.

Aquí tenemos revelado el Santuario del nuevo pacto. El Santuario del primer pacto fue armado por el hombre, construido por Moisés; éste segundo está armado por el Señor, no por el hombre. En aquel Santuario los sacerdotes terrenales desempeñaban el servicio; en éste es Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, quien ministra a la diestra de Dios. Un Santuario estaba en la Tierra, el otro está en el cielo.

Además, el tabernáculo construido por Moisés fue hecho según un modelo. El Señor le indicó: “Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis”. Y además le encargó: “Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte”. **Éxodo 25:9, 40**. Y Pablo dice que el primer tabernáculo “era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios”; que sus santos lugares eran “copias de las realidades celestiales”; que los sacerdotes que presentaban las ofrendas según la ley ministraban en el que era “copia y sombra del que está en el cielo”, y que “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro”. **Hebreos 9:9** [RVA]; **23; 8:5; 9:24**, NVI.

Las glorias del santuario terrenal y del templo celestial

El Santuario celestial, en el cual Jesús ministra en favor de nosotros, es el gran original, del cual el Santuario construido por Moisés era una copia...

El esplendor incomparable del tabernáculo terrenal reflejaba a la vista humana la gloria de ese templo celestial donde Cristo nuestro precursor ministra a favor de nosotros ante el trono de Dios. La morada del Rey de reyes, donde miles y miles ministran delante de él, y millones de millones están en su presencia (**Daniel 7:10**); ese templo, lleno con la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus radiantes guardianes, cubren sus rostros en adoración, sólo podía encontrar en la más grandiosa construcción que jamás edificaran manos humanas un pálido reflejo de su inmensidad y gloria. Con todo, el Santuario terrenal y sus servicios enseñaban importantes verdades relativas al Santuario celestial y a la gran obra que allí se llevaba a cabo para la redención del hombre.

Los lugares santos del Santuario celestial están representados por los dos departamentos del Santuario terrenal. Cuando en una visión le fue dado al apóstol Juan que viese el templo de Dios en el cielo, contempló allí “siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono”. Vio un ángel que tenía “en su mano un incensario de oro; y le fue dado mucho incienso, para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, encima del altar de oro que estaba delante del trono”. Se le permitió al profeta contemplar el primer departamento del Santuario en el cielo; y vio allí las “siete lámparas de fuego” y el “altar de oro” representados por el candelabro de oro y el altar de incienso en el Santuario terrenal. De nuevo “fue abierto el templo de Dios” (**Apocalipsis 4:5; 8:3, VM; 11:19, VM**), y miró hacia adentro del velo interior, el Lugar Santísimo. Allí vio “el arca de su pacto”, representada por el cofre sagrado construido por Moisés para contener la ley de Dios.

[91]

Así fue como los que estaban estudiando el tema encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un Santuario en el cielo. Moisés hizo el Santuario terrenal según un modelo que se le mostró. Pablo enseña que ese modelo era el verdadero Santuario que está en el cielo. Y Juan testifica que lo vio en el cielo.

El ministerio de Cristo en el santuario celestial

En el templo celestial, la morada de Dios, su trono está asentado en justicia y juicio. En el Lugar Santísimo está su ley, la gran regla de justicia por la cual es probada toda la humanidad. El arca, que guarda las tablas de la ley, está cubierta con el propiciatorio, ante el cual Cristo ofrece su sangre en beneficio del pecador. Así se representa la unión de la justicia y la misericordia en el plan de la redención humana. Sólo la sabiduría infinita podía idear dicha unión y sólo el poder infinito podía realizarla; es una unión que llena todo el cielo de admiración y adoración. Los querubines del Santuario terrenal, que miraban reverentemente hacia el propiciatorio, representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de la redención. Es el misterio de la misericordia que los ángeles desean contemplar: que Dios puede ser justo al mismo tiempo que justifica al pecador arrepentido y restaura su relación con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes del abismo de la perdición y vestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, con el fin de unir las con ángeles que no cayeron jamás y así habiten para siempre en la presencia de Dios.

La obra de Cristo como mediador del hombre se presenta en esa hermosa profecía de Zacarías relativa a Aquel “cuyo nombre es El Vástago”. El profeta dice: “Sí, edificará el Templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria; y se sentará y reinará sobre su [el del Padre] trono, siendo Sacerdote sobre su trono; y el *consejo de la paz* estará entre los dos”. *Zacarías 6:12, 13*, VM.

“Edificará el Templo de Jehová”. Cristo, por medio de su sacrificio y mediación, es tanto el fundamento como el constructor de la iglesia de Dios. El apóstol Pablo lo señala como “la piedra angular. En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para llegar a ser un templo santo en el Señor. En él también ustedes son edificados juntamente para ser morada de Dios por su Espíritu”. [92] *Efesios 2:20-22*, NVI.

“Llevará sobre sí la gloria”. A Cristo pertenece la gloria de la redención de la raza caída. Por toda la eternidad, el canto de los redimidos será: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos”. *Apocalipsis 1:5, 6*.

“Se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono”. No todavía sobre “su trono de gloria”; el reino de gloria no le ha sido anunciado aún. Solo cuando su obra mediadora haya terminado, “el Señor Dios le dará el trono de David su padre”, un reino del que “no tendrá fin”. **Mateo 25:31; Lucas 1:32, 33**. Como sacerdote, Cristo está sentado ahora con el Padre en su trono. **Apocalipsis 3:21**. En el trono, en compañía del Dios eterno que existe por sí mismo, está el Ser que “cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores”, quien fue “tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado”, para poder “socorrer a los que son tentados”. “Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a saber, a Jesucristo el justo”. **Isaías 53:4; Hebreos 4:15; 2:18, NVI; 1 Juan 2:1, VM**. Su intercesión es la de un cuerpo traspasado y quebrantado y de una vida inmaculada. Las manos heridas, el costado abierto, los pies desgarrados, abogan en favor del hombre caído, cuya redención fue comprada a tan infinito precio.

“Y el consejo de la paz estará entre los dos”. El amor del Padre, no menos que el del Hijo, es la fuente de salvación para la raza perdida. Jesús dijo a sus discípulos antes de irse: “No os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama”. **Juan 16:26, 27**. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”. **2 Corintios 5:19**. Y en el ministerio del Santuario celestial, “el consejo de la paz estará entre los dos”. “**Tanto amó** Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”. **Juan 3:16, NVI**.

El santuario de Daniel 8:14

[93] Las Escrituras responden con claridad a la pregunta: ¿Qué es el Santuario? La palabra “santuario”, tal cual la usa la Biblia, se refiere, en primer lugar, al tabernáculo que construyó Moisés, como una copia de las cosas celestiales; y, en segundo lugar, al “verdadero tabernáculo” en el cielo, hacia el cual señalaba el Santuario terrenal. Muerto Cristo, terminó el ritual típico. El “verdadero tabernáculo” en el cielo es el Santuario del nuevo pacto. Y como la profecía de (**Daniel 8:14**) se cumple en esta dispensación, el Santuario al cual se refiere debe ser el Santuario del nuevo pacto. Cuando terminaron los 2.300 días, en 1844, hacía muchos siglos que no había Santuario

en la Tierra. De manera que la profecía: “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario”, se refiere indudablemente al Santuario que está en el cielo.

Pero aún queda la pregunta más importante por contestar: ¿Qué es la purificación del Santuario? En el Antiguo Testamento se hace mención de un servicio tal con referencia al Santuario terrenal. ¿Pero puede haber algo que purificar en el cielo? En (Hebreos 9) se enseña claramente la purificación de ambos santuarios, el terrenal y el celestial. “Casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Así que era necesario que las copias de las realidades celestiales fueran purificadas con esos sacrificios, pero que las realidades mismas lo fueran con sacrificios superiores que aquéllos” (Hebreos 9:22 [RVR], Hebreos 9:23 [NVI]), a saber, la preciosa sangre de Cristo.

Lecciones prácticas obtenidas de los tipos

En ambos servicios, el típico y el real, la purificación debe efectuarse con sangre; en aquél con sangre de animales; en éste, con la sangre de Cristo. Pablo dice que la razón por la cual esta purificación debe hacerse con sangre es porque sin derramamiento de sangre no hay *remisión*. La obra que se debe realizar es la remisión, o sea, el acto de quitar los pecados. Pero ¿cómo podía haber pecado relacionado con el Santuario del cielo o con el de la Tierra? Puede aprenderse esto al estudiar el servicio simbólico, pues los sacerdotes que oficiaban en la Tierra servían en una “copia y sombra del que está en el cielo”. Hebreos 8:5, NVI.

El servicio del Santuario terrenal consistía en dos partes; los sacerdotes ministraban diariamente en el Lugar Santo, y una vez al año el sumo sacerdote efectuaba un servicio especial de expiación en el Lugar Santísimo para purificar el Santuario. Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo y, poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente de sí mismo a la víctima inocente. Luego se mataba el animal. “Sin derramamiento de sangre”, dice el apóstol, no hay remisión de pecados. “La vida de la carne está en la sangre”. Levítico 17:11, BJ. La ley de Dios quebrantada exigía la vida del transgresor. La sangre, que representaba la vida perdida

del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al Lugar Santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia el pecado era transferido figurativamente, a través de la sangre, al Santuario. En ciertos casos, la sangre no era llevada al Lugar Santo; pero entonces el sacerdote debía comer la carne, como Moisés lo había indicado a los hijos de Aarón al decir: “La dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación”. **Levítico 10:17**. Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al Santuario.

Tal era la obra que se llevaba a cabo día tras día durante todo el año. Los pecados de Israel eran transferidos así al Santuario, y se hacía necesario un servicio especial para eliminarlos. Dios mandó que se hiciera una expiación por cada uno de los departamentos sagrados. “Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas”. También debía hacerse una expiación por el altar: “Lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel”. **Levítico 16:16, 19**.

Una vez al año, en el gran Día de la Expiación, el sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para purificar el Santuario. El servicio que se realizaba allí completaba la serie anual de los servicios. En el Día de la Expiación se llevaban dos machos cabríos a la entrada del tabernáculo y se echaban suertes sobre ellos, “una suerte por Jehová y otra suerte por Azazel” (16:8). El macho cabrío sobre el cual caía la suerte para Jehová debía ser inmolado como ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar velo adentro la sangre de aquél y rociarla sobre el propiciatorio y delante de él. También había que rociar con ella el altar del incienso que se encontraba delante del velo.

[95] “Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para eso. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada” (16:21, 22). El macho cabrío emisario no volvía más al campamento de

Israel, y el hombre que lo había llevado afuera debía lavarse y lavar sus vestimentas con agua antes de volver al campamento.

Toda la ceremonia estaba destinada a grabar en los israelitas la santidad de Dios y su odio al pecado; y, además, hacerles ver que no podían ponerse en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería que todos afligiesen sus almas mientras se celebraba esa obra de expiación. Se debía dejar de lado toda ocupación, y toda la congregación de Israel debía pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y profundo escudriñamiento del corazón.

El servicio típico enseña verdades importantes acerca de la expiación. En lugar del pecador se aceptaba un sustituto; pero la sangre de la víctima no borraba el pecado. Sólo era un medio previsto para transferirlo al Santuario. Por medio de la ofrenda de sangre el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa en la transgresión y expresaba su deseo de ser perdonado mediante la fe en un Redentor por venir; pero aún no estaba totalmente libre de la condenación de la ley. En el Día de la Expiación el sumo sacerdote, luego de haber hecho un sacrificio por la congregación, iba al Lugar Santísimo con la sangre de dicha ofrenda y rociaba con ella el propiciatorio, directamente sobre la ley, para hacer satisfacción por sus exigencias. Después, en calidad de mediador, tomaba los pecados sobre sí y los llevaba fuera del Santuario. Luego ponía sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados y así los transfería figurativamente de él al macho cabrío emisario. Luego el macho cabrío emisario los llevaba lejos, y se los consideraba como quitados para siempre del pueblo. [96]

Tipos de las realidades celestiales

Tal era el servicio realizado en la “copia y sombra del que está en el cielo”. Y lo que se hacía típicamente en la ministración del Santuario terrenal se hace en realidad en la ministración del Santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador empezó su obra como nuestro Sumo Sacerdote. Pablo dice: “No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. **Hebreos 9:24.**

La ministración del sacerdote durante el año en el primer departamento del Santuario, “dentro del velo” que formaba la puerta y separaba el Lugar Santo del atrio exterior, representa la obra de ministración que inició Cristo al ascender. La obra del sacerdote en el servicio diario consistía en presentar ante Dios la sangre de la ofrenda por el pecado y también el incienso que subía con las oraciones de Israel. Así es como Cristo ofrece su sangre ante el Padre en beneficio de los pecadores, y así es como presenta ante él, además, junto con el precioso perfume de su propia justicia, las oraciones de los creyentes arrepentidos. Tal era la obra desempeñada en el primer departamento del Santuario en el cielo.

Hasta allí la fe de los discípulos de Cristo lo siguieron cuando ascendió de la vista de ellos. Pablo nos dice que allí se centraba sus esperanzas, y que nosotros “tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del Santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre”. “Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna”. **Hebreos 6:19, 20, NVI; 9:12, BJ.**

La purificación del santuario celestial

[97] Este ministerio siguió efectuándose durante 18 siglos en el primer departamento del Santuario. La sangre de Cristo, ofrecida en beneficio de los creyentes arrepentidos, les aseguraba el perdón y la aceptación del Padre, pero no obstante sus pecados permanecían inscritos en los libros de registro. Como en el servicio típico había una obra de expiación al fin del año, así también, antes que la obra de Cristo para la redención de los hombres se complete, queda por hacer una obra de expiación para remover el pecado del Santuario. Este es el servicio que comenzó cuando terminaron los 2.300 días. Entonces, así como lo había predicho Daniel el profeta, nuestro Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo para cumplir la última parte de su obra solemne: la purificación del Santuario.

Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran puestos por fe sobre la ofrenda por el pecado, y por su sangre se transferían figurativamente al Santuario terrenal, así también, en el nuevo pac-

to, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo y transferidos, de hecho, al Santuario celestial. Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba por medio de la remoción de los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando o borrando los pecados registrados en el cielo. Pero antes que esto pueda realizarse deben examinarse los libros de registros para determinar quiénes son los que, por su arrepentimiento del pecado y su fe en Cristo, tienen derecho a los beneficios de la expiación hecha por él. Por tanto, la purificación del Santuario implica una obra de investigación, una obra de juicio. Esta obra debe realizarse antes que venga Cristo para redimir a su pueblo, pues cuando venga su recompensa estará con él para otorgarla a cada ser humano según haya sido su obra. **Apocalipsis 22:12.**

Así que los que andaban en la luz de la palabra profética vieron que en lugar de venir a la Tierra al fin de los 2.300 días, en 1844, Cristo entró entonces en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para cumplir la obra final de expiación preparatoria para su venida.

Se vio además que, mientras la ofrenda por el pecado señalaba a Cristo como sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba a Satanás, autor del pecado, sobre quien serán colocados finalmente los pecados de los verdaderamente arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre de la ofrenda por el pecado, quitaba los pecados del Santuario, los ponía sobre la cabeza del macho cabrío por Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del Santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministración, los pondrá sobre Satanás, quien, en la ejecución del juicio, debe cargar con el castigo final. El macho cabrío era enviado lejos a un lugar desierto, para no volver jamás a la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y los pecadores.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 461-475.**

[98]

Preguntas para estudiar

1. ¿Qué lugar importante ocupa (**Daniel 8:14**) en la fe y la enseñanza adventista? (Pág. 86.)

2. ¿De qué manera muchos milleritas se apresuraron a explicar el chasco? (Pág. 86.)
 3. Cuando los chasqueados adventistas -los que se aferraron a las evidencias de la conducción de Dios en su experiencia- no pudieron encontrar error en el cómputo de los períodos proféticos, ¿qué comenzaron a examinar? (Pág. 88.)
 4. ¿Qué descubrimiento hicieron los creyentes con respecto a la identidad del Santuario? (Pág. 88.)
 5. ¿Qué descubrieron acerca del Santuario del primer pacto? ¿Y del Santuario del nuevo pacto? (Págs. 88-90.)
 6. ¿Qué Santuario había de ser purificado al fin de los 2.300 días? (Págs. 92, 93.)
 7. ¿En qué consiste la purificación del Santuario celestial? ¿Por qué debe efectuarse *antes* de la segunda venida de Cristo? (Págs. 96-98.)
 8. ¿Qué significa “remisión de pecados”? (Págs. 93, 94.)
 9. Note el paralelismo que existe entre los servicios del Santuario del Antiguo Testamento y los del Santuario del cielo. (Págs. 96, 97.)
 10. ¿Por qué medios los pecados del pecador arrepentido son transferidos al Santuario celestial? (Pág. 97.)
 11. En vez de venir a esta Tierra, ¿qué hizo Cristo el 22 de octubre de 1844? (Pág. 97.)
 12. ¿De qué manera se purifica el Santuario celestial del registro de los pecados? (Págs. 97, 98; ver también la pág. 40.)
- [99]

Capítulo 8—Nuestro sumo sacerdote en el lugar santísimo

El asunto del Santuario fue la llave que reveló el misterio del chasco de 1844. Exhibió todo un sistema de verdades, relacionado y armonioso, que mostraba que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista y, al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo, le indicaba cuál era su deber de allí en adelante. Así como los discípulos de Jesús, después de la noche terrible de su angustia y chasco, “se regocijaron viendo al Señor”, así se regocijaron los que habían mirado con fe su segunda venida. Habían esperado que aparecería en gloria para recompensar a sus siervos. Como sus esperanzas fuesen chasqueadas, perdieron de vista a Jesús y, como María al lado del sepulcro, exclamaron: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. Después, en el Lugar Santísimo, contemplaron otra vez a su compasivo Sumo Sacerdote, listo para aparecer como su rey y libertador. La luz del Santuario iluminaba el pasado, el presente y el futuro. Supieron que Dios los había guiado por medio de su providencia infalible. Aunque, como los primeros discípulos, ellos mismos no lograron entender el mensaje que daban, éste había sido correcto en todo sentido. Al proclamarlo habían cumplido el propósito de Dios, y su labor no había sido en vano en el Señor. Reengendrados “a esperanza viva”, se regocijaron con “alegría inefable y gloriosa”. **Juan 20:20, 13; 1 Pedro 1:3, 8, BJ.**

Tanto la profecía de (**Daniel 8:14**)—“Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”—como el mensaje del primer ángel—“Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su juicio ha llegado”—señalaban al ministerio de Cristo en el Lugar Santísimo, al juicio investigador, y no a la venida de Cristo para la redención de su pueblo y la destrucción de los impíos. El error no había estado en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el *evento* que debía verificarse al fin de los 2.300 días. Debido a este error los creyentes habían sufrido un chasco; sin embargo

[100]

se había cumplido todo lo predicho por la profecía y todo lo que alguna garantía bíblica permitía esperar. En el mismo momento en que estaban lamentando la defraudación de sus esperanzas se había realizado el evento que estaba predicho por el mensaje, y que debía cumplirse antes que el Señor pudiese aparecer para recompensar a sus siervos.

Cristo había venido, no a la Tierra, como ellos lo esperaban, sino, como estaba simbolizado en el tipo, al Lugar Santísimo del templo de Dios en el cielo. El profeta Daniel lo representa como viniendo en ese tiempo al Anciano de días: “Estaba mirando en visiones de la noche, y he aquí que sobre las nubes del ciclo venía Uno parecido a un hijo de hombre; y vino” -no a la Tierra, sino- “al Anciano de días, y lo trajeron delante de él”. **Daniel 7:13**, VM.

Esta venida está predicha también por el profeta Malaquías: “Repentinamente vendrá a su Templo el Señor a quien buscáis; es decir, el Ángel del Pacto, en quien os deleitéis: he aquí que vendrá, dice Jehová de los Ejércitos”. **Malaquías 3:1**, VM. La venida del Señor a su templo fue repentina, inesperada, para su pueblo. Éste no lo esperaba *allí*. Ellos esperaban que viniese a la Tierra, “en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio”. **2 Tesalonicenses 1:8**, VM.

Pero el pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Todavía le quedaba una obra de preparación que cumplir. Debía serle comunicada una luz que dirigiría su mente hacia el templo de Dios en el cielo; y mientras siguiera por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio en ese lugar, se le revelarían nuevos deberes. Había de darse a la iglesia otro mensaje de advertencia e instrucción.

El profeta dice: “¿Quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá mantenerse en pie cuando él aparezca? Porque será como fuego de fundidor o lejía de lavadero. Se sentará como fundidor y purificador de plata; purificará a los levitas y los refinará como se refinan el oro y la plata. Entonces traerán al Señor ofrendas conforme a la justicia”. **Malaquías 3:2, 3**, NVI. Los que vivan en la Tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el Santuario celestial deberán estar firmes ante la mirada atenta de un Dios santo sin un mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por medio

de la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha contra el mal. Mientras prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del Santuario, debe haber una obra especial de purificación, de eliminación del pecado, entre el pueblo de Dios en la Tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes de. **Apocalipsis 14**.

Cuando esta obra haya sido consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida. “Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será grata a Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos”. Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí a su regreso será una “iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante”. Entonces ella aparecerá “como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden”. **Malaquías 3:4, VM; Efesios 5:27, VM; Cantares 6:10**.

Además de la venida del Señor a su templo, Malaquías también predice su segundo advenimiento, su venida para la ejecución del juicio, en estas palabras: “Yo me acercaré a vosotros para el juicio, y seré un testigo expeditivo contra los hechiceros y contra los adúlteros, contra los que juran con mentira, contra los que oprimen al jornalero, a la viuda y al huérfano, contra los que hacen agravio al forastero sin ningún temor de mí, dice Yahvéh Sebaot”. **Malaquías 3:5, BJ**. Judas se refiere a la misma escena cuando dice: “Mirad, el Señor ha venido con sus santas miríadas, para realizar el juicio contra todos y dejar convictos a todos los impíos de todas las obras de impiedad que realizaron y de todas las palabras duras que hablaron contra él los pecadores impíos”. **Judas 14, 15, BJ**. Esta venida y la del Señor a su templo son eventos distintos que han de realizarse por separado.

Fundamentos bíblicos

La venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al Lugar Santísimo para la purificación del Santuario, de la que se habla en (**Daniel 8:14**); la venida del Hijo del hombre a donde está el Anciano de días, tal como se la presenta en (**Daniel 7:13**); y la venida del Señor a su templo, predicha por Malaquías, son descripciones del

mismo evento; y eso también está representado por la venida del Novio a las bodas, descrita por Cristo en la parábola de las diez vírgenes según. **Mateo 25**.

En el verano y otoño* de 1844 se hizo esta proclama: “¡Ahí viene el Novio!” Se conocieron entonces las dos clases de personas representadas por las vírgenes prudentes y las fatuas: la una esperaba con regocijo la aparición del Señor y se había estado preparando diligentemente para ir a su encuentro; la otra, presa del temor y obrando por impulso, se había dado por satisfecha con una teoría de la verdad pero estaba destituida de la gracia de Dios. En la parábola, cuando vino el Novio, “las que estaban preparadas entraron con él a las bodas”. La venida del Novio, presentada aquí, se verifica antes de la boda. La boda representa la recepción por parte de Cristo de su reino. La ciudad santa, la nueva Jerusalén, que es la capital del reino y lo representa, se llama “la novia, la esposa del Cordero”. El ángel dijo a Juan: “Ven, que te voy a presentar a la novia, la esposa del Cordero”. El profeta agrega: “Me llevó en el Espíritu... y me mostró la ciudad, Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios”. **Apocalipsis 21:9, 10**, NVI. Entonces, claramente, la Novia representa la ciudad santa y las vírgenes que van al encuentro del novio son un símbolo de la iglesia. En el Apocalipsis se dice que el pueblo de Dios son los invitados a la cena de las bodas. **Apocalipsis 19:9**. Si son los *invitados*, no pueden representar también a la *novia*. Cristo, según lo consigna el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el cielo “dominio, gloria y reino”; recibirá la nueva Jerusalén, la capital de su reino, “preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido”. **Daniel 7:14; Apocalipsis 21:2**, NVI. Después de recibir el reino, vendrá en su gloria, como Rey de reyes y Señor de señores, para redimir a los suyos, quienes “se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob” a la mesa en su reino (**Mateo 8:11; Lucas 22:30**), para participar de la cena de las bodas del Cordero.

La proclama “¡Ahí viene el Novio!”, en el verano de 1844, indujo a miles de personas a esperar el inmediato advenimiento del Señor. En el tiempo señalado vino el Novio, no a la Tierra, como el pueblo

[103] lo esperaba, sino al Anciano de días en el cielo, a las bodas, [es decir,]

*[Nota: Se refiere al hemisferio norte y corresponde, por tanto, al invierno y la primavera de nuestro hemisferio sur.]

a recibir su reino. “Las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta”. No iban a asistir en persona a las bodas, ya que éstas se verifican en el cielo mientras que ellas están en la Tierra. Los seguidores de Cristo han de esperar “a que su Señor *vuelva* de la boda”. **Mateo 25:10**, NVI; **Lucas 12:36**, VM. Pero deben entender su obra, y seguirlo por fe mientras entra a la presencia de Dios. Es en este sentido que se dice que ellos entran a las bodas.

Según la parábola, las que tenían aceite en sus vasijas junto con sus lámparas fueron quienes entraron a las bodas. Los que, junto con el conocimiento de la verdad de las Escrituras, también tenían el Espíritu y la gracia de Dios -y quienes en la noche de su amarga prueba habían esperado con paciencia y escudriñaban la Biblia en busca de más luz-, fueron los que reconocieron la verdad referente al Santuario en el cielo y el cambio de ministerio del Salvador, y por fe le siguieron en su obra en el Santuario celestial. Y todos los que por el testimonio de las Escrituras aceptan las mismas verdades, y siguen por fe a Cristo mientras se presenta ante Dios para efectuar la última obra de mediación y para recibir su reino a la conclusión de ésta, todos ellos están representados como quienes entran a las bodas.

En la parábola de (**Mateo 22**) se emplea la misma figura de las bodas, y se ve a las claras que el juicio investigador se realiza antes de las bodas. Antes de verificarse estas entra el Rey para ver a los huéspedes y cerciorarse de que todos llevan la vestimenta de bodas, el manto inmaculado del carácter, lavado y emblanquecido en la sangre del Cordero. **Mateo 22:11**; **Apocalipsis 7:14**. Al que se le encuentra defectuoso se lo echa fuera, pero todos los que al ser examinados resultan tener la vestidura de bodas son aceptados por Dios y juzgados dignos de participar de su reino y sentarse en su trono. Esta tarea de examinar los caracteres, de determinar quiénes están preparados para el reino de Dios, es la del juicio investigador, la obra final en el Santuario celestial.

Cuando haya terminado esa obra de investigación, cuando se haya examinado y fallado los casos de quienes en todos los siglos han profesado ser seguidores de Cristo, entonces, y no antes, habrá terminado el tiempo de gracia y se cerrará la puerta de la misericordia. Así que las palabras: “Las que estaban preparadas entraron con él a

las bodas, y se cerró la puerta”, nos conducen a través del ministerio final del Salvador, hasta el momento en que quedará terminada la gran obra en favor de la salvación del hombre.

El servicio en los dos compartimientos

En el servicio del Santuario terrenal -que, como ya vimos, es una figura del que se efectúa en el celestial-, cuando el sumo sacerdote entraba el Día de la Expiación en el Lugar Santísimo cesaba el servicio en el primer departamento. Dios mandó: “Nadie debe estar en la Tienda de Reunión cuando Aarón entre a hacer la expiación dentro del santuario, hasta que salga”. **Levítico 16:17**, BJ. Así que cuando Cristo entró en el Lugar Santísimo para consumir la obra final de expiación, cesó su ministración en el primer departamento. Pero cuando terminó el ministerio en el primer departamento, comenzó el ministerio en el segundo departamento. Cuando en el servicio típico el sumo sacerdote salía del Lugar Santo en el Día de la Expiación, se presentaba ante Dios para ofrecer la sangre de la ofrenda por el pecado en beneficio de todo israelita que se arrepintió verdaderamente de sus pecados. Así también Cristo, habiendo terminado sólo una parte de su obra como intercesor nuestro, entró en otra parte de la obra, y aún sigue ofreciendo su sangre ante el Padre en favor de los pecadores.

Este asunto no lo entendieron los adventistas de 1844. Después que transcurriera la fecha en que se esperaba al Salvador, siguieron creyendo que su venida estaba cercana; sostenían que habían llegado a una crisis importante y que había cesado la obra de Cristo como intercesor del hombre ante Dios. Les parecía que la Biblia enseñaba que el tiempo de gracia para el hombre terminaría un poco antes de la misma venida del Señor en las nubes del cielo. Eso parecía evidente a partir de los textos bíblicos que indican un tiempo cuando los hombres buscarán, golpearán y clamarán a la puerta de la misericordia, sin que ésta se abra. Y se preguntaban si la fecha en que habían esperado la venida de Cristo no señalaba más bien el comienzo de ese período que debía preceder inmediatamente a su venida. Habiendo advertido de la proximidad del juicio, consideraban que habían terminado su labor por el mundo, y perdieron su obligación de trabajar por la salvación de los pecadores, en tanto

que las mofas atrevidas y blasfemas de los impíos les parecían una evidencia adicional de que el Espíritu de Dios se había retirado de los que rechazaran su misericordia. Todo esto los confirmaba en la creencia de que el tiempo de gracia había terminado, o, como decían ellos entonces, que “la puerta de la misericordia estaba cerrada”.

Se abre otra puerta

Pero una luz más intensa surgió de la investigación de la cuestión del Santuario. Vieron entonces que tenían razón al creer que el fin de los 2.300 días, en 1844, había marcado una crisis importante. Pero si bien era cierto que se había cerrado esa puerta de esperanza y misericordia por la cual los hombres habían encontrado acceso a Dios durante 1.800 años, otra puerta se les abría, y el perdón de los pecados era ofrecido a los hombres por la intercesión de Cristo en el Lugar Santísimo. Una parte de su ministerio había terminado, tan sólo para dar lugar a otra. Aún había una “puerta abierta” al Santuario celestial, donde Cristo estaba oficiando en favor del pecador.

Entonces vieron la aplicación de las palabras de Cristo en el Apocalipsis, dirigidas a la iglesia correspondiente al mismo tiempo en que ellos vivían: “Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar”. *Apocalipsis 3:7, 8.*

Son los que por fe siguen a Jesús en su gran obra de expiación quienes reciben los beneficios de su mediación por ellos, mientras que a los que rechazan la luz que pone a la vista este ministerio no les beneficia. Los judíos que rechazaron la luz concedida en el tiempo de la primera venida de Cristo, y se negaron a creer en él como Salvador del mundo, no pudieron recibir perdón a través de él. Cuando en la ascensión Jesús entró por su propia sangre en el Santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos fueron dejados en total oscuridad y siguieron con sus sacrificios y ofrendas inútiles. Había cesado el ministerio de tipos y sombras. La puerta por la cual anteriormente los hombres habían encontrado acceso a Dios ya no estaba abierta. Los judíos se habían negado a buscarlo de la única manera en que podía ser encontrado entonces: a través del sacerdocio en el Santua-

rio celestial. Por consiguiente, no encontraron comunión con Dios. La puerta estaba cerrada para ellos. No tuvieron conocimiento de Cristo como el sacrificio verdadero y el único mediador ante Dios; de ahí que no pudiesen recibir los beneficios de su mediación.

La condición de los judíos incrédulos ilustra el estado de los descuidados e incrédulos entre los profesos cristianos, quienes desconocen voluntariamente la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, todo Israel debía reunirse alrededor del Santuario y humillar sus almas de la manera más solemne ante Dios, con el fin de poder recibir el perdón de sus pecados y no ser separados de la congregación. ¡Cuánto más esencial es que en nuestro antitípico Día de la Expiación entendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote y sepamos qué deberes se requieren de nosotros!

El trágico resultado de rechazar el mensaje de advertencia de Dios

Los hombres no pueden rechazar impunemente las advertencias que Dios les envía en su misericordia. Un mensaje fue enviado del cielo al mundo en los días de Noé, y la salvación de los hombres dependía de la manera en que consideraran ese mensaje. Por el hecho de que ellos habían rechazado la advertencia, el Espíritu de Dios se retiró de la raza pecadora y ellos perecieron en las aguas del diluvio. En tiempos de Abraham la misericordia cesó de rogar a los culpables habitantes de Sodoma, y todos, excepto Lot con su esposa y dos hijas, fueron consumidos por el fuego enviado del cielo. Otro tanto aconteció en días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos de esa generación: “Vuestra casa os es dejada desierta”. **Mateo 23:38**. Al considerar los últimos días, el mismo Poder Infinito declara respecto de los que no aceptan “el amor de la verdad que los hubiera salvado”: “Por eso Dios les envía un poder seductor que les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad”. **2 Tesalonicenses 2:10-12**, BJ. A medida que rechazan las enseñanzas de su Palabra, Dios les retira su Espíritu y los abandona a los engaños que aman.

[107]

Pero Cristo aún intercede por el hombre, y se otorgará luz a los que la busquen. Aunque esto no lo entendieron al principio

los adventistas, les resultó claro después, a medida que los pasajes bíblicos que definen la verdadera posición de ellos empezaron a hacerse inteligibles.

Cuando pasó la fecha fijada para 1844, hubo un período de gran prueba para los que aún sostenían la fe adventista. Su único alivio en lo concerniente a determinar su verdadera situación fue la luz que dirigió su mente hacia el Santuario celestial. Algunos renunciaron a su fe en los primeros cálculos de los períodos proféticos, y atribuyeron a seres humanos o a agentes satánicos la poderosa influencia del Espíritu Santo que había acompañado al movimiento adventista. Otros sostenían firmemente que el Señor los había guiado en su experiencia pasada; y mientras esperaban, velaban y oraban para conocer la voluntad de Dios, vieron que su gran Sumo Sacerdote había empezado a desempeñar otro ministerio y, siguiéndolo por fe, fueron guiados a ver también la obra final de la iglesia. Lograron un entendimiento más claro de los mensajes de los dos primeros ángeles, y fueron preparados para recibir y dar al mundo la solemne advertencia del tercer ángel de *Apocalipsis 14*.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 476-485*.

El santuario y el sábado

“El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo”. *Apocalipsis 11:19*. El arca del pacto de Dios está en el Lugar Santísimo, el segundo departamento del Santuario. En el servicio del tabernáculo terrenal, que servía como “copia y sombra del que está en el cielo”, este departamento sólo se abría en el gran Día de la Expiación para la purificación del Santuario. Por tanto, el anuncio de que el templo de Dios fue abierto en el cielo y se vio el arca de su pacto indica que el Lugar Santísimo del Santuario celestial se abrió en 1844, cuando Cristo entró en él para consumir la obra final de expiación. Los que por fe siguieron a su gran Sumo Sacerdote cuando dio inicio a su ministerio en el Lugar Santísimo, contemplaron el arca de su pacto. Habiendo estudiado el tema del Santuario llegaron a entender el cambio en el ministerio del Salvador, y vieron que Jesús entonces estaba oficiando ante el arca de Dios y ofreciendo su sangre en beneficio de los pecadores.

El arca que estaba en el tabernáculo terrenal contenía las dos tablas de piedra, en que estaban grabados los preceptos de la ley de Dios. El arca era un mero receptáculo de las tablas de la ley, y la presencia de estos preceptos divinos le daba su valor y carácter sagrado. Cuando el templo de Dios fue abierto en el cielo, se vio el arca de su pacto. En el Lugar Santísimo, en el Santuario celestial, la ley divina se encuentra sagradamente guardada; es la ley que fue promulgada por el mismo Dios entre los truenos del Sinaí y escrita con su propio dedo sobre las tablas de piedra.

La ley de Dios en el Santuario celestial es el gran original, del que los preceptos grabados en las tablas de piedra y registrados por Moisés en el Pentateuco eran una copia exacta. Los que llegaron a entender este punto importante fueron inducidos a ver el carácter sagrado e invariable de la ley divina. Vieron, como nunca antes, la fuerza de las palabras del Salvador: “Mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán”. **Mateo 5:18**, VM. Como la ley de Dios es una revelación de su voluntad, una transcripción de su carácter, debe permanecer para siempre como “fiel testigo en el cielo”. Ni un mandamiento ha sido anulado; ni un punto y ni una tilde han sido cambiados. Dice el salmista: “Tu palabra, Señor, es eterna, y está firme en los cielos”. “Todos sus preceptos son dignos de confianza, inmutables por los siglos de los siglos”. **Salmos 89:37**, NVI; **119:89**; **111:7, 8**, NVI.

En el corazón mismo del Decálogo está el cuarto mandamiento, tal cual fue proclamado originalmente: “Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para Yahvéh tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo Yahvéh el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahvéh el día del sábado y lo hizo sagrado”. **Éxodo 20:8-11**, BJ.

[109] El Espíritu de Dios impresionó los corazones de esos estudiosos de su Palabra. Fueron impelidos por la convicción de que, ignorantemente, habían transgredido ese precepto al pasar por alto el día de descanso del Creador. Empezaron a examinar las razones por las cuales se guardaba el primer día de la semana en lugar del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar en las Escrituras

prueba alguna de que el cuarto mandamiento hubiese sido abolido o de que el día de reposo hubiese cambiado; la bendición que desde un principio santificaba el séptimo día no había sido nunca revocada. Habían estado buscando honestamente conocer y hacer la voluntad de Dios; ahora, al verse transgresores de la ley divina, sus corazones se llenaron de pena y manifestaron su lealtad a Dios guardando su santo sábado.

Muchos y intensos fueron los esfuerzos hechos para derribar su fe. Nadie podía dejar de ver que si el Santuario terrenal era una figura o copia del celestial, la ley depositada en el arca en la Tierra era una transcripción exacta de la ley guardada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al Santuario celestial involucraba reconocer las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el ministerio de Cristo en el Santuario celestial. Los hombres trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto y de abrir la que él había cerrado. Pero “el que abre, y ninguno cierra, y cierra, y ninguno abre”, había declarado: “He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie podrá cerrar”. *Apocalipsis 3:7, 8*, VM. Cristo había abierto la puerta, o ministerio, del Lugar Santísimo, la luz brillaba desde la puerta abierta del Santuario celestial, y se vio que el cuarto mandamiento estaba incluido en la ley allí guardada; lo que Dios había establecido, nadie podía derribarlo.

Los que habían aceptado la luz referente a la mediación de Cristo y a la perpetuidad de la ley de Dios encontraron que éstas eran las verdades presentadas en *Apocalipsis 14*. Los mensajes de este capítulo constituyen una triple advertencia, que sirve para preparar a los habitantes de la Tierra para la segunda venida del Señor. La declaración: “Ha llegado la hora de su juicio”, indica la obra final del ministerio de Cristo para la salvación de los hombres. Proclama una verdad que debe seguir siendo proclamada hasta el cese de la intercesión del Salvador y su regreso a la Tierra para llevar a su pueblo consigo. La obra del juicio que comenzó en 1844 debe continuar hasta que sean falladas las causas de todos los hombres, tanto de los vivos como de los muertos; de aquí que deba extenderse hasta el fin del tiempo de gracia concedido a la humanidad. Y para

[110]

que los hombres estén debidamente preparados para subsistir en el juicio, el mensaje les manda: “Teman a Dios y denle gloria... adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales”. El resultado de una aceptación de estos mensajes está indicado en las palabras: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. **Apocalipsis 14:7** (NVI), **12**. Con el fin de estar preparado para el juicio, el hombre tiene que guardar la ley de Dios. Esta ley será el patrón para medir el carácter en el juicio.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 486-489**.

Los que recibieron la luz relativa al Santuario y a la inmutabilidad de la ley de Dios se llenaron de alegría y admiración al ver la belleza y armonía del sistema de verdad que se revelaba a su entendimiento.—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 506, 507**.

Preguntas para estudiar

1. ¿Cuál fue la clave que aclaró el misterio de la desilusión de 1844? (Pág. 99.)
2. Mencione *dos* versículos bíblicos que señalan el ministerio de Cristo en el Lugar Santísimo. (Págs. 99, 100.)
3. ¿Qué “venida” de Cristo es la que se describe en **Daniel 7:13** y **Malaquías 3:1**? (Pág. 100.)
4. Mientras se eliminan los pecados de los creyentes arrepentidos del Santuario celestial, ¿qué obra especial de purificación debe realizarse entre el pueblo de Dios en la Tierra? (Págs. 100, 101.)
5. ¿Qué *dos* clases de personas, representadas por las vírgenes prudentes y fatuas, existían entre los creyentes adventistas del verano y el otoño de 1844? (Págs. 101, 102.)
- [111] 6. ¿Quién es la novia de Cristo? (Pág. 102.)
7. ¿Quiénes son los “invitados” a la boda? (Pág. 103.)
8. ¿Qué figura emplea la parábola de **Mateo 22** para representar la obra del juicio? (Pág. 103.)
9. ¿Por qué, por algún tiempo después del chasco, los adventistas dejaron de preocuparse por la salvación de los pecadores? (Págs. 104, 105.)
10. Inmediatamente después del chasco, ¿cuál fue la interpretación adventista en cuanto a la “puerta cerrada”? (Págs. 104, 105.)

11. ¿Qué se entendió luego por la “puerta abierta”, y quién la había abierto? (Págs. 105, 106.)
12. Al abrirse el templo del cielo, ¿qué se reveló? (Págs. 107, 108.)
13. ¿Qué relación existe entre la ley de Dios que se encuentra en el Santuario celestial y la ley depositada en el arca del Santuario terrenal? (Págs. 108, 109.)
14. ¿A qué ferviente estudio de la Biblia condujo esta revelación de la ley de Dios? (Págs. 109, 110.)

[112]

Capítulo 9—El ministerio final de Cristo en el santuario celestial

La prédica de una fecha precisa para el juicio, en la proclamación del primer mensaje, fue ordenada por Dios. El cómputo de los períodos proféticos en que se basa ese mensaje, que colocan el fin de los 2.300 días en el otoño de 1844, permanece firme sin impugnación.—*Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos*, 510.

El profeta Daniel dice: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos”. *Daniel 7:9, 10*.

Así se presentó a la visión del profeta el día grande y solemne en que los caracteres y vidas de los hombres habrán de ser revistados ante el Juez de toda la Tierra, y en el que a todos los hombres se los recompensará “conforme a sus obras”. El Anciano de días es Dios el Padre. El salmista dice: “Antes que naciesen los montes, y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”. *Romanos 2:6; Salmos 90:2*. Es él, Origen de todo ser y Fuente de toda ley, quien debe presidir en el juicio. Y “millares de millares... y millones de millones” de santos ángeles, como ministros y testigos, están presentes en ese gran tribunal.

“Y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. *Daniel 7:13, 14*. La venida de Cristo descrita aquí no es su segunda

[113] venida a la Tierra. Él va al Anciano de días en el cielo para recibir el dominio y la gloria, y un reino, que le será dado a la conclusión de su obra como mediador. Es esta venida, y no su segunda venida a

la Tierra, la que la profecía predijo que ocurriría al fin de los 2.300 días, en 1844. Acompañado por ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el Lugar Santísimo y allí, en la presencia de Dios, da inicio a los últimos actos de su ministerio en beneficio del hombre: cumplir la obra del juicio investigador y hacer expiación por todos aquellos que resulten tener derecho a sus beneficios.

¿Qué casos se consideran?

En el ritual típico sólo quienes se habían presentado ante Dios con confesión y arrepentimiento, y cuyos pecados fueron llevados al Santuario a través de la sangre de la ofrenda por el pecado, tenían parte en el servicio del Día de la Expiación. De modo que en el gran Día de la Expiación final y del juicio investigador, los únicos casos considerados son los de quienes profesaron ser el pueblo de Dios. El juicio de los impíos es una obra distinta y separada, y se verificará en una fecha posterior. “Ha llegado el tiempo de comenzar el juicio por la casa de Dios. Pues si comienza por nosotros, ¿qué fin tendrán los que no creen en el Evangelio de Dios?” **1 Pedro 4:17**, BJ.

Los libros de registros del cielo, en los cuales están consignados los nombres y los hechos de los hombres, determinarán los fallos del juicio. El profeta Daniel dice: “El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos”. El Revelador, al describir la misma escena, agrega: “Otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”. **Apocalipsis 20:12**.

El libro de la vida contiene los nombres de todos los que alguna vez entraron en el servicio a Dios. Jesús pidió a sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”. Pablo habla de sus fieles compañeros de trabajo, “cuyos nombres están en el libro de la vida”. Daniel, al vislumbrar un “tiempo de angustia, cual nunca fue”, declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, “todos los que se hallen escritos en el libro”. Y el Revelador dice que sólo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres “están inscritos en el libro de la vida del Cordero” **Lucas 10:20**; **Filipenses 4:3**; **Daniel 12:1**; **Apocalipsis 21:27**.

Delante de Dios está escrito “un libro de memoria”, en el cual quedan consignadas las buenas obras de “los que temen a Jehová,

y de los que piensan en su nombre”. **Malaquías 3:16**, VM. Sus palabras de fe, sus actos de amor, están registrados en el cielo. A esto se refiere Nehemías cuando dice: “¡Acuérdate de mí por esto, Dios mío; no borres las obras de piedad que yo hice por la Casa de mi Dios!” **Nehemías 13:14**. En el libro de memoria de Dios está inmortalizado todo acto de justicia. Está registrada fielmente toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión expresada. Y está consignado todo acto de sacrificio, todo padecimiento y pesar sufridos por causa de Cristo. El salmista dice: “Tú cuentas los pasos de mi vida errante: pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están en tu libro?” **Salmos 56:8**, VM.

También hay un registro de los pecados de los hombres. “Pues que Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala”. **Eclesiastés 12:14**. Dice el Salvador: “De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”. **Mateo 12:36, 37**. Los propósitos y motivos secretos aparecen en el registro infalible, pues Dios “sacará a la luz lo que está oculto en la oscuridad y pondrá al descubierto las intenciones de cada corazón”. **1 Corintios 4:5**, NVI. “He aquí que esto está escrito delante de mí... vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice Jehová”. **Isaías 65:6, 7**, VM.

La obra de cada persona pasa bajo la mirada de Dios y es registrada como fiel o infiel. En los libros del cielo frente a cada nombre está anotado, con terrible exactitud, toda mala palabra, todo acto egoísta, todo deber incumplido y todo pecado secreto junto con todo disimulo astuto. Las admoniciones o reconvenciones divinas despreciadas, los momentos malgastados, las oportunidades no aprovechadas, la influencia ejercida para bien o para mal, con sus abarcanes resultados, todo fue anotado por el ángel registrador.

La ley de Dios es la norma

[115] La ley de Dios es la regla por la cual serán probados los caracteres y las vidas de los hombres en el juicio. Dice el sabio: “Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano. Pues... Dios traerá toda obra a juicio”. Y el apóstol Santiago

amonesta a sus hermanos: “Así hablad... y así obrad, como hombres que van a ser juzgados por la ley de libertad”. **Eclesiastés 12:13, 14, VM; Santiago 2:12, VM.**

Los que en el juicio “serán tenidos por dignos” tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: “Los que serán tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo venidero, y la resurrección de entre los muertos... son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección”. **Lucas 20:35, 36, VM.** Y además declara que “los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida”. **Juan 5:29.** Los justos muertos no serán resucitados hasta después del juicio en el cual habrán sido considerados dignos de la “resurrección de vida”. De esto se deduce que no estarán presentes en persona ante el tribunal cuando sus registros sean examinados y sus causas falladas.

Jesús, el abogado

Jesús aparecerá como el Abogado de ellos, para interceder en su favor ante Dios. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. **1 Juan 2:1.** “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante de Dios en favor nuestro”. “Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos”. **Hebreos 9:24; 7:25, NVI.**

A medida que los libros de registros se van abriendo en el juicio, las vidas de todos los que hayan creído en Jesús pasan ante Dios para ser examinadas por él. Empezando con los que vivieron primero en la Tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva y termina con los vivos. Cada nombre es mencionado, cada caso cuidadosamente investigado. Habrá nombres que serán aceptados, y nombres rechazados. Cuando alguien tenga en los libros de registros pecados de los cuales no se arrepintió y no fueron perdonados, su nombre será borrado del libro de la vida y el registro de sus buenas obras será borrado del libro de memoria de Dios. El Señor declaró a Moisés: “Al que haya pecado contra mí, a éste borraré de mi libro”. **Éxodo 32:33, VM.** Y el profeta Ezequiel dice:

[116]

“Si el justo se apartare de su justicia, y cometiere maldad... ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta”. **Ezequiel 18:24**.

A todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y por medio de la fe reclamen la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón frente a sus nombres en los libros del cielo; como llegaron a ser partícipes de la justicia de Cristo y su carácter está en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados y ellos mismos serán considerados dignos de la vida eterna. El Señor declara a través del profeta Isaías: “Yo, yo soy aquel que borro tus transgresiones a causa de mí mismo, y no me acordaré más de tus pecados”. **Isaías 43:25**, VM. Jesús dijo: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles”. “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos”. **Apocalipsis 3:5; Mateo 10:32, 33**.

La escena del juicio

El más profundo interés manifestado entre los hombres por los fallos de los tribunales terrenales sólo representa débilmente el interés manifestado en las cortes celestiales cuando los nombres inscritos en el libro de la vida desfilan ante el Juez de toda la Tierra. El Intercesor divino aboga para que a todos los que han vencido por medio de la fe en su sangre se les perdonen sus transgresiones, con el fin de que sean restituidos a su hogar edénico y coronados como coherederos del “señorío primero”. **Miqueas 4:8**. Satanás, con sus esfuerzos para engañar y tentar a nuestra raza, había pensado frustrar el plan divino con la creación del hombre, pero Cristo ahora pide que este plan sea llevado a cabo como si el hombre jamás hubiese caído. Pide para su pueblo no sólo el perdón y la justificación, plenos y completos, sino además participación en su gloria y un asiento en su trono.

[117] Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El gran seductor procuró arrastrarlos al escepticismo, hacerles perder la confianza en Dios,

separarse de su amor y transgredir su ley. Ahora él señala el registro de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza con Cristo, lo que deshonoró a su Redentor, todos los pecados que los indujo a cometer, y a causa de éstos los reclama como sus súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y fe, y, reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles y dice: “Los conozco por nombre. Los he grabado en las palmas de mis manos”. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”. **Salmos 51:17**. Y al acusador de su pueblo le dice: “Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” (**Zacarías 3:2**) Cristo revestirá a sus fieles con su propia justicia, para presentarlos a su Padre como una “iglesia gloriosa”, sin “mancha ni arruga ni cosa semejante”. **Efesios 5:27**. Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y acerca de ellos está escrito: “Andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos”. **Apocalipsis 3:4, VM**.

Así se cumplirá de un modo completo la promesa del nuevo pacto: “Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados”. “En aquellos días y en ese tiempo, dice Jehová, será buscada la iniquidad de Israel y no la habrá, y los pecados de Judá, mas no podrán ser hallados”. “En aquel día el Vástago de Jehová será espléndido y glorioso, y el fruto de la tierra excelente y hermoso, para los escapados de Israel. Y será que los que fueron dejados en Sión, y los que quedaren en Jerusalén, serán llamados santos; es decir, todo aquel que está inscrito para la vida en Jerusalén”. **Jeremías 31:34; 50:20; Isaías 4:2, 3, VM**.

La obra del juicio investigador y el acto de borrar los pecados deben realizarse antes del segundo advenimiento del Señor. En vista de que los muertos han de ser juzgados según las cosas escritas en los libros, es imposible que los pecados de los hombres sean borrados antes del fin del juicio en que sus vidas han de ser investigadas. Pero el apóstol Pedro dice terminantemente que los pecados de los creyentes serán borrados “para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo”. **Hechos 3:19, 20**. Cuando el juicio investigador concluya, Cristo vendrá, junto con su recompensa, para dar a cada ser humano según sus obras.

Las escenas finales del servicio real

En el servicio ritual típico el sumo sacerdote, hecha la expiación por Israel, salía y bendecía a la congregación. Así también Cristo, una vez terminada su obra de mediador, aparecerá “sin relación ya con el pecado” y para salvar (**Hebreos 9:28**, BJ), para bendecir con vida eterna a su pueblo que lo espera. Así como el sacerdote, al quitar los pecados del Santuario, los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario, así también Cristo colocará todos esos pecados sobre Satanás, el originador e instigador del pecado. El macho cabrío emisario, que cargaba con los pecados de Israel, era enviado “a tierra inhabitada” (**Levítico 16:22**); así también Satanás, cargado con la culpa de todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios, será confinado durante mil años en la Tierra, entonces desolada y sin habitantes, y finalmente sufrirá la entera penalidad del pecado en el fuego que destruirá a todos los impíos. Así el gran plan de la redención alcanzará su cumplimiento en la extirpación final del pecado y la liberación de todos los que estuvieron dispuestos a renunciar al mal.

Juzgados por registros infalibles

En el tiempo señalado para el juicio -al fin de los 2.300 días, en 1844- empezó la obra de investigación y el acto de borrar los pecados. Todos los que alguna vez hayan tomado sobre sí el nombre de Cristo deben pasar por ese riguroso examen. Tanto los vivos como los muertos deben ser juzgados “de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras”.

Los pecados de los cuales no haya habido arrepentimiento y que no hayan sido abandonados, no serán perdonados ni borrados de los libros de registros, sino que permanecerán como testimonio contra el pecador en el día de Dios. El pecador pudo haber cometido sus malas acciones a la luz del día o en la oscuridad de la noche; pero son conocidas y manifiestas para Aquel a quien tenemos que dar cuenta. Siempre hubo ángeles de Dios que fueron testigos de cada pecado y lo registraron en los libros infalibles. El pecado puede ser ocultado, negado, encubierto del padre, la madre, la esposa, los hijos y las amistades; nadie, fuera de los mismos culpables, tendrá quizá

la más mínima sospecha del mal; pero aparece desnudo ante los seres celestiales. Las tinieblas de la noche más oscura, el secreto de todas las estratagemas engañosas, no son suficientes para velar un pensamiento del conocimiento del Eterno. Dios lleva un registro exacto de todo acto injusto y hecho ilícito. No se deja engañar por una apariencia de piedad. No se equivoca en su apreciación del carácter. Los hombres pueden ser engañados por seres corruptos de corazón, pero Dios penetra todos los disfraces y lee la vida interior.

¡Qué pensamiento tan solemne! Día tras día que pasa a la eternidad lleva consigo su caudal de anotaciones para los libros del cielo. Las palabras pronunciadas, los actos realizados, jamás pueden ser revocados. Los ángeles tomaron nota tanto de lo bueno como de lo malo. El conquistador más poderoso sobre la Tierra no puede anular el registro de un solo día siquiera. Nuestros actos, nuestras palabras, hasta nuestros motivos más secretos, todo tiene su peso en decidir nuestro destino para dicha o desdicha. Aunque podemos llegar a olvidarlos, ellos testificarán para justificar o condenar.

Así como los rasgos de la fisonomía son reproducidos con minuciosa exactitud sobre la pulida lámina del artista, así también el carácter está delineado fielmente en los libros del cielo. No obstante ¡cuán poca preocupación se siente respecto a ese registro que debe ser examinado por los seres celestiales! Si se pudiera descender el velo que separa el mundo visible del invisible, y los hijos de los hombres pudiesen ver a un ángel apuntar cada palabra y cada acto que volverán a encontrar en el día del juicio, ¡cuántas palabras se pronuncian cada día se dejarían de pronunciar, cuántos actos se dejarían de realizar!

En el juicio se examinará el uso de cada talento. ¿Cómo hemos empleado el capital que el cielo nos concediera? A su venida ¿recibirá el Señor lo suyo con intereses? ¿Hemos perfeccionado las facultades que fueron confiadas a nuestras manos, nuestro corazón y nuestro cerebro para la gloria de Dios y la bendición del mundo? ¿Cómo hemos empleado nuestro tiempo, nuestra pluma, nuestra voz, nuestro dinero, nuestra influencia? ¿Qué hemos hecho por Cristo en la persona de los pobres, los afligidos, los huérfanos o las viudas? Dios nos hizo depositarios de su santa Palabra; ¿qué hemos hecho con la luz y la verdad que se nos confió para hacer a los hombres sabios para la salvación? No se da ningún valor a una mera profesión

de fe en Cristo; sólo se tiene por genuino el amor que se muestra en obras. Con todo, el amor es lo único que a la vista del Cielo da valor a un acto cualquiera. Todo lo que se hace por amor, por insignificante que pueda parecer en opinión de los hombres, es aceptado y recompensado por Dios.

El egoísmo escondido de los hombres aparece publicado en los libros del cielo. Allí está el registro de los deberes que no cumplieron para con el prójimo, el de su olvido de las exigencias del Señor. Allí se verá cuán a menudo fueron dados a Satanás el tiempo, los pensamientos y las energías que pertenecían a Cristo. Tristes son las anotaciones que los ángeles llevan al cielo. Seres inteligentes, que profesan ser seguidores de Cristo, están enfrascados en la adquisición de bienes mundanos o en el goce de los placeres terrenales. El dinero, el tiempo y las energías son sacrificados a la ostentación y al egoísmo; pero pocos son los momentos dedicados a orar, a investigar las Escrituras, a humillar el alma y a confesar los pecados.

Satanás inventa innumerables proyectos para ocupar nuestra mente, para que ella no se espacie en la obra precisa en que deberíamos estar más ocupados. El archiengañador odia las grandes verdades que resaltan un sacrificio expiatorio y a un Mediador todopoderoso. Sabe que su éxito estriba en distraer las mentes de Jesús y de su obra.

Perfeccionar la santidad en el temor de Dios

Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que cosa alguna les impida cumplir su deber de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. En vez de dedicar horas preciosas a los placeres, la ostentación o la búsqueda de ganancias, deberían consagrarlas a un estudio serio y con oración de la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debería comprender claramente el tema del Santuario y el juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos la posición y obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe que es esencial en nuestros tiempos u ocupar el puesto al que Dios los llama. Todo individuo tiene un alma que salvar o perder. Cada uno tiene una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual debe ver cara a cara al gran Juez. Entonces, ¡cuán importante es que toda

[121]

mente contemple a menudo la solemne escena en que se inicia el juicio y se abren los libros, cuando, con Daniel, cada cual debe estar de pie en su puesto al fin de los días!

Todos los que han recibido la luz sobre estos asuntos deben dar testimonio de las grandes verdades que Dios les ha confiado. El Santuario celestial es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a toda alma que vive en la Tierra. Nos revela el plan de la redención, nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen a fondo estos asuntos, y que estén siempre capacitados para dar respuesta a todo aquel que les pidiera razón de la esperanza que hay en ellos.

La intercesión de Cristo en beneficio del hombre en el Santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Por medio de su muerte dio inicio a esa obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección. Por la fe debemos entrar velo adentro, “donde Jesús entró por nosotros como precursor”. **Hebreos 6:20**. Allí se refleja la luz de la cruz del Calvario. Allí podemos obtener un discernimiento más claro de los misterios de la redención. La salvación del hombre se lleva a cabo a un precio infinito para el cielo; el sacrificio hecho se corresponde con las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús abrió el camino al trono del Padre, y a través de su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos los que se allegan a él con fe.

“Quien encubre sus pecados jamás prosperará; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón”. **Proverbios 28:13**, NVI. Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, y los usa para burlarse de Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y expulsarlos de ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para obtener el dominio de toda la mente, y sabe que si se conservan esos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los seguidores de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús presenta en su favor sus manos heridas, su cuerpo quebrantado; y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia”. **2 Corintios 12:9**. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras

[122]

almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. **Mateo 11:29, 30**. Entonces, nadie considere sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos.

Estamos viviendo en el gran día de la expiación

Estamos viviendo ahora en el gran Día de la Expiación. Cuando en el servicio típico el sumo sacerdote hacia la expiación por Israel, todos debían afligir sus almas por medio del arrepentimiento de sus pecados y la humillación ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma manera, todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que extirpar el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos de profesión. Empeñada lucha espera a todos aquellos que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es una obra individual. No somos salvados en grupos. La pureza y devoción de uno no suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, sin embargo él examinará el caso de cada individuo con un escrutinio tan estricto y minucioso como si no hubiese otro ser en la Tierra. Cada uno tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

[123]

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de expiación. Incalculables son los intereses involucrados en ella. El juicio se lleva ahora adelante en el Santuario celestial. Esta obra se viene realizando desde hace muchos años. Pronto -nadie sabe cuándo- les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deberán ser examinadas. En este tiempo más que en cualquier otro conviene que toda alma preste atención a la advertencia del Salvador: “Velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo”. “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”. **Marcos 13:33; Apocalipsis 3:3**.

Cuando concluya la obra del juicio investigador, quedará decidida la suerte de todos para vida o para muerte. El tiempo de gracia terminará poco antes que el Señor aparezca en las nubes del

cielo. Al mirar hacia ese tiempo, Cristo declara en el Apocalipsis: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”. **Apocalipsis 22:11, 12.**

Los justos y los impíos continuarán viviendo en la Tierra en su estado mortal; los hombres seguirán plantando y edificando, comiendo y bebiendo, inconscientes todos ellos de que la decisión final e irrevocable ha sido pronunciada en el Santuario celestial. Antes del diluvio, después que Noé hubo entrado en el arca, Dios lo encerró en ella y dejó afuera a los impíos; pero por espacio de siete días la gente, sin saber que su sentencia estaba determinada, continuó en su despreocupada vida amante de los placeres y se mofaba de las advertencias de un juicio inminente. El Salvador dice: “Así será también la venida del Hijo del hombre”. **Mateo 24:39.** Silenciosamente, inadvertida como ladrón a medianoche, llegará la hora decisiva que marca el irrevocable destino de cada ser humano, el retiro final del ofrecimiento de misericordia dirigido a los culpables.

“Velad, pues... para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo”. **Marcos 13:35, 36.** Peligrosa es la condición de quienes, cansándose de velar, se vuelven a los atractivos del mundo. Mientras el hombre de negocios está absorto en el afán de lucro, mientras el amante de los placeres está buscando cómo complacerse, mientras la esclava de la moda está renovando su vestuario, puede ser que en ese momento el Juez de toda la Tierra pronuncie la sentencia: “Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto”. **Daniel 5:27 (VM).**—**Seguridad y Paz en el Conflicto de los Siglos, 533-545.**

[124]

Preguntas para estudiar

1. ¿Qué ocurre en la “venida” de Cristo descrita en **Daniel 7:13 y 14?** (Págs. 112, 113.)
2. ¿Cuáles son los únicos casos que se consideran en el juicio investigador? (Pág. 113.)
3. Sólo ciertos nombres se registran en el libro de la vida. ¿Cuáles son? (Pág. 113.)

4. ¿Cuán abarcante es lo que se consigna en el “libro de memoria”? (Pág. 114.)
5. ¿Qué otro “registro” es llevado cuidadosamente? (Pág. 114.)
6. En el juicio investigador, ¿qué *dos* cosas ocurren si hay pecados que permanecen en los libros de registro? (Pág. 115.)
7. ¿Cuándo son borrados los pecados: cuando son perdonados o en el juicio final? ¿Por qué? (Págs. 115-118.)
8. ¿Qué culpas cargará Satanás? ¿Cómo se ilustraba este hecho en el ritual del Santuario del Antiguo Testamento? (Pág. 118.)
9. Además de las *acciones*, ¿qué otras cosas se consideran en el juicio? (Págs. 118, 119.)
10. ¿Cómo se evalúa todo acto que cometemos? (Págs. 119, 120.)
11. *Dos* obras de Cristo tienen igual valor en el plan de salvación. ¿Cuáles son? (Págs. 120, 121.)
12. ¿Cómo “vilipendia” Satanás a Cristo y a los santos ángeles en el juicio? ¿Qué pretende que es imposible para los hombres? ¿Cuál es la respuesta a sus pretensiones? (Págs. 121, 122.)
13. ¿Cómo debiéramos emplear los días de prueba que nos quedan? (Págs. 122, 123.)